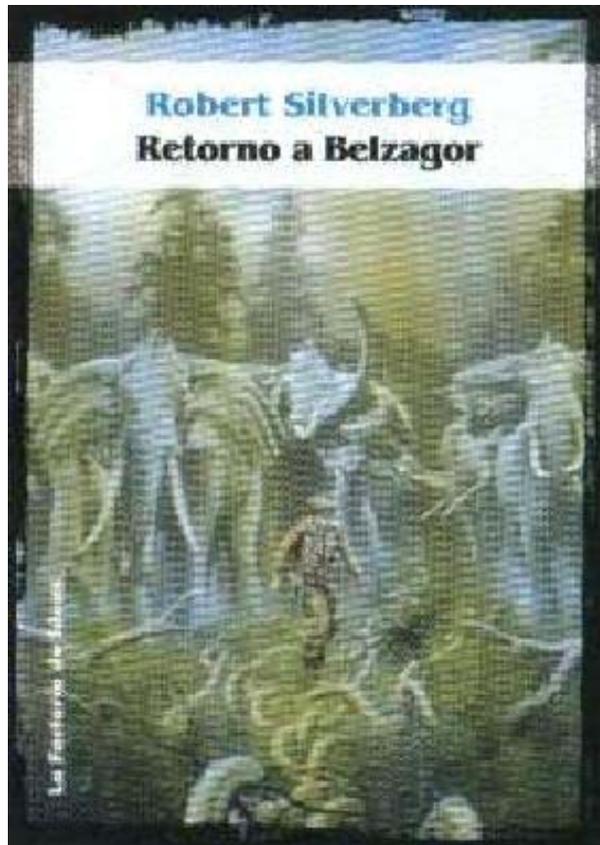


REGRESO A BELZAGOR



Robert Silverberg



Robert Silverberg

Título original: Downward to the earth

Traducción: Margarita González

© 1969 by Robert Silverberg

© 1981 Editorial Martínez Roca

Gran vía 774 - Barcelona

ISBN: 84-270-0681-0

Edición digital: Carlos Palazón

Revisión: Mónica Ullúa

R6 11/02

Finalmente, Gundersen había regresado al Planeta de Holman. No sabía con certeza por qué había vuelto; quizá por una atracción irresistible, por sentimentalismo o por necesidad. Nunca había pensado en visitar ese sitio otra vez. Pero ahí estaba, a la espera del aterrizaje, y en la pantalla visora el planeta aparecía lo bastante cerca como para asirlo y apretarlo con una mano: un planeta ligeramente más grande que la Tierra, un planeta que había exigido lo mejor de su vida, un planeta en el que había descubierto cosas acerca de sí mismo que, en realidad, no deseaba saber. Ahora la luz de señales de la sala parpadeaba en tonos rojizos. La nave aterrizaría en breve. A pesar de todo, él regresaba.

Divisó el manto de bruma que cubría las zonas templadas, los grandes y extensos casquetes de hielo y la ceñida franja negro-azulada de los trópicos reseca. Recordó el cruce del Mar del Polvo durante un llameante crepúsculo, un viaje silencioso y sombrío por el río bajo los emparrados de agitadas hojas lanceoladas, y evocó cócteles dorados en la terraza de una estación de la selva la Noche de las Cinco Lunas, con Seena a su lado y un rebaño de nildores mugiendo en el monte. Eso había ocurrido hacía mucho tiempo. Ahora los nildores volvían a gobernar el Planeta de Holman. Gundersen tuvo dificultades para aceptar la nueva situación. Quizá fuera éste el verdadero motivo por el cual había retornado: para ver qué tipo de gestión eran capaces de cumplir los nildores.

—Atención, pasajeros de la sala —se oyó a través del altavoz—. Dentro de quince minutos entraremos en la órbita de aterrizaje de Belzagor. Por favor, dispónganse a regresar a las plataformas colgantes.

Belzagor: ahora llamaban de este modo al Planeta de Holman. Belzagor: el nombre nativo, la palabra de los nildores. A Gundersen le parecía un término extraído de la mitología asiria. Por cierto, se trataba de una pronunciación romántica; dicho por un nildor, en realidad sonaría Billsgr. Pero era Belzagor. Se esforzaría por llamar al planeta según el nombre que ahora tenía, siempre que fuera eso lo que debía hacer. Siempre hacía lo posible por no ofender innecesariamente a seres extraños.

—Belzagor —dijo—. Es un sonido voluptuoso, ¿verdad? Se desliza agradablemente por la lengua.

La pareja de turistas que estaba a su lado en la sala de la nave asintió con la cabeza. Aceptaban de buena gana todo cuanto Gundersen decía.

El marido, rollizo, pálido y vestido con excesiva elegancia, preguntó:

—Aún lo llamaban Planeta de Holman cuando usted estuvo por última vez aquí, ¿no es así?

—Sí —replicó Gundersen—. Pero eso fue en los buenos y viejos días imperialistas, cuando un terráqueo podía poner a un planeta el nombre que se le ocurriera. Esas cosas ya están liquidadas.

La esposa del turista apretó los labios con su estilo poco convincente, económico y dismenorreico. Gundersen experimentaba un sórdido placer al fastidiarla. A lo largo de todo el viaje había interpretado deliberadamente para esos turistas un papel de personaje de Kipling: el de ex administrador colonial que va a ver qué chapuza brutal estarán haciendo los nativos de la tarea del autogobierno. Era una exageración, una distorsión de su verdadera actitud, pero a veces le gustaba ponerse máscaras. Los turistas —ocho en total— le consideraban con una mezcla de respeto y desdén mientras charlaba con ellos: un hombre corpulento y de piel clara con el sello de la experiencia extra terrestre grabado en las facciones. No despertaba sus simpatías y desaprobaban la imagen que daba de sí mismo, pero sabían que había sufrido, trabajado y luchado bajo un sol extraño y esto le confería un halo de romanticismo.

—¿Se hospedará en el hotel? —preguntó el marido turista.

—No. Iré al monte, hacia la región de las brumas. Mire..., allí está, ¿lo ve? En el hemisferio norte, esa franja de nubes a mitad de camino. La pendiente de temperaturas es muy abrupta: el trópico y el ártico prácticamente se juntan. Bruma. Niebla. Lo llevarán de paseo por allí. Tengo algunos asuntos en esa zona. —¿Asuntos? Creí que estos mundos nuevos e independientes estaban al margen de la zona de penetración económica que...

—No se trata de asuntos comerciales —aclaró Gundersen—. Asuntos personales, asuntos pendientes. Algo que no pude descubrir mientras estuve de servicio aquí —la luz de señales volvió a parpadear, con más insistencia—. Tendrá que disculparme. Ahora debemos ir a nuestras plataformas colgantes.

Caminó hasta su cabina y se preparó para el aterrizaje. La red de espuma salió a chorros de los compartimientos hiladores y lo envolvió. Cerró los ojos. Percibió el empuje de la disminución de velocidad, esa sensación extrañamente arcaica que se remontaba a los primeros días de los viajes espaciales. La nave descendió hacia el planeta mientras Gundersen se balanceaba, suspendido y protegido de lo más abrupto del cambio de velocidad.

El único puerto espacial de Belzagor era el que los terráqueos habían construido hacía más de un siglo. Se alzaba en los trópicos, en la desembocadura del gran río cuyas aguas se fundían con las del único océano de Belzagor. El río Madden, el océano de Benjamini... Gundersen ignoraba los nombres que los nildores les daban. Por fortuna, el puerto espacial era automático. Ingeniosos aparatos hacían funcionar la baliza de aterrizaje; un equipo homeostático de vigilancia mantenía asfaltada la plataforma y cortaba la selva circundante. Todo, absolutamente todo se hacía por medio de máquinas; era irreal esperar que los nildores hiciesen funcionar un puerto espacial e imposible mantener allí a un grupo de terráqueos con tal fin. Por lo que Gundersen sabía, aún vivían en Belzagor alrededor de cien terráqueos, incluso después de la retirada general, pero no estaban en condiciones de hacer funcionar un puerto espacial. De todos modos, existía un tratado. Las funciones administrativas serían cumplidas por los nildores o no se realizarían.

Aterrizaron. La plataforma colgante de red de espuma se disolvió al emitirse una señal. Salieron de la nave.

El aire transportaba el hedor tropical: marga sustanciosa, hojas podridas, los excrementos de las bestias selváticas, la fragancia de flores aromáticas. Corrían las primeras horas de la tarde. Un par de lunas habían salido. Como de costumbre, la amenaza de lluvia pendía de la atmósfera; probablemente había un noventa y nueve por ciento de humedad. Pero esa amenaza casi nunca se materializaba. Las tempestades de lluvia eran excepcionales en la franja tropical. El agua caía permanente e imperceptiblemente del aire en forma de gotitas y uno quedaba cubierto de diminutas perlas húmedas. Gundersen vio la luz de los relámpagos más allá de las copas de los árboles situados al borde de la pista. Una azafata reunió a las nueve personas que acababan de desembarcar.

—Por aquí, por favor —dijo con decisión y los condujo hacia el único edificio.

Tres nildores surgieron del monte por la izquierda y observaron con solemnidad a los recién llegados. Los turistas quedaron boquiabiertos y los señalaron con los dedos.

—¡Miren! ¿Los ven? —gritaron—. ¡Son como elefantes! ¿Se trata de los nili... nildores?

—Sí, son los nildores —confirmó Gundersen.

El olor de los grandes animales dominaba el claro. Gundersen dedujo por el tamaño de los colmillos que se trataba de un macho y dos hembras. Tenían casi la misma altura, más de tres metros, y la piel de color verde oscuro que los caracterizaba como nildores del hemisferio occidental. Unos ojos tan grandes como cuencos lo miraron con poca curiosidad. La hembra de colmillos cortos que tenía delante alzó la cola y liberó plácidamente una gran cantidad de excrementos purpúreos y humeantes. Gundersen oyó

sonidos graves y confusos, pero a esa distancia no pudo distinguir lo que decían los nildores. Imagínalos dirigiendo un puerto espacial, pensó. Imagínalos dirigiendo un planeta. Pero es lo que hacen, pero es lo que hacen.

En el edificio del puerto espacial no había nadie. Algunos robots que formaban parte del equipo homeostático reparaban la pared lejana, donde las láminas de plástico gris habían sucumbido a la invasión de esporas: tarde o temprano, la podredumbre de la selva se apoderaba de todo en esa zona del planeta. Pero ésta era la única actividad visible. No había oficina aduanera. Los nildores carecían de ese tipo de burocracia. No se preocupaban por lo que uno llevaba a su mundo. Los nueve pasajeros fueron sometidos a una inspección de aduana en la Tierra, poco antes de iniciar el viaje; la Tierra se preocupaba enormemente por lo que se llevaba a planetas subdesarrollados. Tampoco había allí oficina de las líneas espaciales, ni cabinas para cambiar dinero, ni quioscos de periódicos, ni ninguna de las demás instalaciones que normalmente se encuentran en un puerto espacial. Sólo existía un enorme cobertizo vacío, que antaño había sido el nexo de una activa avanzada colonial, en la época en que el Planeta de Holman pertenecía a la Tierra. Gundersen creía ver fantasmas de aquella época a su alrededor: figuras con ropa tropical de color caqui que transmitían mensajes, comisionados que esgrimían inventarios, técnicos en computadoras adornados con guirnaldas de perlas de la memoria, porteadores nildores cargados de productos listos para embarcar. Ahora todo estaba quieto. Las raspaduras de los robots de reparación retumbaban en el vacío.

La azafata de la línea espacial se dirigió a los ocho pasajeros.

—El guía llegará en cualquier momento. Los llevará al hotel y...

Se suponía que Gundersen también iría al hotel, aunque sólo fuese por esa noche. Esperaba organizar por la mañana algún tipo de transporte. No había hecho planes formales para su viaje hacia el norte; sería, esencialmente, una improvisación, un reconocimiento de su pasado. Preguntó a la azafata:

—¿El guía es un nildor?

—¿Quiere decir un nativo? No, señor Gundersen, es un terráqueo. —Revisó una serie de impresos—. Se llama Van Beneker y debió de estar aquí como mínimo media hora antes del aterrizaje de la nave, de modo que no comprendo por qué motivo...

—Van Beneker nunca fue muy puntual —comentó Gundersen—. Pero allí está.

Un coleóptero muy oxidado y manchado a causa del clima se había detenido en la entrada abierta del edificio apeándose de él un hombre bajo y pelirrojo, también sumamente oxidado y sucio por el mismo motivo. Llevaba un arrugado traje de faena y botas altas hasta las rodillas. Su pelo raleaba y su calva bronceada brillaba entre los escasos mechones aplastados. Entró en el edificio y miró a su alrededor, parpadeando. Sus ojos eran de color azul claro y ligeramente hipertiroideos.

—¿Van?—preguntó Gundersen—. Por aquí. Van.

El hombrecillo se acercó. Mientras aún estaba lejos de los turistas, dijo de manera apresurada y superficial:

—Quiero darles la bienvenida a Belzagor, nombre con el que ahora se conoce el Planeta de Holman. Me llamo Van Beneker y les mostraré de este fascinante planeta todo lo que está legalmente permitido y...

—Hola, Van —interrumpió Gundersen.

El guía se detuvo en medio del discurso, notoriamente irritado. Volvió a parpadear y miró con atención a Gundersen. Por último preguntó, aunque incrédulamente:

—¿Señor Gundersen?

—Sólo Gundersen. Ya no soy su jefe.

—¡Cielos, señor Gundersen! ¿Ha venido a hacer el recorrido?

—No exactamente. He venido a hacer mi propio recorrido.

Van Beneker se dirigió a los demás:

—Quiero que me disculpen un momento. —Luego dijo a la azafata de la línea espacial—: Está bien. Puede traspasármelos oficialmente. Me hago responsable. ¿Están todos aquí? Uno, dos, tres... ocho. Perfecto. Bueno, el equipaje sale por allí, junto al coleóptero. Dígalos que esperen. Enseguida me reuniré con ellos. —Cogió del brazo a Gundersen—. Venga por aquí, señor Gundersen. No se imagina lo asombrado que estoy. ¡Cielos!

—Van, ¿cómo lo ha pasado?

—Piojosamente mal. ¿De qué otro modo podría ser en este planeta? ¿Cuándo se fue exactamente?

—En el 2240. El año siguiente a ¡a retirada. Hace ocho años.

—Ocho años. ¿Y qué ha hecho desde entonces?

—La oficina central me encontró trabajo —respondió Gundersen—. Estuve activo. Ahora dispongo de un año de permisos acumulados.

—¿Para pasarlo aquí!

—¿Por qué no?

—¿Para qué?

—Iré a la región de las brumas —explicó Gundersen—. Quiero visitar a los sulidores.

—No es posible que quiera hacer eso —aseguró Van Beneker—. ¿Para qué lo haría?

—Para satisfacer una curiosidad.

—Cuando un hombre sube a esa región sólo surgen problemas. Señor Gundersen, usted conoce los rumores al respecto. No necesito recordarle cuántos muchachos fueron y cuántos no regresaron. —Van Beneker rió—. ¿No habrá venido hasta aquí para saludar a los sulidores? Apuesto cualquier cosa a que tiene algún otro motivo.

Gundersen pasó por alto la cuestión.

—Van, ¿qué hace aquí actualmente?

—La mayor parte del tiempo de guía turístico. Recibimos nueve, diez grupos anuales. Los paseo por el océano, les muestro algo de la región de las brumas y luego visitamos el Mar de Polvo. Es un bonito recorrido.

—Sí.

—El resto del tiempo me relajo. Hablo mucho con los nildores y a veces visito a los amigos en las estaciones de monte. Conocerá a todos, señor Gundersen. La gente que sigue allí es la misma de antes.

—¿Qué ha pasado con Seena Royce? —preguntó Gundersen.

—Está en las Cataratas de Shangri-la.

—¿Aún es tan bonita?

—Eso cree ella —replicó Van Beneker—. ¿Supone que pasará por allí?

—Naturalmente —afirmó Gundersen—. Haré una peregrinación sentimental. Visitaré todas las estaciones de monte. Veré a los viejos amigos: Seena, Cullen, Kurtz, Salamone. Todos los que sigan allí.

—Algunos han muerto.

—Todos los que sigan allí —repitió Gundersen. Miró al hombrecillo y sonrió—: Será mejor que ahora se ocupe de los turistas. Esta noche podremos conversar en el hotel. Quiero que me informe de todo lo que ha sucedido mientras estuve fuera.

—Es muy fácil, señor Gundersen. Puedo sintetizarlo con una sola palabra: podredumbre. Todo se pudre. Mire esa pared del puerto espacial.

—La veo.

—Mire ahora a los robots de reparación. No brillan mucho, ¿verdad? También han comenzado a averiarse. Si se acerca, verá las manchas en los cascos.

—Pero la homeostasis...

—Claro. Todo se repara, hasta los robots de reparación. Pero el sistema se derrumbará. Tarde o temprano, la podredumbre invadirá los programas básicos y entonces no habrá más reparaciones y este mundo retornará directamente a la edad de

pedra. Quiero decir que retornará por completo. Y entonces los nildores serán felices. Comprendo a esos grandes cabrones tanto como cualquier otra persona. Sé que están desesperados por ver salir de este planeta los últimos restos de la podredumbre terráquea. Fingen ser amigos, pero el odio está presente en todo momento, un odio real y enfermizo y...

—Van, debería ocuparse de los turistas —aconsejó Gundersen—. Comienzan a inquietarse.

2

Una caravana de nildores los trasladaría del puerto espacial al hotel: dos terráqueos por nildor, aunque Gundersen viajaría solo y Van Beneker, con el equipaje, abriría el camino en su coleóptero. Los tres nildores que pastaban en el linde del campo se acercaron lentamente para unirse a la caravana y del monte salieron otros dos. Gundersen se sorprendió de que los nildores aún estuviesen dispuestos a actuar como bestias de carga de los terráqueos.

—No les molesta —explicó Van Beneker—. Les gusta hacernos favores. Así se sienten superiores. De todas maneras, apenas notan que llevan un peso encima. Y no creen en que haya algo vergonzoso en permitir que las personas los monten.

—Mientras estuve aquí, tuve la impresión de que eso los ofendía —dijo Gundersen.

—Desde la retirada se toman todo con más calma. De todas maneras, ¿cómo puede estar seguro de lo que pensaban? Me refiero a lo que pensaban realmente.

Los turistas se alarmaron ligeramente ante la idea de montar a los nildores. Van Beneker intentó serenarlos y les explicó que era una parte importante de la experiencia en Belzagor. Además, agregó, las máquinas se desmoronaban y apenas quedaban coleópteros que funcionaran. En beneficio de los temerosos recién llegados, Gundersen mostró cómo se debía montar. Golpeó el colmillo izquierdo del nildor y éste se arrodilló con su estilo mastodóntico, dobló pesadamente las rodillas delanteras y después las traseras. El nildor sacudió los hombros, los dislocó para formar la profunda depresión redondeada en la que una persona podía montar cómodamente y Gundersen subió, cogiendo los cortos cuernos curvados hacia atrás como si fueran pomos. La cresta erizada de púas que recorría el centro del ancho cráneo del nildor comenzó a crisparse. Gundersen reconoció en ese movimiento un gesto de bienvenida; los nildores poseían un rico lenguaje gestual, que no sólo hacía uso de las púas sino también de sus trompas largas y pegajosas y de sus orejas de muchos pliegues.

—¡Sssukh!—dijo Gundersen y el nildor se levantó.

—¿Estás bien sentado? —preguntó el nildor en su propio idioma.

—Perfectamente —respondió Gundersen y sintió una oleada de placer cuando el lenguaje no olvidado surgió de sus labios.

A su manera torpe y vacilante, los ocho turistas repitieron sus movimientos y la caravana emprendió el camino del río hacia el hotel. Las polillas nocturnas emitían un leve resplandor bajo el dosel de los árboles. Una tercera luna había aparecido en el cielo y las luces mezcladas penetraban a través del follaje, mostrando el río oleoso y veloz que corría a la izquierda de ellos. Gundersen se colocó en la retaguardia del cortejo ante la eventualidad de que algún turista sufriera un accidente. Sin embargo, sólo hubo un momento difícil, cuando uno de los nildores se detuvo y abandonó la fila. Hundió las puntas triples de sus colmillos en la orilla del río para desenterrar un bocado y después volvió a su sitio. Gundersen sabía que otrora eso no habría sucedido. Entonces no se permitía que los nildores tuviesen caprichos.

Disfrutó de la cabalgada. El vaivén producido por el veloz trotecillo resultaba placentero y no fatigaba a los pasajeros. Qué buenas bestias son los nildores, pensó Gundersen.

Fuertes, dóciles e inteligentes. Estuvo a punto de estirarse para acariciar las púas de su montura pero en el último momento llegó a la conclusión de que parecería un movimiento protector. Los nildores no son elefantes estrafalarios, se recordó. Son seres inteligentes, la forma de vida dominante de su planeta, un pueblo, y será mejor que no lo olvides.

Poco después Gundersen percibió el estrépito del oleaje. Se acercaban al hotel.

El sendero se ensanchó hasta convertirse en un claro. Más adelante, una de las turistas señaló con el dedo hacia el monte; su marido se encogió de hombros y meneó la cabeza. Cuando llegó a ese sitio Gundersen vio qué era lo que les preocupaba. Unas sombras negras se agazapaban entre los árboles y las oscuras figuras se movían lentamente de un lado a otro. Apenas resultaban visibles en la penumbra. Cuando el nildor de Gundersen pasó por allí, dos de las formas difusas se asomaron y se detuvieron al borde del sendero. Eran bípedos fornidos, de cerca de tres metros de altura, y estaban cubiertos por una espesa capa de pelo de color rojo oscuro. Agitaban lentamente sus impresionantes colas en medio de la penumbra verdosa. Sus ojos encapuchados, apenas abiertos a pesar de la poca luz, observaban el cortejo. Los hocicos caídos y elásticos, largos como los de un tapir, olfateaban audiblemente.

Una mujer se volvió cautelosamente y preguntó a Gundersen:

—¿Qué son?

—Sulidores, la especie secundaria. Proviene de la región de las brumas. Éstos son norteños.

—¿Son peligrosos? -

—Yo diría que no.

—Si son animales norteños, ¿por qué están aquí? —inquirió e marido.

—No lo sé con certeza —replicó Gundersen. Preguntó a su montura y supo la respuesta—. Trabajan en el hotel —gritó a los que cabalgaban más adelante—. Botones, ayudantes de cocina.

Le pareció extraño que los nildores hubiesen convertido a los sulidores en criados domésticos de un hotel para terráqueos. Los sulidores no fueron utilizados como criados ni siquiera antes de la retirada. Claro que entonces habían contado con suficientes robots. El hotel se alzaba al frente. Estaba en la costa: una brillante cúpula geodésica que no mostraba señales exteriores de decadencia. Antes de la retirada, había sido un elegante balneario para uso exclusivo de los altos ejecutivos de la Compañía. Gundersen había pasado allí muchas horas felices. Desmontó y en unión de Van Beneker se dispuso a ayudar a los turistas. En la entrada del hotel se encontraban tres sulidores. Van Beneker hizo unos gestos enérgicos en dirección a ellos y los bípedos comenzaron a retirar el equipaje de la bodega de almacenamiento del coleóptero.

En el interior del hotel, Gundersen percibió de inmediato los síntomas de decadencia. Una alfombra de musgo atigrado había rebasado una franja de jardín decorativo para deslizarse a lo largo de la pared del vestíbulo y ya llegaba a las hermosas losas negras del suelo del salón principal; vio las boquitas dentonas que chasqueaban esperanzadas a medida que caminaba. Sin duda alguna, otrora los robots de mantenimiento del hotel fueron programados para mantener el musgo decorativo en la jardinera, pero el programa debió alterarse sutilmente con el paso de los años y ahora el musgo también penetraba en el interior del edificio. Probablemente los robots habían desaparecido y los sulidores que los reemplazaron eran negligentes en la tarea de la poda. También percibió otros indicios de que el control se estaba perdiendo.

—Los muchachos les mostrarán las habitaciones —dijo Van Beneker—. Pueden bajar a tomar un cóctel cuando les apetezca. La cena se servirá dentro de hora y media.

Un sulidor altísimo condujo a Gundersen hasta una habitación del tercer piso con vista al mar. Los reflejos condicionados le llevaron a ofrecer una moneda a la enorme criatura pero el sulidor se limitó a mirarlo estúpidamente y no se atrevió a cogerla. Gundersen creyó notar una tensión reprimida en el sulidor, una furia interior, pero quizá sólo existía

en su imaginación. En épocas pasadas, los sulidores rara vez habían salido de la zona de las brumas y Gundersen no se sentía cómodo en su presencia.

Le preguntó en lenguaje nildororu:

—¿Cuánto tiempo llevas en el hotel?

Pero el sulidor no respondió. Gundersen ignoraba el idioma de los sulidores, aunque sabía que supuestamente todos los sulidores hablaban con fluidez el nildororu y el sulidororu. Repitió la pregunta, enunciándola con más claridad. El sulidor se rascó el pellejo con las brillantes garras pero no dijo nada. Pasó junto a Gundersen, desempañó la pared-ventana, ajustó los filtros atmosféricos y se retiró solemnemente.

Gundersen frunció el ceño. Se desnudó rápidamente y se metió bajo la limpiadora. Un rápido zumbido vibrátil lo libró de la mugre de un día de viaje. Deshizo la maleta y se puso ropa de noche: túnica gris ceñida, botas lustradas y un espejo para la frente. Rebajó un tono el color de sus cabellos y lo pasó de rubio oscuro a castaño rojizo.

Súbitamente se sintió muy fatigado.

Apenas había entrado en la edad madura, sólo tenía cuarenta y ocho años y los viajes normalmente no le afectaban. En consecuencia, ¿a qué se debía ese cansancio? Comprendió que había estado excepcionalmente tenso desde que volviera a posar los pies sobre el planeta. Rígido, inflexible, tenso... sin certeza sobre los motivos de su regreso, inseguro de la recepción que le darían, quizás algo afectado por viejas culpas y ahora la tensión se notaba. Accionó un conmutador y convirtió la pared en un espejo. Sí, su rostro estaba tenso; los pómulos, siempre prominentes, ahora asomaban como cuchillas, tenía los labios apretados y la frente arrugada. El delgado bloque de la nariz se veía dilatado por las ventanas inflamadas de tensión. Gundersen cerró los ojos y se sometió a uno de los ejercicios de relajación. Treinta segundos después tenía mejor aspecto y decidió que un trago podría ayudarlo. Bajó al salón.

Ninguno de los turistas había llegado. Las persianas estaban abiertas y oyó el rugido y el estrépito del mar, olió su salobridad. A lo largo de la orilla habían dejado que se formara una línea blanca y cuajada de sal acumulada. Había pleamar; sólo se veían las puntas de las piedras dentadas que enmarcaban la zona dedicada a los baños. Gundersen observó las aguas manchadas por la luz de las lunas y fijó la mirada en la negrura del horizonte oriental. También habían salido tres lunas la última noche que estuvo allí, cuando le ofrecieron una fiesta de despedida. Acabada la jarana, Seena y él fueron a darse un baño de medianoche a los bancos ocultos por la marea en los que apenas hacían pie y cuando regresaron a la orilla, desnudos y cubiertos de sal, hicieron el amor detrás de las rocas y él la abrazó con la certeza de que lo hacía por última vez. Pero ahora había regresado.

Sintió una nostalgia tan poderosa que se estremeció.

Gundersen contaba treinta años de edad cuando llegó al Planeta de Holman como asistente del agente de estación. Tenía cuarenta y era administrador de sector cuando se marchó. En cierto sentido, sus primeros treinta años de vida fueron un prelude sin importancia de esa década y los últimos ocho años un epílogo vacío. Había vivido su vida en ese continente silencioso, rodeado por bruma y hielo al norte, por bruma y hielo al sur, por el océano de Benjamini al este, por el Mar de Polvo al oeste. Durante un tiempo, había gobernado medio mundo, al menos en ausencia del residente principal, y ese planeta se lo había quitado de encima como si él nunca hubiese estado. Gundersen se apartó de las persianas y tomó asiento.

Van Beneker apareció con su ropa de faena sudorosa y arrugada. Guiñó cordialmente un ojo a Gundersen y revisó un armario.

—También soy el camarero, señor Gundersen. ¿Qué desea beber?

—Alcohol —replicó Gundersen—. Lo que usted recomiende.

—¿Botella o jeringa?

—Botella. Me agrada el sabor.

—A sus órdenes. Pero para mí, la jeringa. Es el efecto, señor, el efecto.

Van Beneker colocó un vaso vacío ante Gundersen y le entregó una botella que contenía tres onzas de un líquido de color rojo oscuro: aguardiente de las tierras altas, un producto local. Hacía ocho años que Gundersen no lo probaba. La botella contaba con su propia heladora por condensación; Gundersen la agitó con un movimiento rápido y breve y observó tranquilamente los copos de hielo que se formaban en el interior. Correctamente enfriado, se sirvió su trago y se llevó rápidamente el vaso a los labios.

—Son existencias anteriores a la retirada —comentó Van Beneker—. No queda mucho, pero sabía que usted lo apreciaría. —Sostenía un tubo ultrasónico sobre su antebrazo izquierdo. Sonó un zumbido y la jeringa envió el alcohol directamente a sus venas. Van Beneker sonrió—. Así llega más rápido. La taberna del obrero. ¿No? ¿No? ¿Quiere otro aguardiente, señor Gundersen?

—Todavía no. Van, será mejor que atienda a los turistas.

Los turistas, cuatro matrimonios, habían entrado en el bar: primero los Watson, luego los Miraflores, los Stein y, por último, los Christopher. Evidentemente, esperaban encontrar el bar rebosante de vida, lleno de otros turistas que se llamaban atolondradamente de una punta a otra y de camareros con chaquetas rojas que servían las copas. En su lugar vieron paredes de plástico descascarado, una escultura sónica que ya no funcionaba y estaba totalmente cubierta de telarañas, mesas vacías y ese desagradable señor Gundersen que observaba melancólicamente un vaso. Los turistas se miraron defraudados. ¿Para ver eso habían recorrido años luz? Van Beneker se acercó a ellos y les ofreció alcohol, tabaco, todo lo que los limitados recursos del hotel podían proporcionar. Los turistas formaron dos grupos cercanos a las ventanas y conversaron en voz baja, visiblemente cohibidos delante de Gundersen. Seguramente percibían la estupidez de sus papeles: esas personas suaves y pudientes cuyo aburrimiento les había llevado a atisbar los extremos de la galaxia. Stein dirigía una tienda de venta de hélices en California, Miraflores una cadena de casinos lunares, Watson era médico y Christopher... Gundersen no logró recordar a qué se dedicaba Christopher. Tenía algo que ver con el mundo de las finanzas.

—En la playa hay algunos de esos animales, los elefantes verdes —comentó la señora Stein.

Todos miraron. Gundersen pidió otro trago y se lo sirvieron. Van Beneker, ruborizado y sudoroso, volvió a guiñar el ojo y acercó una segunda jeringa a su brazo. Los turistas rieron entre dientes.

—¿No tienen vergüenza? —preguntó la señora Christopher.

—Ethel, quizá sólo están jugando —opinó Watson.

—¿Jugando? Bueno, si eso te parece un juego...

Gundersen se estiró y miró por la ventana sin levantarse. En la playa se acoplaba una pareja de nildores: la hembra estaba arrodillada donde la sal era más espesa, el macho la montaba, le agarraba los hombros, apretaba firmemente el colmillo central contra el copete erizado de púas de su cráneo y maniobraba hábilmente sus cuartos traseros a medida que se acercaba al empujón de la consumación. Los turistas reían, hacían torpes comentarios y parecían sobresaltados y excitados. Considerablemente sorprendido, Gundersen se dio cuenta de que él también estaba sorprendido, aunque los nildores que copulaban no eran una novedad; cuando un feroz bramido orgásmico llegó desde la playa, Gundersen apartó la mirada, perturbado sin saber el motivo.

—Parece molesto —comentó Van Beneker.

—No necesitaban hacerlo aquí.

—¿Por qué no? Lo hacen en todas partes. Ya sabe cómo son las cosas.

—Vinieron deliberadamente aquí —murmuró Gundersen—. ¿Para exhibirse ante los turistas? ¿O para molestarlos? No deberían reaccionar de ninguna manera ante los turistas. ¿Qué intentan demostrar? Supongo que el hecho de que sólo son animales.

—Usted no comprende a los nildores, Gundy.

Gundersen levantó la mirada, sorprendido tanto por las palabras de Van Beneker como por el súbito descenso de «señor Gundersen» a «Gundy». Van Beneker también parecía sorprendido, pues pestañeó rápidamente y se acomodó un mechón caído de pelo descolorido.

—¿Así que no los comprendo? —preguntó Gundersen—. ¿Ni siquiera después de pasar diez años aquí?

—Discúlpeme, pero creo que nunca los comprendió, ni siquiera cuando estaba aquí. Solíamos ir mucho a las aldeas cuando trabajaba para usted. Y lo vi.

—Van, ¿en qué sentido cree que no logré comprenderlos?

—Los despreció. Los consideró meros animales.

—¡No es verdad!

—Claro que sí, Gundy. Jamás reconoció que tuvieran el menor indicio de inteligencia.

—Eso es absolutamente falso —aseguró Gundersen. Se levantó, cogió otra botella de aguardiente del armario y regresó a la mesa.

—Se la habría traído —dijo Van Beneker—. Bastaba con que me lo pidiese.

—Da igual. —Gundersen enfrió la bebida y la tomó velozmente—. Van, está diciendo muchas tonterías. Hice todo lo que podía por esta gente. Para que progresaran, para exaltarlos hacia la civilización. Solicité para ellos cintas, cápsulas de sonido, cultura a toneladas. Hice promulgar nuevos reglamentos relativos al trabajo máximo. Insistí en que mis hombres respetaran sus derechos en tanto cultura indígena dominante. Yo...

—Los trató como animales muy inteligentes. No como a personas extrañas inteligentes. Gundy, quizás usted no se dio cuenta, pero yo sí y Dios sabe que ellos también. Los degradó al hablar de ellos. Fue amable con ellos de un modo equívoco. Todo su interés por elevarlos, por hacerlos progresar... caca, Gundy, poseen su propia cultura. ¡No querían la suya!

—Mi deber consistía en guiarlos —sostuvo Gundersen con rigidez—. Aunque era inútil pensar que un puñado de animales que carece de un lenguaje escrito, que no posee... — Se detuvo, horrorizado.

—Animales —repitió Van Beneker.

—Estoy cansado. Quizás he bebido demasiado. Se me escapó.

—Animales.

—Deje de presionarme, Van. Hice cuanto podía y si me equivoqué, lo siento. Intenté hacer lo que era correcto. —Gundersen empujó el vaso vacío por encima de la mesa—. Déme otro trago, por favor.

Van Beneker llenó el vaso y cogió otra jeringa para él. Gundersen aceptó de buena gana la interrupción de la conversación y al parecer Van Beneker también, pues permanecieron en silencio largo rato y evitaron mirarse. Un sulidor entró en el bar y recogió los recipientes vacíos, agachado para no rozar el techo a escala terráquea. La charla de los turistas se apagó a medida que el ser de aspecto feroz se movía por la sala. Gundersen observó la playa. Los nildores se habían ido. Una de las lunas se ponía en el este y dejaba una encendida estela en las aguas agitadas. Descubrió que había olvidado los nombres de las lunas. No importaba, ahora los viejos nombres dados por los terráqueos eran historia muerta. Finalmente decidió preguntar a Van Beneker:

—¿Por qué decidió quedarse aquí después de la retirada?

—Me sentía cómodo. Sí, hace veinticinco años que estoy aquí. ¿Para quéirme a otra parte?

—¿No tiene lazos familiares en otra parte?

—No. Además, aquí estoy cómodo. Recibo una pensión de la Compañía. Los turistas me dejan propinas. También cuento con el salario del hotel. Es suficiente para cubrir mis necesidades. Y lo que más necesito son jeringas. ¿Por qué habría deirme?

—¿Quién es el propietario del hotel? —preguntó Gundersen.

—La confederación de los nildores del continente occidental. La Compañía se lo cedió.

—¿Y los nildores le pagan un salario? Creí que no formaban parte de la economía monetaria galáctica.

—Así es. Arreglaron algo con la Compañía.

—Pero lo que usted está diciendo es que la Compañía aún dirige este hotel.

—Si es posible afirmar que alguien lo dirige, sí, la Compañía se ocupa de ello —reconoció Van Beneker—. Pero no se trata de una violación de la ley de retirada. Sólo hay un empleado: yo. Obtengo el salario de lo que los turistas pagan por el alojamiento. El resto lo gasto en artículos importados de la esfera monetaria. Gundy, ¿no se da cuenta de que es una gran broma? Es una rutina destinada a permitirme traer alcohol, eso es todo. El hotel no es un asunto comercial. La Compañía se ha ido realmente de este planeta. Se ha ido por completo,

—Está bien, está bien, le creo.

—¿Qué busca en la región de las brumas? —inquirió Van Beneker.

—¿Realmente le interesa saberlo?

—El momento de hacer preguntas pasa.

—Quiero presenciar la ceremonia del renacimiento. Nunca la vi mientras estuve aquí. Los ojos saltones de Van Beneker parecieron sobresalir aún más.

—Gundy, ¿por qué no puede hablar en serio?

—Es lo que hago.

—Resulta peligroso meterse con el ritual del renacimiento.

—Estoy dispuesto a correr los riesgos.

—Primero debería hablar de este asunto con alguna gente de aquí. No debemos entrometernos en eso.

Gundersen suspiró.

—¿La ha visto?

—No. Nunca. Jamás me interesó verla. Cualquier cosa que los salidores hagan en las montañas, que la hagan sin mí. Sin embargo, le diré con quién tiene que hablar: con Seena.

—¿Ha presenciado el renacimiento?

—Su marido lo ha visto.

Gundersen se sintió acongojado.

—¿Quién es su marido?

—Jeff Kurtz. ¿No lo sabía?

—Que me cuelguen —musitó Gundersen.

—Se pregunta qué vio ella en él, ¿no?

—Me pregunto cómo pudo decidirse a vivir con un hombre así. ¡Y usted habla de mi actitud hacia los nativos! Aquí tiene a alguien que los trató como a su propiedad personal y...

—Hable con Seena sobre el renacimiento. Vaya a las Cataratas de Shangri-la. —Van Beneker rió

—. Está jugando conmigo, ¿no? Sabe que estoy borracho y se divierte.

—No. En absoluto. —Gundersen se puso de pie trabajosamente—. Ahora yo debería descansar.

Van Beneker lo acompañó hasta la puerta. En el momento en que Gundersen salía, el hombrecillo se le acercó y dijo:

—Gundy, sabrá que lo que los nildores hicieron antes en la playa... no lo hicieron por los turistas. Lo hicieron por usted. Ése es su sentido del humor. Buenas noches, Gundy.

Gundersen despertó temprano. Estaba sorprendentemente despejado. Hacía poco había amanecido y el sol teñido de verde apenas asomaba en el cielo.

El cielo oriental, sobre el océano: un cálido matiz de terrenidad. Gundersen bajó a la playa para darse un baño. Soplaban un suave viento del sur y a lo lejos aparecían algunas nubes. Los árboles rebosaban de frutas; la humedad era tan elevada como siempre; los truenos resonaban desde las montañas que trazaban un arco paralelo a la costa, a un día de viaje tierra adentro. Los montículos de excrementos de los nildores cubrían la playa. Gundersen caminó cautelosamente, zigzagueó por la arena crujiente y se arrojó al agua. Se sumergió bajo la primera hilera enroscada de rompientes y con brazadas rápidas y enérgicas se dirigió hacia los bancos. Había bajamar. Cruzó el banco de arena descubierto y siguió nadando más allá de éste hasta que comenzó a fatigarse. Al regresar a la orilla, descubrió que dos de los turistas —Christopher y Miraflores— también habían ido a nadar. Los hombres le sonrieron inseguros.

—Estuve nadando —comentó—. No hay nada como el agua salada.

—¿Por qué no mantienen limpia la playa? —inquirió Miraflores.

Un hosco sulidor sirvió el desayuno: frutas nativas, pescados locales. Gundersen estaba hambriento. En principio, ingirió tres frutas amargas verdidoradas, después limpió diestramente un pez araña entero y comió la carne dulce y rosada como si participara en un concurso de velocidad. El sulidor le llevó otro pescado y un cuenco con velas del bosque de aspecto fálico. Gundersen aún comía cuando entró Van Beneker, vestido con ropa limpia aunque raída. Parecía sofocado y arrepentido. En lugar de unirse a la mesa de Gundersen, saludó superficialmente y siguió de largo.

—Siéntese conmigo, Van —ofreció Gundersen.

Van Beneker obedeció incómodo.

—Con respecto a anoche...

—Olvídelo.

—Estuve insufrible, señor Gundersen.

—Había bebido. Queda disculpado. In vino veritas. Además, anoche me llamó Gundy. Puede seguir haciéndolo esta mañana. ¿Quién se ocupa de coger los peces?

—Al norte del hotel hay una presa automática. Atrapa a los peces y los traslada directamente a la cocina. Dios sabe quién prepararía la comida si no tuviésemos máquinas.

—¿Quién recoge las frutas? ¿Las máquinas?

—Los sulidores se ocupan de eso —respondió Van Beneker.

—¿Cuándo comenzaron a trabajar como criados de este planeta los sulidores?

—Hace alrededor de cinco años. Quizá seis. Supongo que los nildores tomaron la idea de nosotros. Si nosotros podíamos convertirlos a ellos en porteadores y en rasadores vivientes, ellos podían convertir a los sulidores en botones. Al fin y al cabo, los sulidores constituyen la especie inferior.

—Pero siempre fueron dueños de sí mismos. ¿Por qué accedieron? ¿Qué significa esto para ellos?

—Lo ignoro —repuso Van Beneker—. ¿Entendió alguien alguna vez a los sulidores?

Es verdad, pensó Gundersen. Hasta el momento, nadie había logrado dar sentido a la relación de las dos especies inteligentes de ese planeta. En primer lugar, la presencia de dos especies inteligentes contrariaba la lógica evolutiva general del universo. Tanto los nildores como los sulidores merecían una clasificación autónoma, con niveles de percepción mayores que los de los primates homínidos superiores; un sulidor era notoriamente más inteligente que un chimpancé y un nildor mucho más. Aunque allí no hubiese habido nildores, la presencia de los sulidores habría bastado para obligar a la Compañía a renunciar a la posesión del planeta cuando el movimiento de descolonización alcanzó su punto culminante. Pero se desconocía el motivo por el cual esas dos especies habían alcanzado un acuerdo tácito y extraño: los sulidores, bípedos y carnívoros,

gobernaban la región de las brumas, y los nildores, cuadrúpedos y herbívoros, dominaban los trópicos. ¿Cómo habían logrado modelar tan perfectamente ese mundo? ¿Por qué la división del poder se desbarataba, si es que era eso lo que realmente ocurría? Gundersen sabía que entre esos seres existían tratados antiguos, que imperaba un sistema de reivindicaciones y prerrogativas, que todos los nildores se dirigían a la región de las brumas cuando llegaba el momento de su renacimiento. Pero ignoraba qué papel jugaban realmente los sulidores en la vida y el renacimiento de los nildores. Nadie lo sabía. Reconoció que el influjo de ese misterio era uno de los motivos que lo hizo regresar al Planeta de Holman, a Belzagor, ahora que estaba libre de sus responsabilidades administrativas y podía arriesgar su vida dedicándose a satisfacer curiosidades personales. Sin embargo, el cambio en la relación nildores-sulidores que parecía producirse en torno al hotel le preocupaba; había sido bastante difícil comprender dicha relación cuando era estática. Obviamente, las costumbres de los seres extraños no eran asunto suyo. En los últimos tiempos, nada era asunto suyo. Cuando un hombre no tenía asuntos propios, debía asignarse algunos. Por eso estaba allí, aparentemente para investigar, es decir para curiosear y espiar. Planteado así, su retorno al planeta parecía más un acto voluntario y menos el haber cedido a un impulso irresistible que, según temía, le había dominado.

—... más complicados de lo que cualquiera haya imaginado —decía Van Beneker.

—Lo siento. Estaba distraído y no oí lo que decía.

—No tiene importancia. Los últimos cien que quedamos teorizamos mucho. ¿Cuándo iniciará su viaje al norte?

—Van, ¿tiene prisa por librarse de mí?

—Sólo intentaba hacer planes, señor —respondió, dolido, el hombrecillo—. Si se queda, necesitaremos alimentos para usted y...

—Me iré después del desayuno si me dice cómo llegar al campamento más cercano de nildores para solicitar un permiso de viaje.

—Está a veinte kilómetros al sudeste. Le llevaría en el coleóptero pero como comprenderá... los turistas...

—¿Podrá lograr que un nildor me lleve? —preguntó Gundersen—. Si es mucha molestia, supongo que podría caminar pero...

—Arreglaré todo —aseguró Van Beneker.

Una hora después del desayuno apareció un joven nildor macho para trasladar a Gundersen hasta el campamento. En una época anterior, Gundersen se habría limitado a montar sobre su espalda, pero ahora sintió la necesidad de presentarse. Uno no le pide a un ser autónomo e inteligente que lo traslade veinte kilómetros por la selva sin tratar de intercambiar unas atenciones elementales, pensó.

—Soy Edmund Gundersen, del primer nacimiento —dijo—, y te deseo la alegría de muchos renacimientos, amigo de mi viaje.

—Soy Srin'gahar, del primer nacimiento —respondió el nildor con suavidad—, y agradezco tu deseo, amigo de mi viaje. Te sirvo por libre elección y espero tus órdenes.

—He de hablar con un nacido muchas veces y obtener permiso para viajar al norte. El hombre de aquí dice que me llevarás ante él.

—Así se hará. ¿Ahora?

—Ahora.

Gundersen tenía una maleta. La dejó en el amplio trasero del nildor y Srin'gahar curvó instantáneamente la cola para colocarla en su sitio. Después se arrodilló y Gundersen llevó a cabo el ritual de montar. Varias toneladas de potente carne se alzaron y avanzaron obedientemente hacia el linde del bosque. Casi parecía que nada había cambiado.

Recorrieron el primer kilómetro en silencio, atravesando un grupo cada vez más tupido de árboles de frutas amargas. Gradualmente, Gundersen llegó a la conclusión de que el nildor no hablaría si no le dirigía la palabra e inició una conversación diciendo que había

vivido diez años en Belzagor. Srin'gahar repuso que lo sabía y que recordaba a Gundersen de los tiempos del dominio de la Compañía. La naturaleza del sistema vocal de los nildores anulaba todos los matices y las implicaciones emocionales. Se trataba de un gruñido llano, nasal y mugiente, que no revelaba si el nildor le recordaba con afecto, con amargura o indiferencia. Gundersen pudo obtener indicios de los movimientos del copete craneano de Srin'gahar, pero era imposible para alguien sentado en el lomo de un nildor detectar dichos movimientos, salvo los más amplios. El complejo sistema nildor de comunicación complementaria no verbal no había evolucionado para conveniencia de los pasajeros. De todos modos, Gundersen sólo conoció unos pocos gestos complementarios de la serie casi infinita que existía y, además, olvidó la mayoría de ellos. Pero el nildor parecía bastante respetuoso.

Gundersen aprovechó la cabalgada para practicar su nildoruru. Hasta ese momento le había ido bien, pero en la entrevista con un nacido muchas veces necesitaría de todas las habilidades verbales que pudiese utilizar. Repitió una y otra vez:

—Lo dije correctamente, ¿no? Corrígeme si me equivoco.

—Hablas muy bien —insistió Srin'gahar.

A decir verdad, no era un idioma difícil. Era de corto alcance y de gramática sencilla. El nildoruru no se acentuaba; las palabras se aglutinaban, apilando sílaba sobre sílaba de modo que un concepto complejo como «el ex lugar de apacentamiento del clan de mi compañero» surgía como un gruñido de sonido prolongado y refunfuñante no interrumpido ni siquiera por la más mínima pausa. El habla de los nildores era lenta e impenetrable y exigía amplios tonos que hacían vibrar la lengua y que un terráqueo debía emitir desde el comienzo de las fosas nasales; cuando pasaba del nildoruru a cualquier lenguaje terráqueo Gundersen se sentía súbitamente entusiasmado, como un acróbata de circo transportado instantáneamente de Júpiter a Mercurio.

Srin'gahar había escogido un sendero de los nildores en lugar de uno de los viejos caminos de la Compañía. Gundersen tuvo que esquivar las ramas bajas y en una ocasión una temblorosa enredadera de nicalanga descendió para cogerle el cuello en un abrazo delicado, fresco, rápidamente interrumpido y atemorizante a la vez. Al volverse, vio la enredadera inflamada de excitación, enrojecida e hinchada por el placer de acariciar la piel de un terráqueo. Poco después la humedad de la selva llegó al máximo y el nivel de condensación rozó el de la lluvia; la atmósfera era tan húmeda que Gundersen tuvo dificultades para respirar y torrentes de sudor recorrían su cuerpo. Superó ese momento pegajoso. Minutos más tarde, cruzaron un camino de la Compañía. Se trataba de una ruta estrecha y desdibujada que se internaba en la selva, prácticamente cubierta de vegetación. En un año desaparecería.

El enorme cuerpo del nildor requería frecuentes comidas. Cada media hora se detenían y Gundersen desmontaba mientras Srin'gahar mascaba arbustos. El espectáculo despertó los prejuicios latentes de Gundersen y le perturbó tanto que intentó no mirar. De manera mastodóntica el nildor desenroscaba la trompa y arrancaba ramas frondosas de los árboles bajos; después, la gran boca se abría y engullía el manojito. Con sus colmillos triples, Srin'gahar arrancaba trozos de corteza como postre. Las enormes mandíbulas se movían incansablemente, molían y desmenuzaban. Nosotros no somos más estéticos cuando comemos, se dijo Gundersen, y su demonio interior contrarrestó su tolerancia con la pertinaz insistencia de que su compañero era una bestia.

Srin'gahar no era un ser extravertido. Si Gundersen permanecía en silencio, el nildor no decía nada; cuando Gundersen hacía una pregunta, el nildor replicaba amablemente pero con suma economía. La tensión de sostener una conversación tan quebrada agotó a Gundersen y dejó pasar muchos minutos en silencio. Atrapado en el ritmo del paso constante de la gran criatura, se contentó con que le trasladara sin esfuerzo por la selva humectante. Ignoraba dónde estaba y ni siquiera podía decir si avanzaban en dirección correcta, pues en lo alto los árboles formaban un dosel cerrado y ocultaban el sol. Sin

embargo, después de detenerse para la tercera comida de la mañana, el nildor proporcionó a Gundersen un indicio inesperado con respecto a su ubicación. Se apartó del sendero en una súbita diagonal, trotó una corta distancia hasta la zona más tupida del bosque, aplastando la vegetación, y se detuvo delante de lo que otrora fuera un edificio de la Compañía: una cúpula cristalina opacada ahora por el tiempo y envuelta en enredaderas.

—¿Conoces esta casa, Edmund del primer nacimiento? —preguntó Srin'gahar.

—¿Qué era?

—La estación de las serpientes, donde recogíais los jugos.

Bruscamente, el pasado se irguió ante Gundersen como un arrogante acantilado. Imágenes dentadas y alucinadas torturaron su mente. Escándalos añosos, largamente olvidados o reprimidos, cobraron nueva vida. ¿Esta ruina es la estación de las serpientes? ¿Este es el lugar de los pecados personales, el escenario de tantas pérdidas de la gracia? Gundersen sintió que le ardían las mejillas. Se apeó del lomo del nildor y caminó vacilante hacia el edificio. Se detuvo un instante en la puerta y miró hacia el interior. Sí, allí estaban los tubos y las tuberías colgantes, los arroyuelos por los que había fluido el veneno extraído, todo el equipo de procesamiento seguía en su sitio, semidevorado por el calor, la humedad y el abandono. Allí estaba la entrada de las serpientes selváticas, atraídas por una música extraña de la que no podían defenderse, y allí se les extraía el veneno, y allí... y allí...

Gundersen se giró para mirar a Srin'gahar. Las púas del copete del nildor estaban dilatadas; una señal de tensión, quizás una señal de vergüenza compartida. También los nildores abrigaban recuerdos de ese edificio. Gundersen entró en la estación y empujó la puerta entreabierta. Ésta se separó de las bisagras y un temblor musical resonó bang bang por todo el edificio esférico hasta convertirse en un confuso y débil tintineo. Bang y Gundersen volvió a oír la guitarra de Jeff Kurtz y los años retrocedieron y de nuevo tenía treinta y uno, y acababa de llegar al Planeta de Holman y se disponía a iniciar su trabajo en la estación de las serpientes, pues finalmente le habían asignado al sitio que era el centro de tantos comentarios. Sí. Del velo de la memoria surgió la imagen de Kurtz. Allí estaba, plantado en el centro de la estación, inenarrablemente alto, el hombre más alto que Gundersen había visto, con una grandiosa y pálida cabeza pelada y en forma de cúpula y los enormes ojos oscuros hundidos en los lomos óseos de aspecto prehistórico y una brillante sonrisa que cubría como mínimo un kilómetro de oreja a oreja. La guitarra hizo bang y Kurtz dijo:

—Gundy, te interesará. Esta estación es una experiencia única. La semana pasada enterramos a tu predecesor —bang—. Obviamente, tendrás que aprender a establecer una distancia entre tu persona y lo que ocurre aquí. Ése es el secreto para mantener tu identidad en un mundo extraño. Comprender la estética de la distancia: trazar una frontera alrededor de ti mismo y decirle al planeta: hasta aquí puedes consumirme pero no más. De lo contrario, el planeta terminará por absorberte y hacerte formar parte de él. ¿Está claro?

—En absoluto —replicó Gundy.

—Con el tiempo, el significado se manifestará por sí mismo —bang—. Ven a ver nuestras serpientes.

Kurtz tenía cinco años más que Gundersen y había estado en el Planeta de Holman tres años más que aquél. Gundersen le conocía por su fama mucho antes de verlo por primera vez. Todos parecían respetar a Kurtz, a pesar de que sólo era ayudante del agente de estación y jamás fue ascendido de su humilde rango. Después de cinco minutos de estar con Kurtz, Gundersen creyó comprender el motivo. Kurtz daba la impresión de inestabilidad: no de ángel caído aunque indudablemente de ángel que caía, Lucifer en descenso, bajando de la mañana al mediodía, del mediodía al crepúsculo cargado de rocío, pero ahora sólo en la mañana de la caída. Uno no podía confiar

responsabilidades a un hombre semejante hasta que concluyera su tránsito y se asentara en su estado definitivo.

Entraron juntos en la estación de las serpientes. Kurtz se estiró al pasar junto al aparato de destilación y acarició ligeramente las tuberías y las llaves de desagüe. Sus dedos parecían patas de araña y la caricia resultó sorprendentemente obscena. En el extremo de la sala se encontraba un hombre bajo y rollizo, de pelo oscuro y cejas negras; Gio' Salamone, el supervisor de la estación. Kurtz los presentó. Salamone sonrió.

—Has tenido suerte —comentó—. ¿Cómo lograste que te asignaran a esta estación?

—Simplemente me enviaron —respondió Gundersen.

—Como broma pesada que alguien quiso gastarte —sugirió Kurtz.

—¡Ya lo creo! —agregó Gundersen—. Todos creyeron que mentía cuando dije que me enviaron aquí sin haberlo solicitado.

—Una prueba de inocencia —musitó Kurtz.

—Bien, ahora que estás aquí, será mejor que aprendas nuestra regla básica —dijo Salamone—. La regla básica consiste en que cuando dejas la estación no discutes con nadie lo que aquí ocurre. ¿Capisce? Ahora dime: «Juro por el Padre, por el Hijo y por el Espíritu Santo y también por Abraham, Isaac, Jacob y Moisés...».

Kurtz se atragantó de risa.

Desconcertado, Gundersen dijo:

—Nunca había oído semejante juramento.

—Salamone es un judío italiano —explicó Kurtz—. Intenta cubrir todas las posibilidades. No te molestes en hacer el juramento, aunque tiene razón: lo que aquí ocurre no es asunto de nadie más. Cualquier cosa que hayas oído sobre la estación de las serpientes probablemente sea cierta pero, sin embargo, cuando te vayas de aquí no cuentes nada —bang, bang—. Ahora obsérvanos con atención. Convocaremos a nuestros demonios. Gio', suelta los amplificadores.

Salamone cogió un saco de plástico que parecía contener harina dorada y lo arrastró hasta la puerta trasera de la estación. Cogió un puñado de harina. Con un rápido movimiento ascendente lo lanzó al aire; la brisa atrapó instantáneamente los granos minúsculos y brillantes y los dispersó.

—Acaba de esparcir por la selva un millar de micro amplificadores —explicó Kurtz—. Dentro de diez minutos, cubrirán un radio de diez kilómetros. Están sintonizados para captar las frecuencias de mi guitarra y de la flauta de Gio' y las resonancias rebotan por todas partes. —Kurtz comenzó a tocar una melodía. Salamone apareció con una corta flauta travesera e interpretó una melodía propia en los intervalos de la tonada de Kurtz. La interpretación de ambos se convirtió en una imponente zarabanda, delicada e hipnótica, dos o tres notas que se repetían incesantemente sin variación de volumen ni de tono. Durante diez minutos no ocurrió nada excepcional. En ese momento Kurtz inclinó la cabeza hacia el borde de la selva—. Vienen. Ya vienen —murmuró—. Somos los auténticos y originales encantadores de serpientes.

Gundersen observó las serpientes que salían del bosque. Eran cuatro veces más largas que un hombre y tan gruesas como el brazo de un terráqueo corpulento. Sus lomos estaban cubiertos en toda su longitud por aletas ondulantes. Sus pieles eran lustrosas, de color verde claro y evidentemente pegajosas, ya que los desperdicios del suelo del bosque se adherían a ellas: fragmentos de hojas, tierra y pétalos arrugados. En lugar de ojos, contaban con hileras de puntos sensores del tamaño de grandes platos que bordeaban sus rizadas aletas dorsales. Sus cabezas eran romas y a modo de boca tenían aberturas, sólo aptas para mordisquear terrones de tierra. Donde debían estar las fosas nasales, sobresalían dos púas esbeltas y largas como el pulgar de un hombre; éstas alcanzaban una longitud cinco veces superior en momentos de tensión o cuando la serpiente era atacada y producían un líquido azul: un veneno. A pesar del tamaño de estos seres y la llegada de alrededor de treinta simultáneamente. Gundersen no sintió

miedo, aunque seguramente se habría incomodado ante la llegada de un pelotón de pitones. No eran pitones. Ni siquiera eran reptiles, sino seres correspondientes a una división primaria baja, en realidad gusanos gigantes. Eran pesadas y carecían de inteligencia evidente. Sin duda alguna reaccionaban vigorosamente ante la música. Ésta las había atraído a la estación y ahora se agitaban en un ballet espectral, buscando la fuente del sonido. Las primeras ya habían entrado en el edificio.

—¿Tocas la guitarra? —preguntó Kurtz—, Toma... no dejes de emitir sonidos. Ahora la melodía no tiene importancia.

Entregó el instrumento a Gundersen, que por un momento luchó con la digitación y luego produjo una imitación defectuosa y vacilante de la melodía de Kurtz. Mientras tanto, éste deslizó una gorra tubular de color rosado sobre la cabeza de la serpiente más cercana. Una vez en su sitio, la gorra se contrajo rítmicamente; de momento, los zigzaguees de la serpiente se tornaron más intensos, movió convulsivamente la aleta y golpeó el suelo con la cola. Luego se serenó. Kurtz retiró la gorra y la colocó sobre la cabeza de otra serpiente y luego de otra y otra.

Les extraía el veneno. Se decía que esos seres eran letales para los sistemas metabólicos nativos; jamás atacaban pero si se las provocaba se defendían y el veneno era universalmente eficaz. Pero lo que era veneno en el Planeta de Holman constituía una bendición en la Tierra. El veneno de las serpientes selváticas era una de las exportaciones más lucrativas de la Compañía. Correctamente destilado, diluido, cristalizado y purificado, el líquido servía como catalizador en los trabajos de regeneración de miembros humanos. Una dosis suavizaba la resistencia de la célula humana al cambio, corrompía insidiosamente el citoplasma y hacía que éste indujera al núcleo para que pusiese en actividad su material genético. En consecuencia, estimulaba enormemente el nuevo despertar de la división celular y la duplicación de partes corporales cuando era necesario que creciesen un brazo, una pierna o una cara nuevos. Gundersen ignoraba cómo o por qué daba resultado, pero había visto el material en acción durante su período de entrenamiento, cuando un compañero perdió ambas piernas de las rodillas para abajo en un accidente de vuelo a gran altura. La droga hacía fluir la carne. Liberaba a los guardianes del modelo corporal codificado y facilitaba enormemente la tarea de los cirujanos genéticos sensibilizando y estimulando la zona de regeneración. Las piernas de su compañero habían vuelto a crecer en seis meses.

Gundersen siguió tocando la guitarra, Salamone la flauta y Kurtz recolectando veneno. Súbitamente, del monte llegaron sonidos mugientes: evidentemente, la música también atrajo a un rebaño de nildores. Gundersen los vio salir pesadamente de la maleza y detenerse casi con timidez en el borde del claro.

Eran nueve. Poco después, iniciaron una danza chabacana, tambaleante y pesada. Agitaban las trompas según el ritmo de la música, balanceaban las colas y hacían girar los copetes erizados de púas.

—Todo listo —informó Kurtz—. Cinco litros..., un buen botín.

Las serpientes, una vez extraído su veneno, se perdieron en el bosque en cuanto la música cesó. Los nildores se quedaron un rato más, miraron con atención a los hombres del interior de la estación y finalmente se fueron. Kurtz y Salamone enseñaron a Gundersen las técnicas de destilación del precioso líquido, preparándolo para su envío a la Tierra.

Y eso fue todo. No pudo percibir nada escandaloso en los acontecimientos y no comprendió por qué en el cuartel general se había hablado tan disimuladamente de ese sitio ni el motivo por el cual Salamone intentó arrancarle un juramento de silencio. Tampoco se atrevió a preguntar. Tres días después, volvieron a convocar a las serpientes, extrajeron nuevamente el veneno y el proceso también le pareció intachable a Gundersen. Rápidamente comprendió que Kurtz y Salamone ponían a prueba su confianza antes de iniciarle en los misterios.

Después de la tercera semana de trabajo en la estación de las serpientes, finalmente le permitieron acceder a los secretos. El veneno había sido recogido, las serpientes se habían ido y de los más de doce nildores que se sintieron atraídos por el concierto de ese día, unos pocos aún remoloneaban en el exterior del edificio. Gundersen comprendió que algo excepcional estaba a punto de ocurrir cuando vio que Kurtz, luego de dirigir una significativa mirada a Salamone, desenganchaba un contenedor de veneno antes de ser introducido en el aparato de destilación. Lo vertió en un ancho cuenco, que, como mínimo, tenía un litro de capacidad. En la Tierra, el valor de esa cantidad de droga equivaldría al salario anual de Gundersen como ayudante del agente de estación.

—Ven con nosotros —le invitó Kurtz.

Los tres hombres salieron y de inmediato se acercaron tres nildores con los espinazos erguidos, las orejas temblorosas y un comportamiento extraño. Parecían asustados e impacientes. Kurtz entregó el cuenco de veneno puro a Salamone, que bebió y se lo devolvió. Kurtz también bebió. Ofreció el cuenco a Gundersen y preguntó:

—¿Tomas la comunión con nosotros?

Gundersen vaciló.

—No hay peligro —explicó Salamone—. No puede afectar a tus núcleos si lo ingieres internamente.

Gundersen se llevó el cuenco a los labios y bebió un trago con cautela. El veneno era dulce pero acuoso.

—...sólo tu cerebro —agregó Salamone.

Kurtz cogió delicadamente el cuenco en sus manos y lo dejó en el suelo. En ese momento el nildor más grande avanzó y hundió delicadamente la trompa en el recipiente. Después se acercó el segundo nildor y luego el tercero. El cuenco quedó vacío.

—Si es venenoso para la vida local... —comentó Gundersen

—No cuando lo beben, sólo si se inyecta directamente en el torrente sanguíneo —aclaró Salamone.

—¿Qué ocurrirá ahora?

—Espera —replicó Kurtz— y vuelve tu alma receptiva a cualquier posibilidad que surja.

Gundersen no tuvo que esperar mucho tiempo. Sintió un engrosamiento en la base del cuello, una aspereza en el rostro y los brazos le resultaron inenarrablemente pesados. Le pareció mejor ponerse de rodillas a medida que el efecto se intensificaba. Se volvió hacia Kurtz y buscó un apoyo en esos ojos oscuros y brillantes, pero los ojos de Kurtz ya habían comenzado a achatarse y expandirse y su prensil trompa verde casi llegaba al suelo. Salamone también había entrado en la metamorfosis, corcoveaba cómicamente y golpeaba el suelo con sus colmillos. El engrosamiento continuó. Ahora Gundersen sabía que pesaba varias toneladas y puso a prueba su coordinación corporal, caminó de un lado a otro y aprendió a moverse a cuatro patas. Se dirigió al manantial y absorbió agua con la trompa. Frotó su pellejo correoso contra los árboles. Lanzó bramidos de alegría en su enormidad. Se unió a Kurtz y a Salamone en una danza salvaje que hizo temblar la tierra. Los nildores también se habían transformado: uno se había convertido en Kurtz, otro en Salamone y el tercero en Gundersen, y las tres ex bestias realizaban piruetas salvajes, trastabillaban y caían ante su falta de familiaridad con los movimientos humanos. Pero a Gundersen no le interesaba lo que los nildores hacían. Se concentró exclusivamente en su propia experiencia. En algún punto del fondo de su alma le aterrorizó saber que este cambio se había producido en él y que estaba condenado a vivir eternamente como un corpulento animal de la selva, arrancando cortezas y desgajando ramas; pero era gratificante haber cambiado los cuerpos de ese modo y tener acceso a una serie totalmente nueva de datos sensorios. Su visión había disminuido y todo lo que veía estaba envuelto en un halo peludo, aunque existían compensaciones: podía distinguir olores mediante su dirección y su textura y su visión era enormemente más sensible.

Equivalía a poder ver las gamas ultravioleta e infrarroja. Una deslustrada flor del bosque le envió mareantes oleadas de dulzura húmeda y blanda; el sonido de las pinzas de los insectos en los túneles subterráneos parecía una sinfonía de percusión. ¡Y su inmensidad! ¡El éxtasis de poseer un cuerpo semejante! Su conciencia transformada se encumbró, se precipitó y volvió a elevarse. Pisó árboles y se felicitó por ello con tonos resonantes. Pastó y se hartó. Luego se sentó un rato, totalmente inmóvil, y meditó sobre la existencia del mal en el universo, preguntándose por qué debía existir semejante cosa y si el mal existía realmente como fenómeno objetivo. Sus respuestas le sorprendieron y deleitaron y se volvió hacia Kurtz para comunicarle estas ideas, pero en ese momento el efecto del veneno comenzó a desaparecer con sorprendente rapidez y poco después Gundersen se sentía totalmente normal. Sin embargo, estaba llorando y sentía una angustia vergonzosa, como si le hubiesen descubierto molestando flagrantemente a un menor. Los tres nildores no estaban a la vista.

Salamone cogió el cuenco y entró en la estación.

—Ven —dijo Kurtz—. Entremos también nosotros.

No quisieron discutir ningún aspecto de la experiencia con él. Le permitieron compartirla pero no estaban dispuestos a explicar nada y le interrumpían severamente cuando hacía una pregunta. El rito era estrictamente personal. Gundersen fue incapaz de evaluar la experiencia. ¿Se había convertido su cuerpo realmente en el de un nildor durante una hora? Apenas podía decirse que sí. Bien, en consecuencia, ¿acaso su mente, su alma, habían emigrado de algún modo al cuerpo del nildor? ¿Y el alma del nildor, si es que los nildores tenían alma, había penetrado en la suya? ¿Qué tipo de conjunción, qué especie de unión de interioridades se había producido en el claro del bosque?

Tres días después, Gundersen solicitó que lo trasladaran de la estación de las serpientes. En aquella época, lo desconocido le trastornaba fácilmente. Cuando Gundersen le anunció que se iba, la única reacción de Kurtz fue una risa seca y bruta!. El servicio normal en la estación era de ocho semanas, de las cuales Gundersen había cumplido menos de la mitad. Nunca más volvió a trabajar allí.

Más tarde, reunió todos los comentarios que pudo sobre los acontecimientos en la estación de las serpientes. Le contaron confusos relatos de perversiones sexuales en la arboleda, de acoplamientos entre terráqueo y nildor, entre terráqueo y terráqueo; oyó murmullos de que aquellos que bebían habitualmente el veneno sufrían cambios corporales extraños, terribles y permanentes; le contaron historias relativas a que, en los consejos privados, los nildores más viejos condenaban amargamente la práctica morbosa de ir a la estación de las serpientes para beber el líquido ofrecido por los terráqueos. Pero Gundersen ignoraba si esos comentarios eran ciertos. Años más tarde, le resultó difícil mirar a Kurtz a los ojos en las raras ocasiones en que se encontraron. A veces, incluso tuvo dificultades para vivir consigo mismo. De manera tangencial, quedó manchado por esa única hora de metamorfosis. Se sentía como una virgen que había intervenido en una orgía y que salió desflorada pero ignorante de lo que le había acontecido.

Los fantasmas se desvanecieron. El sonido de la guitarra de Kurtz disminuyó y desapareció por completo.

Srin'gahar preguntó:

—¿Nos vamos ahora?

Gundersen salió lentamente de la estación en ruinas.

—¿Actualmente recoge alguien los jugos de las serpientes?

—Aquí, no —repuso el nildor.

Srin'gahar se arrodilló. El terráqueo montó y el nildor le transportó en silencio, de regreso al sendero que habían seguido anteriormente.

A primeras horas de la tarde se acercaron al campamento nildor que constituía el objetivo inmediato de Gundersen. Durante la mayor parte del día habían atravesado la amplia llanura costera, pero ahora el terreno se hundía bruscamente, ya que tierra adentro existía una larga y estrecha depresión que iba de norte a sur, una profunda hendidura entre la meseta central y la costa. En el acceso a esa grieta, Gundersen vio la inmensa devastación del follaje que indicaba la presencia de un numeroso rebaño de nildores a pocos kilómetros de distancia. Una cicatriz dentada atravesaba el bosque desde el suelo hasta una altura de aproximadamente el doble de la estatura de un hombre.

Ni siquiera la desbordante fertilidad tropical de la región podía hacer crecer la vegetación al mismo ritmo que el apetito de los nildores; esas zonas de defoliación necesitaban un año o más tiempo para recuperarse después de la partida del rebaño. A pesar del impacto de éste, el bosque que rodeaba la cicatriz era aún más tupido que en la llanura costera del este. Se trataba de una selva húmeda, vaporosa y oscura que se elevaba junto a la potencia vecina. En el valle la temperatura era notoriamente superior a la de la costa y, a pesar de que la atmósfera no podía ser más húmeda, en el aire se percibía una acuosidad casi tangible. La vegetación también era distinta. En la llanura, los árboles solían tener hojas puntiagudas, en ocasiones peligrosamente puntiagudas. Aquí el follaje era redondeado y carnoso: pesados discos combados de color azul oscuro que resplandecían voluptuosamente cuando unos extraviados rayos de luz solar se filtraban por el techo del bosque.

Gundersen y su montura prosiguieron el descenso y siguieron lía línea de la cicatriz de pastoreo. Avanzaron por el lecho de un torrente que corría serpenteante hacia el interior; el terreno era esponjoso y blando y la mayor parte del tiempo Srin'gahar caminaba con el barro hasta las rodillas. Entraban en una amplia cuenca circular que parecía ser el punto más deprimido de toda la región. Tres o cuatro arroyos corrían hacia ésta y alimentaban un lago oscuro y cubierto de malezas situado en el centro. A orillas del lago se encontraba el rebaño de Srin'gahar. Gundersen vio varios cientos de nildores pastando, durmiendo, acoplándose y caminando.

—Bájame —pidió y se sorprendió a sí mismo—. Caminaré a tu lado.

Sin decir palabra, Srin'gahar lo dejó desmontar.

Gundersen se lamentó de su impulso igualitario en cuanto tocó el suelo. Las anchas patas del nildor podían hacer frente al terreno fangoso y Gundersen descubrió que empezaba a hundirse si permanecía en el mismo sitio unos instantes. Pero ahora no volvería a montar. Cada paso era una batalla, pero combatió. Además, estaba tenso e inseguro pues ignoraba qué acogida tendría, y también tenía hambre, ya que durante el largo viaje no había comido nada a excepción de unas cuantas frutas amargas que arrancó de los árboles. La pesadez de la atmósfera le dificultaba la respiración. Se sintió muy aliviado cuando, ladera abajo, la caminata se tornó más fácil. Allí, una trama de plantas esponjosas que se extendían desde el lago se entrelazaba con el fango y formaba una plataforma firme, aunque no totalmente tranquilizadora, de algunos centímetros de espesor. Srin'gahar levantó la trompa y envió un trompetazo de saludo en dirección al campamento. Algunos nildores respondieron del mismo modo. Srin'gahar se dirigió a Gundersen:

—Amigo de mi viaje, el nacido muchas veces se encuentra a orillas del lago. ¿Lo ves? ¿Lo ves en medio de aquel grupo? ¿Te llevo ahora hasta él?

—Por favor —repuso Gundersen.

El lago estaba cubierto de vegetación a la deriva. De la superficie sobresalían masas encorvadas de vegetales: hojas semejantes a cuernos de la abundancia, cuerpos de esporas en forma de copa, tallos pegajosos y enmarañados; todo era de color azul oscuro

y destacaba contra el fondo verdiazul más claro del agua. En medio de ese laberinto de tupida flora se movían lentamente enormes mamíferos semiacuáticos: media docena de malidares cuyos cuerpos tubulares y amarillentos estaban sumergidos casi por completo. Sólo quedaban a la vista los bultos redondos de sus espaldas, los periscopios salientes de sus ojos entallados y, de vez en cuando, una nariz cavernosa y refunfuñante. Gundersen pudo ver las enormes ringleras que los malidares habían abierto en la vegetación para alimentarse ese día, pero en el otro extremo del lago las heridas comenzaban a cicatrizar a medida que nuevos crecimientos cubrían rápidamente las brechas trazadas recientemente.

Gundersen y Srin'gahar descendieron hacia el lago. La dirección del viento cambió súbitamente y Gundersen respiró la fragancia que emanaba del lago. Tosió: era como respirar los vapores de una destilería. El lago fermentaba. El alcohol era un derivado de la respiración de esas plantas acuáticas y, dado que no tenía salida, el lago se había convertido en una enorme tina de aguardiente. Tanto el agua como el alcohol se evaporaban rápidamente, de modo que la atmósfera circundante no solo era húmeda sino embriagante; puesto que durante siglos la evaporación del agua había superado la entrada de ésta procedente de los arroyos, la graduación alcohólica del líquido restante había aumentado constantemente. Gundersen sabía que, mientras la Compañía gobernó el planeta, esos lagos fueron la perdición de más de un agente.

Al parecer, los nildores le hicieron poco caso mientras se acercaba. Gundersen reparó en que, en realidad, todos los miembros del campamento le observaban con atención, pero fingían indiferencia mientras parecían atareados. Se desconcertó al ver una docena de refugios de monte a la orilla de uno de los arroyos. Los nildores no utilizaban cobijos de ningún tipo pues por el tórrido clima eran innecesarios y, además, eran incapaces de construir nada ya que carecían de órganos de manipulación salvo los tres «dedos» situados en la punta de sus trompas. Estudió azorado los toscos colgadizos y un momento después comprendió que había visto antes estructuras de ese tipo: se trataba de las chozas de los sulidores. El acertijo se hizo más difícil. Gundersen ignoraba la existencia de una relación tan íntima entre los nildores y los bípedos carnívoros de la región de las brumas. En ese momento vio a los sulidores, alrededor de veinte, sentados con las piernas cruzadas en el interior de las chozas. ¿Esclavos? ¿Cautivos? ¿Amigos de la tribu? Ninguna de esas hipótesis tenía sentido.

—Éste es nuestro nacido muchas veces —dijo Srin'gahar y señaló con un movimiento de la trompa a un venerable nildor cubierto de cicatrices que se encontraba en medio de un grupo, junto a la orilla del lago. Gundersen sintió una oleada de respeto, inspirado no sólo por la edad de ese ser sino por la certeza de que esa bestia anciana, gris azulada por los años, debió de participar varias veces en los ritos inimaginables de la ceremonia de renacimiento. El nacido muchas veces había viajado más allá de la barrera espiritual que contenía a los hombres. Cualquiera que fuese el nirvana que la ceremonia de renacimiento ofrecía, ese ser lo había conocido y Gundersen no, y esa distinción crucial de la experiencia hizo que al terráqueo le abandonara el valor a medida que se acercaba al jefe del rebaño.

Un círculo de cortesanos rodeaba al anciano. Éstos también tenían la piel gris y arrugada: un consejo de ancianos. Los nildores más jóvenes, los de la generación de Srin'gahar, guardaban una respetuosa distancia. No había un solo nildor inmaduro en el campamento. Ningún terráqueo había visto a un joven nildor. A Gundersen le habían contado que los nildores siempre nacían en la región de las brumas, en la patria natal de los sulidores, y al parecer permanecían firmemente recluidos allí hasta alcanzar el equivalente nildor de la adolescencia, momento en que emigraban a las selvas de los trópicos. También se había enterado de que todos los nildores abrigaban la esperanza de retornar a la región de las brumas cuando les llegara el momento de morir. Pero ignoraba si esas afirmaciones eran ciertas. Nadie lo sabía.

El círculo se abrió y Gundersen se encontró frente al nacido muchas veces. El protocolo exigía que Gundersen fuese el primero en hablar, pero vaciló, mareado quizá por la tensión o por los vapores del agua, y transcurrieron unos instantes eternos hasta que logró reunir fuerzas. Por último dijo:

—Soy Edmund Gundersen del primer nacimiento y te deseo la alegría de muchos renacimientos, oh, sabio entre los sabios.

Sin ninguna prisa, el nildor ladeó su enorme cabeza, absorbió un trago de agua del lago y se la introdujo en la boca. Luego rugió:

—Te conocemos, Edmundgundersen, de días pasados. Te ocupabas de la gran casa de la Compañía en Punta de Fuego, en el Mar de Polvo.

La memoria del nildor le sorprendió y acongojó. Si le recordaba tan bien, ¿qué posibilidades tenía de ganar el favor de esas personas? No le debían ninguna amabilidad.

—Sí, estuve allí hace mucho tiempo —respondió tensamente.

—No tanto. Diez giros no es mucho tiempo. —Los ojos de gruesos párpados del nildor se cerraron y pareció que el nacido muchas veces se había dormido. Poco después agregó, con los ojos aún cerrados—: Soy Vol'himyor, del séptimo nacimiento. ¿Entrarás en el agua conmigo? En este nacimiento actual, me canso rápidamente en tierra.

Sin esperar, Vol'himyor entró en el lago, nadó lentamente hasta unos cuarenta metros de la orilla y permaneció flotando allí, hundido hasta los hombros. Un malidar que había ramoneado las malezas de esa zona del lago se sumergió con un burbujeante murmullo de descontento y volvió a aparecer más lejos. Gundersen comprendió que no le quedaba más alternativa que seguir al nacido muchas veces. Se quitó la ropa y avanzó.

El agua tibia comenzó a cubrirlo. No muy lejos, la trama esponjosa de tallos fibrosos dejó paso a un fango suave y tibio bajo los pies desnudos de Gundersen. Ocasionalmente, sintió en las plantas de los pies los movimientos de ciertos pequeños seres con muchas patas. Las raíces de las plantas acuáticas se agitaban como un látigo alrededor de sus piernas y las burbujas negras cargadas de alcohol que subían desde lo más profundo y estallaban en la superficie estuvieron a punto de ahogarlo con su liberación de vapor. Empujó las plantas, se abrió paso a la fuerza entre ellas con suma dificultad y sintió un gran alivio cuando sus pies no tocaron más el fango. Chapoteó rápidamente hacia Vol'himyor. Gracias al malidar, en ese punto la superficie del lago era diáfana. Sin embargo, en las oscuras profundidades de las aguas se movían otros animales desconocidos y casi incesantemente algo resbaladizo y rápido se escurría por el cuerpo de Gundersen. Se obligó a ignorar esas cosas.

Vol'himyor, que todavía parecía dormido, murmuró:

—Has estado fuera de este mundo durante muchos giros, ¿no?

—Después de que la Compañía cedió sus derechos aquí, regresé a mi planeta —contestó Gundersen.

Gundersen se dio cuenta de que había cometido un error incluso antes de que el nildor abriera los párpados y le mirara fríamente con sus ojos redondos y amarillos.

—Aquí tu Compañía nunca tuvo derechos que ceder —dijo el nildor con su acostumbrado tono llano y neutral—. ¿No es así?

—Así es —reconoció Gundersen. Buscó una corrección airosa y finalmente agregó—: Después de que la Compañía renunció a la posesión de este planeta, regresé a mi propio mundo.

—Esas palabras son más veraces. ¿Por qué has vuelto?

—Porque amo este lugar y deseo volver a verlo.

—¿Es posible que un terráqueo sienta amor por Belzagor?

—Sí, es posible que un terráqueo lo sienta.

—Un terráqueo puede quedar atrapado por Belzagor —dijo Vol'himyor con más lentitud que de costumbre—. Un terráqueo puede descubrir que su alma ha sido cogida por las

fuerzas de este planeta y que la retiene en la esclavitud. Pero dudo de que un terráqueo pueda sentir amor por este planeta, tal como yo comprendo vuestro concepto del amor.

—Te concedo la razón, nacido muchas veces. Mi alma ha quedado atrapada por Belzagor. No podía dejar de regresar.

—Eres rápido para dar la razón.

—No deseo ofender.

—Intento loable. ¿Y qué harás aquí, en este mundo que se ha apoderado de tu alma?

—Viajar a muchos sitios de tu mundo —replicó Gundersen—. Tengo especial interés en visitar la región de las brumas.

—¿Por qué?

—Es el lugar que me atrapa más profundamente.

—No has dado una respuesta informativa —puntualizó el nildor

—No puedo ofrecer otra.

—¿Qué te ha atrapado allí?

—La belleza de las montañas que se elevan desde las brumas. El resplandor de los rayos del sol en un día despejado, frío y brillante. El esplendor de las lunas contra un campo de nieve trémula.

—Eres muy poético —opinó Vol'himyor.

Gundersen no supo si le alababa o se burlaba de él.

—Según las leyes actuales, debo tener el permiso de un nacido muchas veces para entrar en la región de las brumas. He venido a solicitarte ese permiso.

—Eres melindroso en el respeto de nuestras leyes, mi amigo nacido una vez. Antaño eras distinto.

Gundersen se mordió el labio. Sintió que algo reptaba por su pantorrilla desde la profundidad del lago pero se obligó a mirar serenamente al nacido muchas veces. Escogió cuidadosamente las palabras y dijo:

—A veces tardamos en comprender la naturaleza de otro y le ofendemos sin saber lo que hacemos.

—Así es.

—Pero luego llega la comprensión —agregó Gundersen— y uno siente remordimientos por los actos del pasado y espera perdón para sus pecados.

—El perdón depende de la calidad de los remordimientos —observó Vol'himyor— y también de la calidad de los pecados.

—Creo que conoces mis fallos.

—No han sido olvidados —dijo el nildor.

—También creo que para tu credo no es desconocida la posibilidad de la redención personal.

—Es verdad, es verdad.

—¿Me permitirás enmendar mis pecados del pasado contra tu pueblo, tanto los conocidos como los desconocidos?

—Enmendar los pecados desconocidos es cosa insensata —afirmó el nildor—. De todos modos, nosotros no buscamos una disculpa. Tu redención del pecado es asunto tuyo, no nuestro. Quizás encuentres aquí esa redención, tal como esperas. Percibo un grato cambio en tu alma y ello pesará enormemente a tu favor.

—¿Entonces cuento con tu permiso para ir al norte? —inquirió Gundersen.

—No tan rápido. Quédate un tiempo con nosotros como invitado. Debemos pensar en esto. Ahora puedes volver a la orilla.

La despedida era evidente. Gundersen agradeció al nacido muchas veces su paciencia, no sin cierta autosatisfacción por la forma en que había llevado la entrevista. Siempre había mostrado la deferencia correspondiente a los nacidos muchas veces —incluso un imperialista realmente kiplinguesco sabía que le convenía mostrar respeto hacia los venerables líderes tribales—, pero en la época de la Compañía sólo era una

burla para él, una muestra fingida de humildad ya que el poder fundamental correspondía al agente de sector de la Compañía y no a ningún nildor, por muy sagrado que fuese. Ahora el viejo nildor tenía realmente el poder de impedirle entrar en la región de las brumas y quizá viera incluso cierta justicia poética en el hecho de impedirselo. Pero Gundersen sintió que ahora su actitud deferente y apologética había sido bastante sincera y que había transmitido a Vol'himyor parte de esa sinceridad. Sabía que no podía engañar al nacido muchas veces haciéndole creer que un antiguo servidor de la Compañía como él súbitamente deseaba arrastrarse ante las ex víctimas del expansionismo terrestre, pero a menos que hiciese alguna muestra de sinceridad, no tenía la menor posibilidad de conseguir el permiso que necesitaba.

Repentinamente, mientras aún se encontraba bastante lejos de la orilla, algo dio a Gundersen un golpe terrible entre los hombros y lo lanzó, atontado y jadeante, de cara al agua.

Al sumergirse, le pasó por la cabeza la idea de que Vol'himyor le había seguido traicioneramente y golpeado con la trompa. Un golpe de ese tipo podía resultar fatal si se aplicaba con verdadera malicia. Atragantado, con la boca llena del licor del lago y los brazos entumecidos por el impacto del golpe, Gundersen salió cautelosamente a la superficie, dispuesto a encontrar al anciano nildor sobre él, preparado para lanzar el golpe de gracia.

Abrió los ojos y momentáneamente tuvo dificultades para centrar la mirada. No, el nacido muchas veces estaba lejos, en el lago, y miraba en otra dirección. En ese momento Gundersen tuvo una extraña y espinosa premonición y hundió la cabeza a tiempo para evitar que lo mismo que le había golpeado antes le decapitara. Se acurrucó en el agua cubierto hasta la nariz y lo vio girar en lo alto: una barra gruesa y amarillenta como un trueno descontrolado. En ese momento oyó violentos gritos de dolor y sintió que unas olas cada vez más altas recorrían el lago. Miró a su alrededor.

Doce salidores habían entrado en el lago y estaban matando a un malidar. Habían arponeado a la enorme bestia con palos aguzados; en ese momento el malidar se debatía y enroscaba en la agonía, final y fue la poderosa cola del animal la que derribó a Gundersen. Los cazadores se habían desplegado en los bancos, hundidos hasta la cintura, con su grueso pelaje manchado de lodo y deslustrado. Cada grupo aferró el mástil de un arpón y gradualmente arrastraron al malidar hacia la orilla. Gundersen ya no corría peligro, pero siguió sumergido, recuperó la respiración y movió los hombros para comprobar que no tenía ningún hueso roto. La primera vez, la cola del malidar sólo debió rozarle; sin duda alguna, la segunda vez le habría destrozado si no se hubiese sumergido. Empezaba a sentir dolor y estaba medio ahogado a causa del agua que había tragado. Se preguntó cuándo comenzaría a estar borracho. Los sulidores habían arrastrado a la orilla a su presa. Sólo quedaban en el agua la cola y las gruesas patas traseras palmeadas del malidar, que se movían espasmódicamente. El resto del animal, de un peso de varias toneladas y su estatura cinco veces superior a la de un hombre, estaba en la orilla y los sulidores le clavaban metódicamente largas estacas, una en cada uno de los miembros delanteros y varias en la ancha cabeza en forma de cuña. Algunos nildores presenciaban la operación con ligera curiosidad. La mayoría de ellos la ignoraban. Los demás malidares siguieron ramoneando en el bosque como si no hubiese ocurrido nada.

Un último arponazo dividió en dos la columna vertebral del malidar. La bestia se estremeció y quedó inmóvil.

Gundersen nadó rápidamente, vadeó el fango desagradablemente voluptuoso y se dejó caer en la orilla. Súbitamente se le doblaron las rodillas y trastabilló hacia delante, tembloroso, atragantado y asqueado. Un delgado hilillo de líquido surgió de sus labios. Después se echó de lado y vio que los sulidores cortaban gigantescos trozos de carne de color rosa claro de los flancos del malidar y los repartían entre ellos. Otros sulidores salían de las chozas para participar del festín. Gundersen se estremeció. Sufría una especie de

conmoción y transcurrieron algunos minutos hasta que comprendió que el motivo de su malestar no sólo se debía al golpe que había recibido y el agua que había tragado sino a la comprobación de que se había perpetrado un acto de violencia en presencia de un rebaño de nildores y éstos no parecían preocupados en lo más mínimo. Había supuesto que esos seres pacíficos y no beligerantes reaccionarían horrorizados ante la matanza de un malidar. Pero no les importaba. Lo que Gundersen sentía era el malestar de la desilusión.

Un sulidor se acercó y se detuvo ante él. Gundersen miró inquieto a la figura alta y peluda. El sulidor sostenía entre las patas delanteras un trozo de carne de malidar, del tamaño de la cabeza de Gundersen.

—Para ti —dijo el sulidor en el idioma de los nildores—. ¿Comes con nosotros?

No esperó respuesta. Arrojó el trozo de carne al suelo, junto a Gundersen, y se reunió con sus compañeros. Al terráqueo se le revolvió el estómago. La carne cruda no le apetecía.

Súbitamente el silencio reinó en la orilla.

Todos le miraban, tanto los sulidores como los nildores.

5

Tembloroso, Gundersen se puso de pie. Aspiró aire tibio hasta el fondo de los pulmones y ganó unos minutos agachándose en la orilla del lago para lavarse la cara. Encontró la ropa que se había quitado y demoró unos minutos más en ponérsela. Ahora se sentía un poco mejor, aunque el problema de comer carne cruda seguía existiendo. Los sulidores, que disfrutaban del festín, arrancaban y desgarraban porciones de carne y mordisqueaban huesos; le miraban a menudo para averiguar si estaba dispuesto a aceptar la hospitalidad que le ofrecían. Los nildores, que obviamente no habían probado la carne, también parecían interesarse por su decisión. Si rechazaba la carne, ¿ofendería a los sulidores? Si la comía, ¿aparecería como bestial ante los ojos de los nildores? Llegó a la conclusión de que lo mejor era obligarse a comer unos trozos como gesto de buena voluntad hacia los bípedos de aspecto amenazante. Al fin y al cabo, a los nildores no parecía preocuparles el hecho de que los sulidores comieran carne. ¿Por qué se molestarían si un terráqueo, un carnívoro conocido, hacía lo mismo?

Comería la carne. Pero lo haría a la manera de los terráqueos.

Arrancó algunas hojas de las plantas acuáticas y las extendió hasta formar una estera. Colocó la carne sobre las hojas. Extrajo de su túnica la antorcha de fusión, a la que dio amplia apertura y poca intensidad, y la dirigió hacia la carne hasta que la parte externa de ésta quedó chamuscada y crujiente. Con un rayo más delgado dividió la carne asada en trozos fáciles de ingerir. Luego se sentó con las piernas cruzadas, cogió un trozo y empezó a masticarlo.

La carne, aunque tierna, tenía un sabor desagradable y estaba cubierta de masas correosas que formaban una compleja red. Mediante un enorme esfuerzo de voluntad, Gundersen logró ingerir tres trozos. Cuando decidió que ya había comido bastante, se levantó, dio las gracias a los sulidores y se arrodilló junto al lago para coger un poco de agua. Necesitaba un trago de alcohol.

Durante ese espacio de tiempo, nadie le dirigió la palabra ni se acercó a él.

Los nildores habían salido del agua pues comenzaba a anochecer. Habían formado varios grupos lejos de la orilla. El festín de los sulidores continuó ruidosamente, pero se acercaba a su fin; algunos pequeños animales carroñeros se habían unido a la comilona y se ocupaban de la mitad inferior del cuerpo del malidar mientras los sulidores liquidaban la otra parte.

Gundersen miró a su alrededor en busca de Srin'gahar. Deseaba preguntarle algunas cosas.

Aún le preocupaba el hecho de que los nildores hubiesen aceptado tan fríamente la matanza en el lago. Comprendió que por algún motivo siempre había considerado a los nildores más nobles que a las demás grandes bestias del planeta debido a que no cobraban vidas salvo a causa de una provocación exacerbada y a veces ni siquiera en esos casos. Esa era una raza inteligente libre del pecado de Caín. De esta actitud, Gundersen extrajo una conclusión: puesto que no mataban, los nildores considerarían el asesinato como un acto detestable, pero comprendió en el acto que su razonamiento era erróneo e incluso ingenuo. Los nildores no mataban, sencillamente, porque no eran comedores de carne; la superioridad moral que les atribuyó en ese sentido debía de ser, en realidad, un producto de su imaginación culpable. Cayó la noche con la velocidad característica de los trópicos. Una sola luna brillaba con luz trémula. Gundersen vio a un nildor, creyó que era Srin'gahar y se acercó a él.

—Quiero hacerte una pregunta, Srin'gahar, amigo de mi viaje —dijo Gundersen—. Cuando los sulidores se metieron en el agua...

El nildor respondió seriamente:

—Cometes un error. Soy Thali'vanoom, del tercer nacimiento.

Gundersen se disculpó y se alejó despavorido. Un error típicamente terrícola, pensó. Recordó que su antiguo jefe de sector cometía el mismo error infinidad de veces, confundía siempre a los nildores y comentaba furioso: «¡No puedo distinguir a estos grandes cabrones! ¿Por qué no usan placas?». El insulto definitivo, la incapacidad de reconocer a los nativos como individuos. Gundersen siempre consideró una cuestión de principio el evitar insultos tan injustificados. Por eso, en ese difícil momento en que dependía por completo de ganar el favor de los nildores...

Se acercó a un segundo nildor y en el último momento vio que tampoco se trataba de Srin'gahar. Se alejó tan graciosamente como pudo. En el tercer intento dio finalmente con su compañero de viaje. Srin'gahar descansaba plácidamente contra un árbol estrecho y tenía las gruesas patas plegadas bajo el cuerpo. Gundersen le planteó la pregunta y Srin'gahar respondió:

—¿Por qué la visión de la muerte violenta nos asombraría? Al fin y al cabo, los malidares carecen de g'rakh. Y es evidente que los sulidores tienen que comer.

—¿Carecen de g'rakh'? —repitió Gundersen—. No conozco esta palabra.

—Es la cualidad que separa a los animados de los inanimados —explicó Srin'gahar—. Sin g'rakh, un ser es sólo una bestia.

—¿Los sulidores tienen g'rakh?

—Por supuesto.

—Y los nildores también, naturalmente. Pero los malidares no. ¿Y los terráqueos?

—Está ampliamente demostrado que los terráqueos poseen g'rakh.

—¿Y uno puede matar libremente a un ser que carece de esa cualidad?

—Si uno tiene necesidad de hacerlo, sí —repuso Srin'gahar—. Son materia elemental. ¿No tenéis estos conceptos en vuestro mundo?

—En mi mundo —dijo Gundersen— sólo se le ha otorgado g'rakh a una especie y quizá por ese motivo pensamos tan poco en estas cuestiones. Sabemos que todo lo que no corresponde a nuestra especie debe de carecer de g'rakh.

—Por ese motivo, cuando venís a otro planeta, ¿tenéis dificultades para aceptar la existencia de g'rakh en otros seres? —inquirió Srin'gahar—. No hace falta que contestes. Comprendo.

—¿Puedo hacer otra pregunta? —agregó Gundersen—. ¿Por qué los sulidores están aquí?

—Les permitimos hacerlo.

—En el pasado, en la época en que la Compañía gobernaba Belzagor, los sulidores jamás salían de la región de las brumas.

—Entonces no les permitíamos venir aquí.

—Pero ahora sí. ¿Por qué?

—Porque ahora nos resulta más fácil hacerlo. Antes había dificultades.

—¿Qué dificultades? —insistió Gundersen.

—Tendrás que preguntárselo a alguien que haya nacido más veces que yo —replicó Srin'gahar suavemente—. He nacido sólo una vez y para mí muchas cosas son tan extrañas como para ti.; ¡Mira, hay otra luna en el cielo! Bailaremos a la salida de la tercera luna.

Gundersen levantó la mirada y vio el pequeño disco blanco que se desplazaba rápidamente a poca altura y que, en apariencia, rozaba las copas de los árboles. Las cinco lunas de Belzagor estaban situadas muy distantes entre sí, de modo que la más cercana estaba apenas fuera del Límite de Roche y la más lejana tan distante que sólo era visible a los ojos atentos en una noche clara. En cualquier momento, en el cielo nocturno había dos o tres lunas, pero las órbitas de la cuarta y la quinta eran tan excéntricas que nunca se las podía ver desde extensas regiones del planeta y cruzaban la mayor parte de las zonas restantes sólo tres o cuatro veces al año. Cada año, durante una sola noche, era posible ver al unísono las cinco lunas a lo largo de una franja de diez kilómetros de ancho en un ángulo de alrededor de cuarenta grados con respecto al ecuador, de noreste a sudoeste. Gundersen fue testigo una sola vez de la noche de las Cinco Lunas.

En ese momento los nildores avanzaban hacia la orilla del lago.

Salió la tercera luna y apareció girando retrógradamente desde el sur.

Entonces volvería a verlos bailar. Con anterioridad, había visto una vez esa ceremonia, al principio de su carrera, cuando se encontraba en las Cataratas de Shangri-la, en los trópicos septentrionales. Aquella noche los nildores se reunieron aguas arriba de las cataratas, en ambas orillas del río Madden, y durante horas, después del anochecer, pudieron oírse sus gritos confusos a pesar del rugido de las aguas. Al final Kurtz, que en esa época también estaba destinado en Shangri-la, propuso: «¡Vamos, presenciemos el espectáculo!». Hizo salir a Gundersen. Ello ocurrió seis meses antes del episodio en la estación de las serpientes y Gundersen todavía no comprendía cuan extraño era Kurtz. Pero lo comprendió rápidamente después de que Kurtz se uniera a la danza de los nildores. Las enormes bestias formaban semicírculos irregulares, pataleaban, trompeteaban estridentemente, haciendo estremecer el suelo, y súbitamente apareció Kurtz entre ellos, con los brazos en alto y el pecho descubierto perlado de sudor y brillante a la luz de las lunas, bailando tan intensamente como cualquier nildor, lanzando imponentes y resonantes rugidos, golpeando con los pies, agitando la cabeza. Los nildores formaron un grupo a su alrededor, dejándole bastante espacio, permitiéndole así entrar plenamente en el frenesí, acercándosele o separándose de él alternativamente: una sístole y diástole de estremecedora energía. Gundersen permaneció allí en estado de estupefacción y no se movió cuando Kurtz le llamó para que se uniese a la danza. Miró durante lo que le parecieron varias horas, hipnotizado por el bum bum bum bum de los nildores danzantes hasta que al final logró quebrar el trance, buscó a Kurtz y lo encontró en incesante movimiento: una figura delgada, huesuda y esquelética que se sacudía como un títere colgado de hilos invisibles y que, a pesar de su gran altura, parecía frágil al moverse dentro del círculo de colosales nildores. Kurtz no podía oír las palabras de Gundersen ni reparar en su presencia y al final éste regresó solo a la estación. Por la mañana, encontró a Kurtz, que parecía agotado y gastado, agazapado en el banco que daba a las cataratas. Kurtz se limitó a decir: «Debiste quedarte. Debiste bailar».

Los antropólogos habían estudiado esos ritos. Gundersen había leído la literatura acerca del tema para aprender todo cuanto fuese posible. Evidentemente, la danza

estaba precedida y rodeada del drama, un episodio hablado semejante a las obras de misterio medievales de la Tierra, una nueva representación teatral de algún mito nildor sumamente importante que servía de forma de entretenimiento y de experiencia religiosa extática. Por desgracia, el idioma del drama era una lengua litúrgica obsoleta de la cual los terráqueos no entendían una sola palabra y los nildores, que no habían dudado en enseñar a los primeros visitantes nacidos en la Tierra su idioma moderno relativamente simple, jamás habían ofrecido la menor pista con respecto a la otra. Los antropólogos habían observado un detalle que ahora a Gundersen le resultó alentador: de manera invariable, pocos días después de la representación de ese rito, algunos grupos de nildores del rebaño que lo llevaba a cabo emprendía el camino de la región de las brumas, presumiblemente para someterse al renacimiento.

Gundersen se preguntó si el rito podía ser una ceremonia de purificación, un modo de alcanzar un estado de gracia antes de someterse al renacimiento.

Todos los nildores se habían reunido a la vera del lago. Srin'gahar fue uno de los últimos en acercarse. Gundersen permaneció solitario en la ladera de arriba de la cuenca y observó la reunión de los corpulentos seres. Los movimientos divergentes de las lunas fragmentaban las sombras de los nildores y la luz fría del cielo convertía sus pieles suaves y verdes en mantos negros y peludos. Gundersen miró hacia la izquierda y vio a los sulidores en cuclillas delante de sus chozas, excluidos de la ceremonia aunque, al parecer, no tenían prohibido verla.

En medio del silencio se oyó un torrente lento, claro y enérgico de palabras. Gundersen hizo esfuerzos para oír, intentó captar algún indicio con relación al significado y buscó un recurso mágico que le permitiera llegar a la comprensión de ese idioma secreto. Pero no lo logró. Vol'himyor, el anciano nacido muchas veces, era el orador y recitaba palabras evidentemente conocidas por todos los que estaban en el lago: una invocación, un introito. Luego hubo un prolongado silencio y después llegó la respuesta de un segundo nildor situado en el otro extremo del grupo, nildor que repitió exactamente los ritmos y las tortuosidades del recitado de Vol'himyor. Silencio de nuevo y luego la respuesta de Vol'himyor, dicha más vigorosamente. El centro de la ceremonia pasó de un extremo a otro y la interacción entre ambos celebrantes se convirtió en algo que, para los nildores, constituía un diálogo sorprendentemente rápido. Cada diez versos el rebaño en su totalidad repetía las palabras de uno de los celebrantes y enviaba oscuros reverberos a la noche.

Después de unos diez minutos, se escuchó la voz de un tercer nildor. Vol'himyor replicó. Un cuarto orador se dedicó a declamar. Ahora los versos aislados surgían en rápido estallido por parte de muchos miembros de la congregación. Nadie perdía el ritmo, ningún nildor se entrometía en el texto de otro. Todos parecían saber intuitivamente en qué momento debían intervenir y en cuál guardar silencio. El tempo se aceleró. La ceremonia se había convertido en un mosaico de breves letanías emitidas desde cualquier parte del grupo, en rotación azarosa. Algunos nildores se habían levantado y se movían lentamente en sus sitios, levantaban las patas y volvían a apoyarlas.

Los relámpagos atravesaron el firmamento. A pesar de la sofocante atmósfera, Gundersen sintió un escalofrío. Se vio a sí mismo como un trotamundos en una Tierra prehistórica, espiando un grotesco cónclave de mastodontes. Ahora todos los asuntos humanos parecían infinitamente lejanos. El drama crecía hacia una especie de clímax. Los nildores bramaban, pataleaban, se llamaban con tremendos resoplidos. Iniciaron una formación y se reunieron en hileras separadas entre sí. Aún se oían declamaciones y respuestas, amplificaciones antifonales de palabras cargadas de un extraño significado. La atmósfera se tornó más húmeda y Gundersen ya no podía oír palabras individuales, sólo acordes ricos y profundos de gruñidos corales, ah ah ah ah, ah ah ah ah, el viejo ritmo que recordaba desde aquella lejana noche en las Cataratas de Shangri-la. Ahora era un sonido inspirador y jadeante, extático, una serie incesante y alegre de exhalaciones —

ah ah ah ah, ah ah ah ah, ah ah ah ah—, haciendo apenas una pausa entre cada grupo de cuatro sonidos. Toda la selva parecía resonar. Los nildores carecían de instrumentos musicales, pero a Gundersen le pareció que enormes tambores emitían ese ritmo hipnóticamente intenso. Ah ah ah ah; Ah ah ah ah. ¡AH AH AH AH! ¡AH AH AH AH!

Y los nildores danzaban.

Abajo, en la orilla del lago, se movían veintenas de grandes sombras oscuras que corveteaban como gacelas, corrían dos pasos hacia adelante, se frenaban en el tercero y recuperaban el equilibrio en el cuarto. El universo tembló. Bum bum bum bum, bum bum bum bum. La etapa anterior de la ceremonia —el diálogo dramático que pudo ser una especie de sutil disquisición filosófica— había cedido totalmente el paso a ese aporreo primitivo, a ese arrastre aterrador de cuerpos gigantescos y mastodónticos. Bum bum bum bum. Gundersen miró a la izquierda y vio extasiados a los sulidores, meneando de un lado a otro sus cabezas peludas al son de la danza. Ninguno de los bípedos había abandonado su posición de piernas cruzadas. Se contentaban con mecerse, menear la cabeza y golpear de vez en cuando el suelo con los codos.

Gundersen quedó aislado de su propio pasado e incluso del sentido de su propio parentesco con su especie. Emergieron recuerdos inconexos. Estaba de nuevo en la estación de las serpientes, prisionero del veneno alucinatorio y se sentía convertido en un nildor que corcoveaba pesadamente en medio de la arboleda. Otra vez se encontraba a la vera del gran río, otra vez era testigo de la misma danza. También recordó noches pasadas en la seguridad de las estaciones de la Compañía en lo más denso del bosque, junto a los de su propia especie, cuando habían oído el sonido de patas que golpeaban en la lejanía. En esas ocasiones Gundersen se había apartado de todo lo extraño que ese planeta le ofrecía: había pedido el traslado de la estación de las serpientes en lugar de probar el veneno por segunda vez, había rechazado la invitación de Kurtz para participar en la danza y había permanecido en el interior de las estaciones cuando en el bosque comenzaron los aporreos rítmicos. Pero esa noche sentía muy poca lealtad hacia la humanidad. Descubrió que anhelaba unirse a ese incomprensible frenesí de las tinieblas que se desarrollaba a orillas del lago. Algo monstruoso corría libremente en su interior, liberado por la incesante repetición de ese bum bum bum bum. ¿Qué derecho tenía a inmiscuirse como Kurtz en una ceremonia ajena? No se atrevía a intervenir en ese ritual.

De todos modos, descubrió que bajaba por la ladera esponjosa hacia el sitio donde los nildores reunidos corcoveaban.

Si podía considerarlos solamente como elefantes saltarines y refunfuñantes, todo estaría bien. Si era capaz incluso de considerarlos como unos salvajes que armaban jaleo, todo estaría bien. Pero le resultaba imposible no suponer que esa ceremonia de palabras y danzas contenía complejos significados para ese pueblo, y eso era lo peor de todo. Podían tener patas gruesas, cuellos cortos y trompas largas y colgantes, pero eso no los convertía en elefantes ya que sus colmillos triples, sus copetes erizados de púas y sus extrañas anatomías demostraban lo contrario; podían carecer de tecnología, carecer incluso de una lengua escrita, pero ello no los convertía en salvajes pues la complejidad de sus mentes demostraba lo contrario. Se trataba de seres que poseían g'rakh. Gundersen recordó que inocentemente había intentado enseñar a los nildores las artes de la cultura terrícola con el fin de ayudarlos a «elevarse»; había querido humanizarlos, ensalzar sus espíritus, pero no había logrado nada y ahora descubrió que su propio espíritu era arrastrado —¿hacia abajo?— sin duda hacia el nivel de ellos, fuese cual fuese. Bum bum bum bum. Sus pies ejecutaron vacilantes el «paso de cuatro» mientras bajaba por la pendiente hacia el lago. ¿Se atrevía? ¿Lo aplastarían por blasfemo?

A Kurtz le habían permitido bailar. A Kurtz le habían permitido bailar.

Había ocurrido en otra latitud, hacía mucho tiempo, y los participantes fueron otros nildores, pero a Kurtz le habían permitido bailar.

—Sí —le gritó un nildor—. ¡Ven a bailar con nosotros!

¿Era Vol'himyor? ¿Era Srin'gahar? ¿Era Thali'vanoom del tercer nacimiento? Gundersen no sabía quién de ellos había hablado. En la oscuridad, en la sudorosa bruma, no veía con claridad y todas esas formas gigantes le parecían idénticas. Llegó al final de la pendiente. Los nildores le rodeaban y le abrían paso de una punta a otra del lago. Sus cuerpos emitían olores acres que, mezclados con los vapores del lago, ahogaban y mareaban a Gundersen. Oyó que varios le decían:

—¡Si, sí, baila con nosotros!

Y danzó.

Encontró una zona libre de terreno pantanoso y se apoderó de ella, avanzó, retrocedió y pisó y volvió a pisar su pequeño espacio presa del fervor. Ningún nildor se le acercó. Agitaba la cabeza, ponía los ojos en blanco, balanceaba los brazos, mecía y hamacaba su cuerpo mientras los pies le transportaban incansablemente. Ahora aspiró el aire denso. Gritó en lenguas extrañas. Su piel parecía incendiada y se quitó la ropa, pero no percibió ninguna diferencia. Bum bum bum bum. Incluso en ese momento, persistía un fragmento de su viejo desarraigo, lo suficiente para maravillarse del espectáculo de sí mismo danzando desnudo en medio de un rebaño de bestias gigantes y extrañas. ¿Acaso ellos, en sus arrebatos finales de pasión, invadirían su terreno y le aplastarían en el fango? Seguramente era peligroso permanecer allí, en medio del rebaño. Pero se quedó. Bum bum bum bum, una vez y otra y otra. En uno de sus giros, observó, gracias a la resplandeciente luz refractada de las lunas, que los malidares mascaban plácidamente las malas hierbas, sin hacer caso del frenesí circundante; Ellos carecen de g'rakh pensó. Son bestias y, cuando mueren, sus espíritus abatidos descienden a las entrañas de la tierra. Bum bum bum bum.

Notó que unas sombras satinadas se deslizaban por el terreno y se movían cautelosamente entre las hileras de nildores danzantes. ¡Las serpientes! El fuerte son de los aporreos con las patas las había atraído desde los tupidos claros en los que vivían.

Los nildores permanecieron totalmente impávidos ante el movimiento de esos gusanos letales. Una sola cuchillada de las dos púas erizadas derribaría incluso a un nildor poderoso, pero no le daban importancia. Al parecer, las serpientes eran bien recibidas. Se deslizaron hacia Gundersen, que sabía que el veneno no significaba un peligro mortal para él, pero no deseaba volver a probarlo. De todos modos, no modificó el ritmo de su danza mientras cinco de esos seres gruesos y rosados se retorcieron a su lado. No le tocaron.

Las serpientes pasaron y desaparecieron. Pero el bullicio continuaba. Y todo seguía temblando. El corazón de Gundersen martilleaba pero no se detuvo. Se entregó plenamente, se fundió con los que le rodeaban y compartió tan profundamente como pudo la intensidad de la experiencia.

Las lunas se pusieron. Las primeras vetas del amanecer mancharon el cielo.

Gundersen descubrió que ya no podía oír el trueno de las patas. Bailó solo. Los nildores se habían acomodado a su alrededor y de nuevo era posible oír sus voces en esa letanía extraña e ininteligible. Hablaban quedamente pero con apasionamiento. Ya no podía seguir el hilo de sus palabras: todo se fundió en un rugido retumbante de tonos, sin definición ni forma. Incapaz de detenerse, se sacudió y agitó en medio de sus giros obsesivos hasta el momento en que sintió la caricia del sol matinal.

Entonces cayó agotado, permaneció inmóvil y se durmió.

Gundersen despertó poco después del mediodía. El campamento había reanudado su vida normal; un numeroso grupo de nildores se había metido en el lago, unos pocos mascaban la vegetación de la cumbre de la pendiente y la mayoría descansaba a la

sombra. El único indicio del frenesí de la noche anterior se veía en la turba esponjosa cercana a la orilla del lago, la cual estaba muy desgastada y rasgada.

Gundersen se sentía rígido y embotado. También estaba avergonzado, con la perplejidad de alguien que se ha metido demasiado ávidamente en la diversión de otro ser. Apenas podía creer que había hecho lo que sabía que había hecho. Preso de semejante vergüenza, sintió el impulso de abandonar de inmediato el campamento, antes de que los nildores pudieran mostrar su desprecio por un terráqueo capaz de dejarse esclavizar por sus ritos, de quedar seducido por sus conjuros. Pero puso trabas a esa idea y recordó que su presencia allí tenía un objetivo. Cojeó hacia el lago y vadeó las aguas hasta que le llegaron al pecho. Se mojó frotándose el sudor de la noche anterior. Al salir encontró su ropa y se vistió.

Un nildor se acercó y le dijo:

—Vol'himyor hablará ahora contigo.

El nacido muchas veces se encontraba en la mitad de la pendiente. Al llegar ante él, Gundersen no logró recordar las palabras de ninguna de las fórmulas de saludo, por lo que miró ásperamente al anciano nildor hasta que éste dijo:

—Bailas bien, mi amigo nacido una vez. Bailas con alegría. Bailas con amor. Bailas como un nildor, ¿lo sabes?

—No me resulta fácil comprender lo que me ocurrió anoche —se justificó Gundersen.

—Nos demostraste que nuestro mundo ha atrapado tu espíritu.

—¿Fue ofensivo que un terráqueo bailara entre vosotros?

—Si hubiese sido ofensivo —replicó Vol'himyor lentamente—, no habrías bailado entre nosotros. —Se produjo un prolongado silencio y a continuación el nildor dijo—: Nosotros dos haremos un trato. Te daré permiso para ir a la región de las brumas. Permanece allí hasta que estés listo para volver. Pero cuando regreses, trae contigo al terráqueo conocido con el nombre de Cullen y ofrécele el campamento de nildores más septentrional, el primero de mi pueblo que encontrarás. ¿Queda acordado?

—¿Cullen? —preguntó Gundersen. Por su mente pasó la imagen de un hombre bajo, delgado, de cara ancha, pelo dorado y ojos de color verde claro—. ¿Cedric Cullen? ¿El que estuvo aquí mientras yo estuve aquí?

—El mismo.

—Trabajó conmigo cuando estuve en la estación del Mar de Polvo.

—Ahora vive en la región de las brumas —dijo Vol'himyor— y ha ido sin permiso. Lo buscamos.

—¿Qué ha hecho?

—Es culpable de un delito grave. Se ha refugiado entre los sulidores, donde no podemos acceder a él. Si nosotros mismos lo recogiésemos, violaríamos nuestro pacto con los sulidores. Pero podemos pedirte que lo hagas.

Gundersen frunció el ceño.

—¿No me explicarás la naturaleza de su delito?

—¿Tiene importancia? Lo buscamos. Nuestros motivos no son insignificantes. Te pedimos que nos lo traigas.

—Pides a un terráqueo que coja a otro y lo entregue para ser castigado —dijo Gundersen—. ¿Cómo puedo saber de qué lado está la justicia?

—¿Acaso no somos los jueces de este planeta, según el tratado de retirada? —inquirió el nildor. Gundersen reconoció que sus palabras se atenían a la verdad —Entonces tenemos derecho a tratar a Cullen como se merece —agregó Vol'himyor.

Desde luego, ello no volvía correcto el hecho de que Gundersen actuase como intermediario en la entrega de su viejo camarada a los nildores. Pero la amenaza implícita de Vol'himyor era evidente: haz lo que queremos o no te otorgaremos favores.

Gundersen preguntó:

—¿Qué castigo recibirá Cullen si queda bajo vuestra custodia?

—¿Castigo? ¿Castigo? ¿Quién habla de castigo?

—Sí el hombre es un delincuente...

—Deseamos purificarlo —explicó el nacido muchas veces—. Queremos purificar su espíritu. No creemos que eso sea un castigo.

—¿Le haréis daño físicamente?

—Ni pensarlo.

—¿Pondréis fin a su vida?

—¿Hablas en serio? Claro que no.

—¿Lo encarcelaréis?

—Lo tendremos bajo custodia mientras dure el rito de purificación —respondió Vol'himyor—. Creo que no llevará mucho tiempo. Será rápidamente liberado y nos estará agradecido.

—Te pido una vez más que me expliques la naturaleza de su delito.

—El mismo te lo dirá —contestó el nildor—. No es necesario que yo confiese por él.

Gundersen evaluó todos los aspectos de la cuestión. Poco después dijo:

—Acepto tu propuesta, nacido muchas veces, pero sólo si me permites agregar algunas cláusulas.

—Adelante.

—Si Cullen no me explica la naturaleza de su delito, quedo libre de la obligación de entregarlo.

—Aceptado.

—Si los sulidores ponen reparos a que me lleve a Cullen de la región de las brumas, también quedo libre de mis obligaciones.

—No pondrán reparos, pero acepto.

—Si Cullen ha de ser sometido por la violencia a fin de traerlo, quedo libre.

El nildor vaciló un instante y finalmente respondió:

—Aceptado.

—No tengo nada más que plantear —terminó por aceptar Gundersen.

—Entonces trato hecho —dijo Vol'himyor—. Puedes iniciar hoy tu viaje al norte. Cinco de nuestros nacidos una vez también han de viajar a la región de las brumas pues les ha llegado el momento del renacimiento y, si lo deseas, te acompañarán y protegerán a lo largo del camino. Entre ellos está Srin'gahar, al que ya conoces.

—¿Les resultará molesto tenerme con ellos?

—Srin'gahar ha pedido especialmente el privilegio de servirte como protector —respondió Vol'himyor—. Pero no te obligaremos a aceptar su ayuda si prefieres hacer el viaje solo.

—Será un honor para mí contar con su compañía —afirmó Gundersen,

—Entonces, así sea.

Un nildor viejo llamó a Srin'gahar y a los otros cuatro que emprenderían el camino del renacimiento. Gundersen se alegró al confirmar los datos existentes: una vez más, la danza frenética de los nildores había precedido a la partida de un grupo para la ceremonia de renacimiento.

También le satisfizo el hecho de que contaría con una escolta de nildores en el viaje hacia el norte. El tratado sólo contenía un aspecto oscuro: el que implicaba a Cedric Cullen. Deseó no haber prometido cambiar la libertad de otro terráqueo por su salvoconducto. Pero quizá Cullen había hecho algo realmente aborrecible, algo que merecía castigo... o purificación, como decía Vol'himyor. Gundersen no comprendía de qué modo ese hombre normalmente risueño pudo convertirse en un delincuente y un fugitivo, pero Cullen había vivido mucho tiempo en ese planeta y la rareza de los mundos extraños finalmente corroía hasta a las almas más despiertas. De todos modos, Gundersen sentía que había abierto bastantes salidas honrosas para sí mismo en el caso de que necesitara eludir su pacto con Vol'himyor.

Srin'gahar y Gundersen se apartaron para organizar la marcha.

—¿A qué lugar de la región de las brumas te propones ir? —preguntó el nildor.

—A ninguno en especial. Sólo quiero entrar en la región. Supongo que tendré que ir a donde está Cullen.

—Sí, pero como no sabemos exactamente dónde está; tendremos que esperar a llegar para enterarnos. ¿Piensas visitar algunos lugares en especial durante la marcha hacia el norte?

—Quiero detenerme en las estaciones terráqueas —repuso Gundersen—. Especialmente en las Cataratas de Shangri-la. Mi idea consiste en seguir el río Madden en dirección noroeste y...

—Esos nombres me resultan desconocidos.

—Lo siento. Supongo que han vuelto a adoptar los nombres en nildororu. No los conozco. Espera... —Gundersen cogió un palo y trazó en el barro un mapa apresurado pero útil del hemisferio occidental de Belzagor. En la cintura del disco dibujó la gruesa ringlera de los trópicos. A la derecha abrió una curva para señalar el océano y a la izquierda esbozó el Mar de Polvo. Por encima y por debajo de los trópicos trazó unas líneas más delgadas que representaban las regiones norteña y sureña de las brumas y después de éstas marcó los gigantescos casquetes de hielo. Señaló con una X el puerto espacial y el hotel de la costa y desde allí trazó una serpenteante línea ascendente que cruzaba los trópicos hasta internarse en la región norteña de las brumas con el fin de indicar el río Madden. En la mitad de esa línea marcó un punto para señalar las Cataratas de Shangri-la—. Bien —dijo Gundersen— si sigues la punta del palo...

—¿Qué son esas marcas en el suelo? —preguntó Srin'gahar.

Un mapa de tu planeta, deseó responder Gundersen. Pero mentalmente no encontró ninguna palabra en nildororu que quisiera decir «mapa». También descubrió que no había vocablos que representaran «imagen», «dibujo» y conceptos semejantes. Dijo débilmente:

—Éste es tu planeta. Es Belzagor, o mejor dicho, la mitad de Belzagor. Mira, éste es el océano y el sol sale por aquí y...

—¿Cómo es posible que esto, que esas marcas sean mi mundo si mi mundo es tan grande?

—Es como tu mundo. Cada una de estas líneas representa un lugar de tu mundo. Mira, aquí está el gran río que nace en la región de las brumas y baja hasta la costa, donde está el hotel, ¿comprendes? Y esta marca es el puerto espacial. Esas dos líneas separan la parte superior e inferior de la región norteña de las brumas. El...

—Un sulidor fuerte ha de realizar una marcha de muchos días para atravesar la región norteña de las brumas —le interrumpió Srin'gahar—. No comprendo cómo puedes señalar un espacio tan pequeño y decirme que es la región norteña de las brumas. Discúlpame, amigo de mi viaje, soy muy estúpido.

Gundersen hizo un nuevo esfuerzo e intentó comunicarle el significado, de las marcas en el terreno. Pero Srin'gahar era incapaz de asimilar la idea de un mapa y no podía darse cuenta de que unas líneas garabateadas representasen lugares. Gundersen pensó en pedir ayuda a Vol'himyor pero renunció a la idea cuando comprendió que quizás éste tampoco comprendiera; sería un desatino poner de relieve la ignorancia del nacido muchas veces. El mapa era una metáfora de lugar, una abstracción de la realidad. Evidentemente, incluso los seres que poseían g'rakh podían carecer de la capacidad del pensamiento abstracto.

Pidió disculpas a Srin'gahar por su incapacidad para expresar claramente los conceptos y borró el mapa con la bota. Sin éste, la planificación de la marcha se tornó algo más difícil, pero encontraron formas de comunicarse. Gundersen aprendió que el gran río en cuya desembocadura se alzaba el hotel se llamaba Seran'nee en nildororu y que el sitio donde éste caía de las montañas hasta la llanura costera —que los terráqueos conocían como Cataratas de Shangri-la— era Du'jayukh para los nildores. Entonces les

resultó fácil ponerse de acuerdo para seguir el Seran'nee hasta su nacimiento, haciendo una parada en Du'jayukh y en cualquier otro poblado de terráqueos que encontrasen en el camino hacia el norte.

Mientras decidían este asunto, varios sulidores llevaron a Gundersen un desayuno tardío de frutas y pescado del lago, exactamente como si reconocieran su autoridad bajo el gobierno de la Compañía.

Fue un gesto curiosamente anacrónico, casi servil, que en modo alguno se parecía a la forma en que el día anterior le habían arrojado un trozo de carne cruda de malidar. Entonces lo habían puesto a prueba, incluso se habían burlado de él, pero ahora le presentaban sus respetos. Se sintió incómodo, pero estaba muy hambriento y pidió a Srin'gahar que le enseñara a decir gracias en solidororu. De todos modos, no vio indicios de que los potentes bípedos se sintieran satisfechos, halagados o divertidos cuando utilizó su idioma.

Iniciaron la travesía al caer la tarde. Los cinco nildores avanzaban en fila india y Srin'gahar cerraba la retaguardia con Gundersen en su lomo. Al parecer, el terráqueo no representaba la más mínima carga para él. El sendero que los llevaba al norte bordeaba la gran hendidura y las montañas que protegían la meseta central se alzaban a su izquierda. Gundersen observó la meseta a la luz del sol poniente. Allá abajo, en el valle, el entorno mostraba cierta familiaridad: al margen de las plantas y animales nativos, prácticamente podría estar en alguna selva húmeda de América del Sur. Pero la meseta parecía realmente extraña. Gundersen miró las densas marañas de musgo purpúreo y erizado que festoneaban y casi asfixiaban los árboles que bordeaban la parte superior de la pared de la grieta. La forma en que esa vegetación parasitaria ahogaba a sus anfitriones le resultó espantosa. La pared misma, de roca resbaladiza de color verdigris, cubierta con agresivas manchas de líquen carmesí y puntuada cada pocos centenas de metros por largos y pegajosos hilos de un hongo azul entumecido, voceaba su pertenencia a otro mundo: el mineral blando jamás había sentido el impacto de las gotas de lluvia, pero la humedad lo había tallado y modelado suavemente, de modo que con el correr de los milenios adquirió nudosidades y huecos extraños. En ningún lugar de la Tierra se podía ver una pared rocosa como esa: serpenteante, intrincada y grasienta.

El bosque que surgía más allá de la pared parecía impenetrable y remotamente siniestro. El silencio, la atmósfera cargada y pesada, la sensación de tenebrosa rareza, las ramas flexibles de los árboles lustrosos que el musgo inclinaba casi hasta el suelo y el bufido ocasional y lejano de alguna bestia gigantesca, daban un aspecto inabordable y hostil a la meseta central. Pocos terráqueos habían entrado allí y nunca se inspeccionó la zona en detalle. En una ocasión, la Compañía hizo planes para limpiar grandes superficies de selva y crear colonias agrícolas, pero nada plasmó en la realidad a causa de la retirada. Gundersen sólo había estado una vez en la región mesetaria, pero fue por accidente, cuando el piloto tuvo que realizar un aterrizaje forzoso viajando desde el cuartel general de la costa hasta el Mar de Polvo.

Seená estaba con él. Pasaron una noche y un día en ese bosque. Ella se mostró aterrorizada desde el momento del aterrizaje y Gundersen la consoló de un modo clásico y viril, pero descubrió que su terror era contagioso. La muchacha tembló cuando ocurrió una cosa extraña tras otra y poco después Gundersen también estaba a punto de temblar. Observaron fascinados y asqueados a un ejército de incontables insectos de cuerpos hexagonales e iridiscentes y patas largas y peludas que avanzó con maníaca persistencia por un extenso campo de musgo atigrado; las bocas salvajes de las plantas carnívoras destrozaron y devoraron durante horas a los insectos brillantes, pero la horda seguía avanzando hacia su propia destrucción. Al final, el musgo estaba tan harto que inició un proceso de esporulación, hinchándose cancerosamente y escupiendo al aire nubes lácteas de cuerpos reproductores. Por la mañana, el campo de musgo estaba desinflado y desvalido y unos minúsculos reptiles verdes de lengua raspante aparecieron para devorar

hasta el último hilo, limpiando el terreno para el surgimiento de una nueva generación de flora. Después aparecieron las cosas plumadas parecidas a jalea, de rayas azules y rojas, que colgaban en ondeante cascada de los árboles más altos y atrapaban a los incautos animales voladores. Y corpulentas bestias de piel correosa, grandes como rinocerontes, que tenían laberintos de astas azules con púas entrelazadas, rascaban la tierra en busca de raíces a una docena de metros de su campamento y miraban agriamente a los extraños de la Tierra. Y apacentadores de cuello largo y ojos como balizas, que masticaban las hojas altas y lanzaban enormes chorros de orina púrpura por las aberturas situadas en la base de sus gargantas tensas. Y seres oscuros y gordos, semejantes a nutrias, que corrían parloteantes junto a los terráqueos varados y robaban todo lo que estuviese a su alcance. También los visitaron otros animales. Ese planeta, que no había conocido la mano del cazador, rebosaba de grandes mamíferos. En un día y una noche, Seena, el piloto y él vieron más cosas grotescas de las que esperaban cuando aceptaron cumplir un servicio extraterrestre.

—¿Has estado aquí alguna vez? —preguntó Gundersen a Srin'gahar cuando la noche comenzó a cubrir la pared de la hendidura.

—Nunca. Mi pueblo rara vez entra en esta zona.

—Alguna vez, al sobrevolar la meseta, vi algunos campamentos de nildores. No a menudo sino algunas veces. ¿Quieres decir que tu pueblo ya no viene aquí?

—No —replicó Srin'gahar—. Unos pocos de nosotros necesitamos ir a la meseta, pero la mayoría no. A veces el alma se pone aceda y uno debe cambiar de entorno. Si no estás preparado para el renacimiento, vas a la meseta. Allí es más fácil confrontar tu propia alma y analizarla en busca de fallos. ¿Entiendes lo que digo?

—Creo que sí —dijo Gundersen—. Entonces es como un lugar de peregrinación... un lugar de purificación.

—En cierto sentido.

—¿Por qué los nildores nunca se establecieron de manera permanente allí arriba? Hay alimentos de sobra... el clima es cálido...

—No es un lugar donde gobierne la g'rakh —explicó el nildor.

—¿Es peligroso para los nildores? ¿Hay animales salvajes, plantas venenosas, algo por el estilo?

—No, yo no diría eso. No tememos a la meseta y en este planeta no hay ningún lugar peligroso para nosotros. Pero la meseta no nos interesa, salvo a aquellos que tienen esa necesidad especial de la que te he hablado. Como digo, la g'rakh es ajena a la meseta. ¿Para qué ir allí? Tenemos bastante espacio en las tierras bajas.

La meseta es demasiado extraña incluso para ellos, pensó Gundersen. Prefieren su pequeña y hermosa selva. ¡Qué curioso!

No se lamentó cuando la oscuridad ocultó la meseta.

Esa noche acamparon junto a una corriente de agua caliente y silbadora. Sin duda las aguas surgían de una de las calderas subterráneas comunes en esa zona del continente; Srin'gahar explicó que el nacimiento no estaba muy lejos, en dirección norte. Las nubes de vapor surgían de las aguas agitadas; el agua, rosada a causa de los microorganismos que viven a altas temperaturas, burbujeaba y hervía. Gundersen se preguntó si Srin'gahar había elegido esa parada especialmente para él, ya que los nildores no utilizaban agua caliente pero los terráqueos evidentemente necesitaban de ella.

Se lavó la cara, sintiendo un extraordinario placer al hacerlo, y después complementó su cena de cápsulas alimenticias y frutas frescas con un guiso de raíces de bayas verdes, deliciosas una vez hervidas y venenosas de otro modo. Para protegerse mientras dormía, Gundersen utilizó una manta monomolecular que había guardado en su mochila, su único equipaje para la travesía. Estiró la manta sobre un trípode de ramas a fin de ahuyentar a las polillas nocturnas y a otros insectos dañinos y se tumbó debajo. El terreno, tupidamente herboso, formaba un excelente colchón.

Los nildores no parecían predispuestos a la conversación. Le dejaron solo. Con excepción de Srin'gahar, todos se trasladaron varios cientos de metros corriente arriba para pasar la noche. Srin'gahar se acomodó protectoramente a poca distancia de Gundersen y le deseó un buen descanso.

—¿Te gustaría charlar un rato conmigo? —preguntó Gundersen—. Me interesa saber algunas cosas sobre el proceso de renacimiento. Por ejemplo, ¿cómo sabes que te ha llegado el momento? ¿Es algo que sientes en tu interior o sólo se trata de alcanzar cierta edad? ¿Tú has...? —Notó que Srin'gahar no le prestaba atención. El nildor había caído en lo que podía ser un profundo trance y yacía totalmente inmóvil.

Gundersen se encogió de hombros, se acomodó de lado y se dispuso a dormir, pero el sueño tardó mucho en llegar.

Meditó un buen rato en los términos según los cuales se le había permitido realizar ese viaje al norte. Tal vez otro nacido muchas veces le habría permitido ir a la región de las brumas sin estipular la condición de que trajese a Cedric Cullen; quizá no le habrían otorgado un salvoconducto. Gundersen sospechó que el resultado habría sido el mismo fuera cual fuese el campamento de nildores al que hubiese ido para solicitar el permiso de viaje. A pesar de que los nildores carecían de comunicación a larga distancia, de estructura gubernamental en el sentido terráqueo y de que, como raza, no tenían más coherencia que una población de bestias selváticas, eran excepcionalmente capaces de mantenerse en contacto y de asumir una política común.

¿Qué había hecho Cullen para que lo buscasen con tanto afán?, se preguntó Gundersen. En otra época, Cullen había parecido abrumadoramente normal: un hombre alegre, afable y rubicundo que coleccionaba insectos, no hablaba groseramente y aguantaba bien la bebida. Doce años atrás, cuando Gundersen era agente principal en Punta de Fuego, en el Mar de Polvo, Cullen había sido su ayudante. Transcurrieron infinidad de meses en que ambos estaban solos y Gundersen supuso que había llegado a conocerlo bastante bien. Cullen no pensaba hacer carrera dentro de la Compañía; dijo que había firmado un contrato de seis años, que no lo renovarían y que después de cumplir ese período en el Planeta de Holman pensaba aceptar un cargo universitario. Sólo estaba allí para ampliar conocimientos y por el prestigio que supone tener un historial de servicio extraterrestre. Pero cuando la situación política de la Tierra se tornó compleja y la Compañía se vio obligada a retirarse de la gran cantidad de planetas que había colonizado, Gundersen —al igual que la mayor parte de las quince mil personas de la Compañía que estaban allí— aceptó el traslado a otra misión. Para desconcierto de Gundersen, Cullen figuraba entre los pocos que eligieron quedarse, a pesar de que significaba cortar los lazos con el planeta natal. Gundersen no le preguntó por qué tomó esa decisión: uno no discutía esas cuestiones. Pero parecía extraña.

Vio claramente a Cullen en su memoria, persiguiendo bichos por el Mar de Polvo, la botella matadora rebotando en la cadera, saltando por los salientes rocosos: en realidad, parecía un muchacho demasiado crecido. La belleza del Mar de Polvo le pasó totalmente desapercibida. Ninguna zona del planeta era más profundamente extraña ni espectacular: un lecho oceánico seco, de mayor tamaño que el Atlántico, cubierto por una gruesa capa de pequeños fragmentos de mineral cristalino que brillaban como espejos cuando les daba el sol. Desde la estación de Punta de Fuego, se podía ver la luz matinal que avanzaba por el este como un río en llamas y se derramaba hasta que todo el desierto resplandecía. Los cristales absorbían energía durante todo el día y la emitían por la noche, de modo que incluso en el crepúsculo ese brillo extraño se alzaba nítidamente y, una vez caída la noche, un palpitante resplandor púrpura persistía durante horas. La Compañía había extraído una docena de distintos metales preciosos y una treintena de variedades de piedras preciosas y semipreciosas de ese desierto casi sin vida pero indescriptiblemente hermoso. Las máquinas extractoras salían de la estación para realizar rondas de largo alcance, molían la hermosura y retornaban con tesoros; poco era lo que

un agente podía hacer allí salvo tener al día el inventario de las crecientes riquezas y recibir a los grupos de turistas que iban a contemplar el esplendor de la zona. Gundersen se había aburrido muchísimo y hasta las glorias del paisaje le resultaron tediosas, pero Cullen, para quien el desierto incandescente sólo era una brillante molestia, reanudó su pasatiempo a manera de entretenimiento y llenó una botella tras otra con insectos. ¿Acaso las máquinas extractoras seguían en el Mar de Polvo, a la espera de recibir la orden de reanudar las operaciones?, pensó Gundersen. Si la Compañía no se las había llevado después de la retirada, seguramente pasarían allí una eternidad, inútiles y sin oxidarse en medio de los horribles canales que habían abierto. Las máquinas habían excavado la capa cristalina hasta llegar a la capa inferior de basalto opaco y habían vomitado montones de desechos y escombros mientras extraían riquezas. Probablemente la Compañía había dejado esas cosas a modo de monumentos en homenaje al comercio. Dado que la maquinaria era barata y el transporte interestelar costoso, ¿para qué molestarse en retirarlas? En una ocasión, Gundersen había dicho: «Dentro de mil años, el Mar de Polvo estará destruido y aquí sólo habrá cascajos si esas máquinas siguen horadando la roca al ritmo actual». Cullen se había encogido de hombros, sonreído y dicho: «Bueno, uno no tendrá que usar gafas oscuras en cuanto el resplandor infernal haya desaparecido, ¿no?». Ahora la violación del desierto estaba consumada y las máquinas permanecían quietas; ahora Cullen era fugitivo en la región de las brumas y le buscaban por un delito tan terrible que los nildores ni siquiera lo nombraban.

7

Cuando por la mañana reemprendieron la marcha fue Srin'gahar, excepcionalmente, quien inició el diálogo:

—Háblame de los elefantes, amigo de mi viaje. ¿Qué aspecto tienen y cómo viven?

—¿Dónde oíste hablar de los elefantes?

—Los terráqueos del hotel los mencionaron. También en el pasado he oído esa palabra. Son seres de la Tierra que se parecen a nosotros los nildores, ¿no es así?

—Existen algunas semejanzas —reconoció Gundersen.

—¿Semejanzas profundas?

—Hay muchas similitudes. —Deseó que Srin'gahar fuese capaz de comprender el boceto—. Son de cuerpo largo y alto, al igual que tú, y tienen cuatro patas, cola y trompa. Poseen colmillos, pero sólo dos; uno aquí y otro aquí. Sus ojos son más pequeños y están mal situados, aquí y aquí. Y aquí... —Señaló la cresta craneana de Srin'gahar—, aquí no tienen nada. Además, sus huesos no se mueven como los tuyos.

—Me parece que los elefantes se parecen mucho a los nildores —opinó Srin'gahar.

—Creo que sí.

—¿Sabes tú el motivo? ¿Crees que nosotros y los elefantes podemos formar parte de la misma raza?

—Eso no es posible —replicó Gundersen—. Se trata simplemente de una... —Buscó las palabras; el vocabulario nildororu no incluía los vocablos técnicos de la genética—, se trata simplemente de una pauta del desarrollo de la vida que tiene lugar en muchos planetas. Algunos modelos básicos correspondientes a los seres vivos se repiten en todas partes. El modelo de elefante, el modelo de nildor, es uno de ellos. El cuerpo voluminoso, la cabeza enorme, el cuello corto, la trompa larga que permite que ese ser recoja objetos y los manipule sin necesidad de agacharse, se desarrollan en todas partes donde se dan las condiciones adecuadas.

—¿Has visto elefantes en muchos otros planetas?

—En algunos —repuso Gundersen—. Siguen la misma pauta genética de constitución o al menos algunos aspectos de ésta, aunque los más parecidos son los elefantes y los

nildores. Podría hablarte de otra media docena de especies que parecen pertenecer al mismo grupo. Eso también se aplica a diversas formas de vida: insectos, reptiles, pequeños mamíferos, etcétera. En todos los planetas hay algunos baches que cubrir. Los pensamientos de la Fuerza Modeladora recorren el mismo camino en todas partes.

—¿Dónde están entonces los equivalentes belzagorianos de los hombres?
Gundersen dudó.

—Yo no he dicho que en todas partes haya equivalentes exactos. Supongo que en tu planeta lo más próximo al modelo humano son los sulidores. Pero no son muy parecidos a nosotros.

—Los hombres gobiernan la Tierra. Aquí los sulidores constituyen la especie secundaria.

—Un accidente del desarrollo. Vuestra g'rakh es superior a la de los sulidores; en nuestro mundo no existe ninguna otra especie que posea g'rakh. Pero las semejanzas físicas entre hombres y sulidores son múltiples. Ellos caminan a dos patas y nosotros también. Comen carne y frutas y nosotros también. Poseen manos que pueden asir cosas y nosotros también. Sus ojos están situados en la parte delantera de la cabeza, al igual que los nuestros. Ya sé que son más grandes, más fuertes, más peludos y menos inteligentes que los seres humanos, pero intento mostrarte que los modelos pueden ser semejantes en planetas distintos, aunque no exista una verdadera consanguinidad entre...

Srin'gahar le interrumpió delicadamente:

—¿Cómo sabes que los elefantes no poseen g'rakh?

—Nosotros..., ellos..., está claro que... —Gundersen calló incómodo. Después de detenerse a pensar, agregó cuidadosamente—: Nunca demostraron poseer ninguna de las cualidades de la g'rakh. No se organizan en poblaciones, carecen de estructura tribal, no tienen tecnología, religión ni cultura permanente.

—Nosotros tampoco nos organizamos en poblaciones ni tenemos tecnología —puntualizó el nildor—. Deambulamos por las selvas y nos atiborramos de hojas y ramas. He oído decir esto acerca de nosotros y es verdad.

—Pero sois distintos. Vosotros...

—¿En qué somos distintos? Los elefantes también deambulan por las selvas y se atiborran de hojas y ramas, ¿no es así? No usan ningún pellejo sobre su propia piel. No tienen máquinas. Carecen de libros. Pero tú aceptas que nosotros tenemos g'rakh y que ellos no.

—No pueden comunicar ideas —agregó Gundersen a la desesperada—. Supongo que entre ellos pueden decirse cosas simples sobre alimentos, apareamientos y peligro, pero eso es todo. Si tienen un auténtico lenguaje, nosotros no podemos detectarlo. Sólo hemos reparado en unos pocos sonidos básicos.

—Tal vez su lenguaje es tan complejo que sois incapaces de detectarlo —sugirió Srin'gahar.

—Lo dudo. En cuanto llegamos aquí, fuimos capaces de saber que los nildores poseen un lenguaje y de aprenderlo. Pero a lo largo de los milenios en que hombres y elefantes han compartido el mismo planeta, no hemos percibido indicios de que ellos puedan acumular y transmitir conceptos abstractos. Y esa es la esencia de la g'rakh, ¿verdad?

—Repito mi afirmación. ¿Y si fuerais tan inferiores a los elefantes que no sois capaces de comprender su auténtica profundidad?

—Una pregunta inteligentemente planteada, Srin'gahar. Pero no la aceptaré como descripción del mundo real. Si los elefantes poseen g'rakh, ¿por qué no han escalado cotas superiores durante todo el tiempo que llevan en la Tierra? ¿Por qué la humanidad domina el planeta y los elefantes están arrinconados y prácticamente exterminados?

—¿Matáis a vuestros elefantes?

—Ya no. Pero hubo una época en que los hombres mataban a los elefantes por placer, para alimentarse o para utilizar sus colmillos como objetos decorativos. Y hubo una época

en que los hombres utilizaron a los elefantes como bestias de carga. Si los elefantes poseyeran g'rakh habrían... —Comprendió que había caído en la trampa del nildor.

Srin'gahar dijo:

—También en este planeta los «elefantes» se dejan explotar por los seres humanos. No nos comisteis y en contadas ocasiones nos matasteis, pero a menudo nos hicisteis trabajar para vosotros. Pero tú reconoces que somos seres que poseemos g'rakh.

—Lo que hicimos aquí constituyó un gigantesco error —afirmó Gundersen— y cuando lo comprendimos nos retiramos y abandonamos tu planeta. Pero eso no significa que los elefantes sean seres racionales y sensibles. Son animales, Srin'gahar, animales grandes y sencillos y nada más.

—Las ciudades y las máquinas no son las únicas conquistas de la g'rakh.

—¿Dónde están entonces sus conquistas espirituales? ¿Qué cree un elefante con respecto a la naturaleza del universo? ¿Qué opina de la Fuerza Demoledora? ¿Cómo considera su propio lugar en la sociedad?

—No lo sé —replicó Srin'gahar—. Y tú tampoco, amigo de mi viaje, pues el lenguaje de los elefantes te está vedado. Pero es un error dar por supuesta la ausencia de g'rakh allí donde eres incapaz de percibirla.

—En ese caso, es posible que los malidares también posean g'rakh. Y las serpientes del veneno. Y los árboles y las enredaderas y...

—No —aseguró Srin'gahar—. En este planeta, los nildores y los sulidores son los únicos que poseen g'rakh. Lo sabemos más allá de toda duda. En tu mundo, no es necesariamente cierto que los humanos sean los únicos que poseen la cualidad de la razón.

Gundersen comprendió que era inútil seguir discutiendo. ¿Acaso Srin'gahar era un chauvinista que defendía la supremacía espiritual de los elefantes a lo largo y lo ancho del universo o adoptaba deliberadamente una posición extrema para exponer las presuntuosidades y las vulnerabilidades morales del imperialismo de la Tierra? Gundersen no lo sabía. Se le vino a la memoria el episodio en que Gulliver discutía con los Houyhnhnms sobre la inteligencia de los caballos.

—Me rindo —dijo secamente—. Quizás alguna vez traiga un elefante a Belzagor y así podrás decirme si posee o no g'rakh.

—Le daré la bienvenida como a un hermano.

—Podrías ser desdichado a causa del vacío de la mente de tu hermano —dijo Gundersen—. Verías a un ser modelado a tu manera pero no lograrías llegar a su alma.

—Tráeme un elefante, amigo de mi viaje, y yo seré el juez de su vacuidad —agregó Srin'gahar—. Aclárame una sola cuestión más y dejaré de molestarte: cuando nos llamáis elefantes, pensáis en nosotros como meras bestias, ¿no? Según tus palabras, los elefantes son «animales grandes y sencillos». ¿Así nos ven los visitantes procedentes de la Tierra?

—Sólo se refieren al parecido anatómico entre nildores y elefantes. Es algo superficial. Dicen que sois como elefantes.

—Me gustaría creerlo —comentó el nildor, guardó silencio y dejó a Gundersen a solas con su vergüenza y su culpa.

En otra época, Gundersen no había tenido la costumbre de discutir con su montura la naturaleza de la inteligencia. Entonces ni siquiera se le había ocurrido que ese debate fuese posible. Ahora descubrió el alcance del sentimiento reprimido de Srin'gahar. Elefantes: sí, él también había visto así a los nildores. Elefantes inteligentes tal vez, pero elefantes de todos modos.

Siguieron con la vista, en silencio, el torrente hirviente que corría hacia el norte. Poco antes del mediodía llegaron a su nacimiento: un ancho lago en forma de cuenco encajado entre una cadena doble de colinas que se elevaban abruptamente. Algunas nubes de vapor grasoso se elevaban de la superficie del lago. Las algas termofílicas recorrían sus

aguas; las de color rosado formaban una delgada espuma en lo alto y prácticamente ocultaban las enredadas marañas de las plantas más grandes y espesas, de color gris azulado, que se encontraban un poco más abajo.

Gundersen tuvo ganas de detenerse para contemplar el lago y sus extraños habitantes. Pero era sumamente reacio a pedirle a Srin'gahar que se detuviera. El nildor no sólo era su montura sino su compañero de viaje y pedirle como un turista que se detuvieran un rato allí podía reforzar su convicción de que los terrestres aún consideraban a su especie como meras bestias de carga. Se resignó perder esa excursión. Se dijo que no era justo retrasar la marcha de Srin'gahar hacia el renacimiento para complimentar una curiosidad caprichosa.

A medida que se acercaban a la curva más distante del lago, en la maleza del este se produjo tal estrépito y quebrantamiento que la caravana de nildores se detuvo para averiguar qué ocurría. A Gundersen le parecía como si un dinosaurio merodeador se dispusiera a salir lentamente de la selva, un enorme y torpe tiranosaurio inexplicablemente desplazado en el tiempo y el espacio. Un pequeño y chato vehículo salió de una grieta en la hilera de colinas y atravesó lentamente el terreno yermo que bordeaba el fago. Gundersen reconoció el coleóptero del hotel, que arrastraba un estrafalario apéndice de aspecto rudimentario a modo de remolque construido con tablones y grandes ruedas. Encima del traqueteante y estruendoso remolque habían montado cuatro pequeñas tiendas de campaña que ocupaban casi toda la superficie; a lo largo de las tiendas y por encima de las ruedas habían colocado varias hileras de bultos y en la parte trasera, aferrados a una barandilla y mirando nerviosamente a su alrededor, se encontraban los ocho turistas que Gundersen había dejado unos días atrás en el hotel de la costa.

Srin'gahar dijo:

—Aquí están algunos de los tuyos. Querrás hablar con ellos, supongo.

A decir verdad, los turistas eran la última especie que Gundersen deseaba ver en ese momento. Habría preferido saltamontes, escorpiones, serpientes de colmillos, tiranosaurios, escuerzos, cualquier cosa. Aquí estaba, entre los nildores, saliendo de algún tipo de experiencia mística cuya naturaleza apenas comprendía; aquí, aislado de los de su propia especie, avanzaba hacia la región del renacimiento y se debatía con preguntas fundamentales acerca del bien y del mal, de la naturaleza y de la inteligencia, de la relación entre humanos y no humanos y la de sí mismo con su propia historia; hacía unos instantes, las preguntas fortuitas e ingeniosas de Srin'gahar sobre las almas de los elefantes le habían obligado a realizar una confrontación incómoda e incluso dolorosa con su biografía; bruscamente Gundersen se encontraba una vez más entre esos seres humanos vacuos y triviales, esos arquetipos del turista ignorante y torpe, y toda individualidad que pudiera haber conquistado a los ojos de su compañero nildor desapareció en el mismo instante en que cayó dentro de la clase indiferenciada de los terrícolas. Algún fragmento de su mente sabía que esos turistas no eran tan vulgares ni vacíos como los veía: sólo se trataba de gente corriente, amistosa, algo tonta, demasiado privilegiada, probablemente seres humanos muy satisfactorios en el contexto de sus vidas en la Tierra y aquí sólo parecían figurillas de cartón porque eran esencialmente ajenos al planeta que habían decidido visitar. Pero todavía no estaba preparado para que Srin'gahar le perdiera de vista en tanto persona separada de todos los demás terráqueos que iban a Belzagor y temía que la marejada de charla insustancial que surgía de esas personas le cubriera y lo convirtiera en una de ellas.

El coleóptero, que evidentemente tenía dificultades para arrastrar el remolque, se detuvo a doce metros del lago. Van Beneker bajó del aparato con aspecto sudoroso y desgalichado.

—Muy bien —dijo a los turistas—. Abajo todo el mundo. ¡Echaremos un vistazo a uno de los famosos lagos termales!

Gundersen, montado sobre el ancho lomo de Srin'gahar, pensó pedirle al nildor que prosiguiera la marcha. Los cuatro nildores restantes, una vez satisfechos con respecto al motivo de la conmoción, habían reemprendido la caminata y prácticamente desaparecieron por el extremo más lejano del lago. Pero decidió quedarse un rato; comprendió que una muestra de indiferencia hacia los de su propia especie no lo enaltecería a los ojos de Srin'gahar.

Van Beneker se volvió hacia Gundersen y gritó:

—¡Buenos días, señor! ¡Me alegro de verle! ¿Cómo va el viaje?

Los cuatro matrimonios terrícolas bajaron del remolque. Eran muy prototípicos y actuaban exactamente como la severa imagen de Gundersen preveía que se comportarían: parecían aburridos y desencantados, ahitos de las maravillas ajenas que ya habían visto. Stein, el propietario de la tienda de hélices, controló obedientemente la abertura de su cámara, la colocó sobre el trípode y tomó rutinariamente un holograma de trescientos sesenta grados del paisaje; cuando un momento después, la impresión salió por la ranura de la cámara, Stein ni siquiera se molestó en mirarla. Lo significativo no era la foto propiamente dicha sino el acto de tomarla. Watson, el médico, le gastó una broma poco divertida a Christopher, el financiero, que respondió con una risa mecánica. Las mujeres, cansadas y sucias, no prestaban la menor atención al lago. Dos de ellas permanecían apoyadas contra el coleóptero y esperaban a que les dijese qué era lo que les estaban mostrando mientras las otras dos, al reparar en la presencia de Gundersen, extrajeron máscaras faciales de sus mochilas y pasaron rápidamente la delgada película de plástico por sus caras a fin de presentar la ilusión de unos rasgos correctamente acicalados ante el guapo desconocido.

—No estaré mucho tiempo aquí —dijo Gundersen a Srin'gahar mientras desmontaba.

Van Beneker se acercó a él.

—¡Qué viaje! —barbotó el hombrecillo—. ¡Qué viaje repugnante! Bueno, ya debería estar acostumbrado. Señor Gundersen, ¿cómo han ido sus asuntos?

—Ninguna queja. —Gundersen señaló el remolque—. ¿De dónde sacó ese ruidoso artefacto?

—Lo construimos hace un par de años, cuando uno de los viejos acarreadores de carga se averió. Ahora lo utilizamos para pasear a los turistas cuando no podemos conseguir porteadores nildores.

—Parece algo surgido del siglo dieciocho.

—Bueno, señor, ya sabe que no quedan muchos elementos de equipo moderno. Los servos, los caminantes hidráulicos y cosas por ese estilo, escasean. Pero siempre es posible encontrar ruedas y algunos tablones. Nos apañamos.

—¿Qué sucedió con los nildores en los que cabalgamos del puerto espacial al hotel? Creí que estaban dispuestos a trabajar para usted.

—A veces sí y a veces no —explicó Van Beneker—. Son imprevisibles. No podemos obligarles a trabajar ni contratarlos. Sólo podemos pedirselo amablemente y si responden que no están disponibles, no hay nada que hacer. Hace unos días decidieron que no estarían disponibles por una temporada y tuvimos que recurrir al remolque. —Bajó la voz—. Si quiere saber mi opinión, le diré que se debe a esos ocho monos que he traído. Creen que los nildores no entienden el inglés y repiten incesantemente: «qué terrible es que hayamos tenido que entregar un planeta tan valioso como éste a una manada de elefantes».

—Durante el viaje desde la Tierra, algunos asumían posiciones sumamente liberales —comentó Gundersen—. Al menos dos de ellos estaban totalmente a favor de la retirada.

—Seguro. En la Tierra, consideraron la retirada como si se tratase de una doctrina política. «Devolvamos los planetas colonizados a sus nativos largamente oprimidos» y todas las demás consignas. Ahora están aquí y súbitamente han llegado a la conclusión de que los nildores no son «nativos» sino animales, elefantes raros y quizá, después de

todo, debemos conservar este planeta. —Van Beneker escupió—. Y los nildores asimilan todo. Simulan no comprender el idioma pero lo entienden, ¡vaya si lo entienden! ¿Cree que tienen ganas de acarrear en sus lomos a gente como ésta?

—Comprendo —dijo Gundersen, y miró a los turistas. El grupo de terráqueos observaba a Srin'gahar, que se había dirigido hacia el monte y arrancaba enérgicamente ramas tiernas para su almuerzo. Watson codeó a Miraflores, que apretó los labios y meneó la cabeza desaprobadoramente. Gundersen no lograba oír lo que decían, pero supuso que expresaban desdén ante el entusiasmado apacentamiento de Srin'gahar. Evidentemente, se suponía que los seres civilizados no arrancaban su alimento de los árboles con la trompa.

—Se quedará a almorzar con nosotros, ¿verdad, señor Gundersen? —preguntó Van Beneker.

—Es muy amable de su parte —replicó Gundersen.

Gundersen se arrodilló en el claro mientras Van Beneker reunía a las personas a su cargo y las llevaba a la orilla del lago humeante. Una vez que todos estuvieron reunidos, Gundersen se levantó y se unió silenciosamente al grupo. Escuchó el discurso del guía, pero logró ocupar sólo la mitad de su atención en lo que decía:

—Zona de vida adaptada a altas temperaturas..., superior a los cincuenta grados centígrados..., mayor en algunos sitios, incluso mayor al punto de hervor, pero algunas cosas viven en ella..., adaptación genética especial..., la denominamos termofílica, es decir, amante del calor... no, el ADN no se cocina, pero el promedio de mutación espontánea es muy elevado y las especies cambian tan rápidamente que resulta increíble..., las enzimas resisten el calor..., basta con poner los organismos lacustres en agua fría para que se congelen en un minuto..., procesos vitales extraordinariamente rápidos..., las proteínas desplegadas y desnaturalizadas también pueden funcionar en circunstancias que... hay una gama muy amplia hasta el nivel primario medio..., un hábitat embolsado, carente de interacción con el resto del planeta..., los desniveles térmicos..., estudios cuantitativos... el doctor Brock, el famoso biólogo cinético... una permanente destrucción térmica de las moléculas sensibles..., la resíntesis ininterrumpida...

Srin'gahar aún se atiborraba de ramas. A Gundersen le pareció que ingería mucho más de lo que normalmente comía en ese momento del día. El ruido producido al arrancar las ramas y masticarlas contrastaba con el espasmódico zumbido de la charla científica memorizada por Van Beneker.

En ese momento Van Beneker desenganchó una red biosensible de su cinturón y comenzó a recoger muestras de la fauna del lago para ilustrar a su grupo. Cogió el asa de la red e hizo ajustes relativos a la masa y la longitud de la presa deseada con el instrumento auxiliar de regulación; la red, montada en un extremo delgado y flexible de una espiral de metal casi infinitamente extensible, se movía bajo la superficie del lago, buscando organismos de las dimensiones programadas. Cuando sus sensores indicaban la presencia de materia viva, abría la boca y la cerraba con toda rapidez. Van Beneker la retiró y llevó a la orilla algún desdichado prisionero atrapado en una muestra de su propio hábitat hirviente.

Apareció un animal lacustre tras otro, seres de piel roja y apariencia de hervidos pero vivos, enojados y aleteantes. Surgió un pez acorazado, protegido por escamas brillantes y hermoso con fantásticas excrescencias y ornamentos. Tuvieron ante sus ojos una cosa parecida a un bogavante, que sacudía una cola larga y cubierta de púas y agitaba sus feroces pedúnculos oculares. Del lago surgió algo que era una sola e inmensa pinza provista de un minúsculo cuerpo rudimentario. Ninguna de las presas de Van Beneker se parecían entre sí. Repitió que el calor del lago provocaba mutaciones frecuentes. Enunció por segunda vez y a toda prisa la explicación genética mientras devolvía los pequeños monstruos al agua caliente y buscaba otros.

Los aspectos genéticos de los seres termofílicos parecían suscitar el interés de un solo turista: Stein, quien, en su calidad de comerciante de hélices, se especializaba en la corrección cosmética de los genes humanos y sabía bastante sobre las mutaciones. Stein hizo algunas preguntas que parecían inteligentes y que, obviamente, Van Beneker fue incapaz de responder; los otros se limitaban a mirar y esperaban pacientemente que su guía dejara de mostrarles animales raros y los llevara a otra parte. Gundersen, que nunca antes había tenido oportunidad de observar el contenido de una depresión de alta temperatura, agradeció la exhibición, pero el espectáculo de los habitantes del lago cautivos y agitados le desalentó enseguida. Sintió deseos de seguir su camino.

Miró a su alrededor y descubrió que Srin'gahar no estaba a la vista.

—Lo que hemos cogido ahora es el animal más peligroso del lago, al que denominamos tiburón de navaja —decía Van Beneker—. Sólo en una ocasión he visto otro igual. ¿Ven esos pequeños cuernos? Son totalmente nuevos. ¿Y esa especie de cosa parecida a una linterna situada en la coronilla, esa cosa que se enciende y se apaga? —Dentro de la red se revolvía un esbelto animal de color carmesí de alrededor de un metro de largo. Toda su parte inferior, desde el hocico al vientre, estaba engoznada y formaba lo que equivalía a una boca gigantesca cubierta de centenares de dientes semejantes a agujas. A medida que la boca se abría y se cerraba, parecía que el animal entero se escindía y se curaba a sí mismo—. Esta bestia come cualquier cosa de tamaño hasta tres veces el suyo. Como ven, es feroz, salvaje y...

Incómodo, Gundersen se alejó del lago para buscar a Srin'gahar. Encontró el sitio en el que el nildor había comido y donde las ramas inferiores de varios árboles estaban deshojadas. Vio lo que le pareció la huella del nildor, que se perdía en la selva. Una dolorosa luz blanca de desolación brilló en su cerebro al comprender que Srin'gahar debió de abandonarlo silenciosamente.

En ese caso, tendría que interrumpir el viaje. No se atrevía a avanzar solo y a pie por esa inmensidad sin senderos que se abría ante sus ojos. Tendría que pedir a Van Beneker que le llevara a algún campamento de nildores donde pudiera encontrar otro medio que lo trasladara a la región de las brumas.

En ese momento el grupo de turistas se alejaba del lago. Van Beneker llevaba la red colgada del hombro; Gundersen vio que algunos animales lacustres se movían lentamente en su interior.

—El almuerzo —explicó—. Conseguí algunos cangrejos de jalea. ¿Tiene hambre?

Gundersen logró esbozar una débil sonrisa. No tenía apetito. Miró a Van Beneker mientras éste abría la red: de su interior salió un chorro de agua caliente, arrastrando a ocho o diez animales ovalados y de color púrpura, cada uno distinto a los demás en la cantidad de patas, las marcas de la concha y el tamaño de las garras. Reptaron en círculos trastabillantes, claramente molestos por la frescura relativa del aire. De sus lomos salía vapor. Van Beneker los descabelló hábilmente con unos palos afilados, los cocinó con su antorcha de fusión y abrió las conchas para dejar al descubierto los reguladores metabólicos interiores, los cuales eran claros, temblorosos y parecidos a jalea. Tres de las mujeres hicieron una mueca y se apartaron pero la señora Miraflores cogió su cangrejo y lo comió con fruición. Los hombres parecieron degustarlos. Gundersen, que se limitaba a mordisquear la jalea, miró hacia el bosque, preocupado por la ausencia de Srin'gahar.

Le llegaron algunos fragmentos de la conversación:

—...el enorme potencial lucrativo desperdiciado, totalmente; desperdiciado...

—...incluso en ese caso, nuestra obligación consiste en estimular la autodeterminación en todos los planetas que...

—¿...pero son personas?

—...busca el alma, es el único modo de decirlo...

—...elefantes y nada más que elefantes. ¿Le viste desgarrar los árboles y...?

—...la retirada fue culpa de una minoría de corazones sangrantes muy protestones que...

—...ni alma ni retirada...

—...demasiada severidad, cariño. Hubo abusos explícitos en algunos planetas y...

—...yo lo denomino estúpido oportunismo político. Los ciegos guían a los ciegos...

—...¿saben escribir? ¿Son capaces de pensar? Hasta en África nos ocupamos de seres humanos e incluso allí...

—...el alma, el espíritu interior...

—...no necesito decirte que estaba totalmente a favor de la retirada. Recordarás que cogí las peticiones y las repartí. A pesar de ello, he de reconocer que después de ver...

—...montañas de excrementos de color púrpura en la playa...

—...víctimas de un exceso de reacción sentimental...

—...tengo entendido que el beneficio anual era del orden de...

—...no hay duda de que tienen alma. No cabe la menor duda. —Gundersen comprendió que su propia voz había intervenido en la conversación. Los demás se volvieron hacia él; súbitamente había un varío que llenar. Agregó—: Tienen una religión y ello implica la conciencia de la existencia de un espíritu, de un alma, ¿no es así?

—¿Qué tipo de religión? —inquirió Miraflores.

—No lo sé con exactitud. Una parte importante de ella consiste en la danza extática... una especie de cabriola frenética que conduce a cierto tipo de experiencia mística. La conozco. He bailado con ellos. He rozado al menos los bordes de esa experiencia. Tienen algo llamado renacimiento que, supongo, es el elemento central de sus ritos. No lo comprendo. Van al norte, a la región de las brumas, y allí les ocurre algo. Siempre han mantenido en secreto los detalles. Supongo que quizá los sulidores les dan una droga que los rejuvenece interiormente y los lleva a cierto tipo de iluminación... ¿me expreso con claridad? —Mientras hablaba, Gundersen comía casi inconscientemente—. Lo único que puedo decirles es que el renacimiento es fundamentalmente importante para ellos y que, al parecer, su posición tribal se deriva de la cantidad de renacimientos por los que han pasado. Como pueden ver, no son sólo animales. Han creado una sociedad, poseen una estructura cultural... compleja, difícil de comprender para nosotros.

—¿Por qué entonces no han desarrollado una civilización? —preguntó Watson.

—Acabo de decirle que lo han hecho —replicó Gundersen.

—Me refiero a ciudades, máquinas, libros...

—No están anatómicamente dotados para escribir, para construir cosas ni para ningún tipo de manipulación exacta —repuso Gundersen—. ¿No ve que no tienen manos? Una raza con manos crea un tipo de sociedad. Una raza estructurada anatómicamente como los elefantes crea otra. —Estaba empapado en sudor y repentinamente su apetito se tornó insaciable. Gundersen notó que las mujeres le observaban de un modo extraño. Comprendió el motivo; liquidaba todos los alimentos que estaban a la vista y se llenaba compulsivamente la boca. De pronto su paciencia estalló y sintió que le explotaría el cráneo si no derrumbaba instantáneamente todas las barreras y reconocía la única gran culpa que, acuchillándole el alma, le había incitado a extrañas odiseas. No importaba que aquellas no fuesen las personas adecuadas en las que buscar la absolución. Las palabras subieron incontrolablemente hasta su boca y dijo—: Cuando vine aquí, era como ustedes. Subestimé a los nildores. Ello me condujo a un pecado atroz que tendré que explicar. Sabrán que durante un tiempo fui administrador de sector y una de mis tareas consistía en organizar el despliegue eficaz de la mano de obra nativa. Puesto que no sabíamos claramente que los nildores eran seres inteligentes y autónomos, los usamos, les adjudicamos pesadas tareas de construcción, les hicimos levantar vigas con las trompas, todo aquello que creíamos eran capaces de realizar sólo con los músculos. Les dimos órdenes como si fueran máquinas. —Gundersen cerró los ojos y sintió que el pasado corría inexorablemente hacia él: una tenebrosa nube de recuerdos que lo cubrió y le

abrumó—. Los nildores permitieron que los usáramos. Dios sabrá por qué. Supongo que fuimos el crisol en el que su raza había de purificarse. Bueno, un día se agrietó una represa en el norte, en el distrito de Monroe, no lejos de donde comienza la región de las brumas, y una plantación entera de arbustos de púas corría el riesgo de inundarse, lo cual significaría una pérdida de muchísimos millones para la Compañía. La central eléctrica principal del distrito también corría peligro, además de nuestra estación central y... digamos que si no actuábamos con rapidez, perderíamos todas las inversiones en el norte. Yo era el responsable de ese sector. Recluté nildores para construir una línea secundaria de diques. Empleamos en esa tarea la totalidad de los robots, pero no eran suficientes, así que también llamamos a los nildores, largas filas de ellos que aparecieron por todos los rincones de la selva, y nos afanamos día y noche hasta que llegamos al punto de agotamiento absoluto. Estábamos conteniendo la inundación, pero yo no podía estar seguro. A los seis días, por la mañana, me trasladé a la zona de los diques para averiguar hasta dónde alcanzaba el nivel de las aguas y allí había siete nildores que no había visto antes y que marchaban por un sendero hacia el norte. Les dije que me siguieran. Se negaron delicadamente. Dijeron que no, que estaban de camino a la región de las brumas para la ceremonia del renacimiento y que no podían detenerse. ¿Renacimiento? ¿Qué me importaba el renacimiento? No estaba dispuesto a aceptar esa excusa, y menos aún cuando parecía que podría perder mi distrito. Les ordené irreflexivamente que se presentasen para trabajar en los diques o de lo contrario los ejecutaría allí mismo. Dije que el renacimiento podía esperar. «Esperad otro momento para renacer. Esto es un asunto serio.» Bajaron la cabeza y hundieron las puntas de sus colmillos en el suelo. Es una señal de gran tristeza entre los nildores. Curvaron la columna vertebral. Tristeza, tristeza. «Te compadecemos», me dijo uno, por lo que me enfurecí y le respondí lo que podía hacer con su compasión. ¿Dónde había obtenido el derecho de compadecerme? Entonces cogí mi antorcha de fusión. «Vamos, en marcha, hay una cuadrilla de trabajo que os necesita.» Tristeza. Sus grandes ojos me miraban compasivamente. Los colmillos en el suelo. Dos o tres nildores dijeron que lo sentían mucho pero que en ese momento no podían trabajar para mí, que les era imposible interrumpir el viaje. Pero estaban dispuestos a morir allí mismo si yo insistía. No querían arruinar mi prestigio desafiándome, pero tenían que desafiarme y, en consecuencia, estaban dispuestos a pagar ese precio. Estaba a punto de cargarme a uno como ejemplo para los demás cuando me detuve y me dije: «¿qué demonios estoy haciendo?»; y los nildores esperaban, mis ayudantes y algunos de nuestros nildores miraban, volví a levantar la antorcha de fusión, me dije que mataría a uno de ellos, al que había dicho que me compadecía, y deseé que entonces los otros recuperasen la sensatez. Simplemente esperaron. Aguantaron mi fanfarronada. ¿Cómo podía cargarme a ocho peregrinos aunque desafiaran las órdenes directas de un jefe de sector? Pero mi autoridad estaba entredicho. Por eso accioné el gatillo. Le hice una quemadura suave, no profunda, lo suficiente para chamuscarle el pellejo, eso fue todo, pero el nildor permaneció inmóvil y aguantó, y estaba dispuesto a quemarle hasta afectarle un órgano vital. Y quedé manchado ante ellos por utilizar la fuerza. Era eso lo que estaban esperando. Después, dos de los nildores que parecían más viejos que los demás me dijeron que me detuviera, que querían reconsiderar la cuestión. Apagué la antorcha y ellos hicieron un aparte para conferenciar. El que había quemado cojeaba un poco y parecía dolorido, pero no estaba gravemente herido, no tanto como yo. ¿Sabían que el que aprieta el gatillo puede quedar más malherido que su blanco? Por último, todos los nildores estuvieron de acuerdo en hacer lo que les pedía. En lugar de ir al norte para el renacimiento se pusieron a trabajar en los diques, incluso el quemado, y nueve días más tarde la inundación bajó y la plantación, la central eléctrica y todo lo demás quedó a salvo y fuimos felices, comimos perdices... —La voz de Gundersen se apagó. Había hecho su confesión y ya no podía seguir haciendo frente a esas personas. Cogió la concha de uno de los cangrejos que

quedaban y buscó algún resto de jalea, sintiéndose agotado. Se produjo un interminable silencio.

Después la señora Christopher preguntó:

—¿Y después qué ocurrió?

Gundersen levantó la mirada y parpadeó. Creía que lo había dicho todo.

—Después no ocurrió nada —respondió—. La inundación bajó.

—¿Pero cuál es el sentido de la historia?

Gundersen deseó arrojar el cangrejo vacío a su rostro tensamente sonriente.

—¿El sentido? —preguntó—. ¿El sentido? Pues... —Ahora estaba mareado. Agregó—: Siete seres inteligentes se dirigían a celebrar el rito más sagrado de su religión, exigí a punta de pistola sus servicios en un trabajo de construcción para salvar propiedades que para ellos no significaban nada y vinieron y acarrearon troncos para mí. ¿No está claro el sentido? ¿Quién fue espiritualmente superior en ese caso? Si se trata a un ser racional y autónomo como si fuese una mera bestia, ¿en qué se convierte uno?

—Pero era una emergencia —intervino Watson—. Usted necesitaba toda la ayuda que pudiese conseguir. Seguramente podían dejarse al margen otras consideraciones en un momento semejante. Por lo tanto, demoraron nueve días en dirigirse al renacimiento. ¿Es tan grave?

Gundersen respondió huecamente:

—Un nildor se dirige al renacimiento cuando el momento es propicio y no puedo decir cómo lo saben, pero quizás es algo astrológico, quizá tiene que ver con la conjunción de las lunas. Un nildor ha de llegar al lugar del renacimiento en el momento propicio y si no llega a tiempo, no renace. Esos siete nildores ya se habían retrasado a causa de las lluvias torrenciales que borraron los senderos del sur. Los nueve días que yo añadí motivaron que llegaran demasiado tarde. Cuando terminaron de construir diques para mí, sencillamente regresaron al sur para reunirse con su tribu. No comprendí el motivo. Sólo mucho más tarde supe que les había aniquilado la posibilidad de renacer y que quizá tendrían que esperar diez o veinte años más para poder ir de nuevo. O quizá nunca tuvieran otra oportunidad. —Gundersen no tenía más ganas de hablar. Sentía la garganta reseca. Le latían las sienes. Pensó cuán purificador sería zambullirse en el lago cargado de vapor. Se puso rígidamente de pie y en ese momento notó que Srin'gahar había vuelto y permanecía inmóvil a unos centenares de metros, bajo un poderoso árbol de flor espada. Dijo a los turistas—: El sentido consiste en que los nildores tienen religión y alma, en que son personas y en que si ustedes pueden creer aunque sea mínimamente en la doctrina de la retirada, es imposible que estén en contra de la retirada de este planeta. El sentido también se refiere al hecho de que cuando surge un conflicto con una especie extraña, los terráqueos generalmente lo manejan cometiendo demasiados errores. El sentido corresponde además a que no me sorprende que consideren a los nildores como lo hacen, pues a mí me ocurrió lo mismo y aprendí más cosas cuando ya era demasiado tarde para preocuparse, pero ni siquiera aprendí lo suficiente para que me sirviera de algo, lo cual es uno de los motivos por los que regresé a este planeta. Y ahora les agradecería que me disculparan, porque es el momento propicio para continuar mi camino y tengo que irme. —Se alejó rápidamente de ellos. Al acercarse a Srin'gahar, murmuró—: Ahora estoy listo para irnos.

El nildor se arrodilló. Gundersen subió nuevamente a su montura.

—¿Dónde estuviste? —inquirió el terráqueo—. Me preocupé cuando desapareciste.

—Sentí que debía dejarte a solas con tus amigos —repuso Srin'gahar—. ¿Por qué te preocupaste? Tengo la obligación de llevarte sano y salvo a la región de las brumas.

Indudablemente, la composición del terreno cambiaba. Dejaban atrás el corazón de la selva ecuatorial y entraban en las tierras altas que desembocaban en la zona de las brumas. El clima aún era tropical, pero la humedad no resultaba tan intensa; en lugar de mantener todo en un constante abrazo pegajoso, allí la atmósfera liberaba periódicamente humedad en forma de lluvia y después de ésta la textura del aire era transparente y ligera hasta que se renovaba. La vegetación de esa región era distinta: plantas angulosas y toscas, de hojas rígidas y filosas como navajas. Muchos árboles poseían follaje luminoso que, por la noche, emitía una luz fría sobre el bosque. Aquí había menos enredaderas y las copas de los árboles ya no formaban un dosel continuo que excluía casi toda la luz solar; algunas manchas de claridad moteaban el suelo del bosque y en algunos lugares se extendían formando plazas y prados anchos y abiertos. El terreno, filtrado por las lluvias frecuentes, era de color amarillo pálido y no poseía la exuberante negrura del de la selva. Algunos animales pequeños corrían a menudo por la maleza. A paso más lento se movían seres solemnes parecidos a babosas, verdiazules y provistos de mantos de ébano, a los que Gundersen reconoció como los fungoides móviles de las tierras altas: plantas que reptaban de un lugar a otro en busca de ramas caídas o de troncos de árboles derribados por los rayos. Tanto los nildores como los hombres consideraban una gran exquisitez su degustación.

Durante la tarde del tercer día, Srin'gahar y Gundersen encontraron a los cuatro nildores que les habían precedido. Habían acampado al pie de una colina dentada y en forma de luna creciente y, a juzgar por la destrucción del follaje que rodeaba su campamento, sin duda llevaban al menos un día allí. Sus trompas y rostros, untados y manchados por los jugos luminosos, brillaban alegremente. Con ellos se encontraba un sulidor, con mucho el más corpulento que Gundersen había visto: tenía casi el doble de su estatura y un hocico pendular del largo del antebrazo de un hombre. El sulidor estaba erguido junto a un pedrejón incrustado de musgo azul, con las piernas separadas, y la cola, a modo de trípode, sostenía su enorme cuerpo. Observaba a Gundersen con los ojos entrecerrados. Sus largos brazos, coronados por aterradoras garras curvadas, colgaban plácidamente. Su piel tenía el color del bronce antiguo y era extraordinariamente compacta.

Uno de los candidatos al renacimiento, una nildora llamada Luu'khamin, dijo a Gundersen:

—El sulidor se llama Na-sinisul. Desea hablar contigo.

—Que hable de una vez.

—Desea primero hacerte saber que no es un sulidor corriente. Se trata de uno de los que oficia la ceremonia del renacimiento y volveremos a verlo cuando nos acerquemos a la región de las brumas. Es un sulidor de jerarquía y mérito y sus palabras no han de tomarse a la ligera. ¿Lo tendrás en cuenta mientras le escuchas?

—Lo haré. No suelo tomarme a la ligera las palabras de nadie, razón de más para que en este caso le escuche atentamente. Que hable.

El sulidor dio unos pasos y volvió a plantarse firmemente, hundiendo sus grandes patas con espolones en el terreno esponjoso. Al hablar, lo hizo en un nildororu marcado por el acento norteño: apagado, rotundo, lento.

—He estado de viaje por el Mar de Polvo y ahora retorno a mi región para ayudar en los preparativos del renacimiento en el que estos cinco viajeros participarán —explicó Na-sinisul—. Mi presencia aquí es absolutamente accidental. ¿Comprendes que no estoy aquí por ningún motivo específico que te implique a ti o a tus compañeros?

—Comprendo —respondió Gundersen, sorprendido por el estilo preciso y enfático del discurso del sulidor. Sólo había pensado en los sulidores como figuras tenebrosas, salvajes y de aspecto feroz que acechaban en claros boscosos misteriosos.

Na-sinisul prosiguió:

—Ayer, al pasar cerca de aquí, encontré por casualidad el emplazamiento de una antigua estación de tu Compañía. También por azar decidí mirar en su interior, aunque no era asunto mío. En el interior encontré a dos terráqueos cuyos cuerpos habían dejado de servirles. Eran incapaces de moverse y apenas podían hablar. Me pidieron que los arrojara de este mundo, pero no podía hacer semejante cosa por mi propio poder. En consecuencia, te pido que me sigas hasta esa estación y me des instrucciones. Mi estancia aquí es breve, de modo que debe hacerse de inmediato.

—¿Está muy lejos?

—Podríamos llegar antes de la salida de la tercera luna.

Gundersen se dirigió a Srin'gahar:

—No recuerdo que hubiese por aquí una estación de la Compañía. Tiene que haber una a dos días de camino hacia el norte pero...

—Es el sitio donde los alimentos que reptan se recogían y embarcaban río abajo —explicó el nildor.

—¿Aquí? —Gundersen se encogió de hombros—. Supongo que he vuelto a perder el rumbo. Está bien, iré —dijo a Na-sinisul—. Guíame y te seguiré.

El salidor avanzó con rapidez por el brillante bosque y Gundersen, montado en Srin'gahar, le pisaba los talones. Al parecer descendían y la atmósfera se tornó cálida y sombría. El paisaje también cambió pues aquellos árboles tenían raíces aéreas que se enroscaban como enormes codos descarnados y los delgados zarcillos que brotaban de las raíces emitían un brillo verde y áspero. El terreno era suelto y rocoso y Gundersen lo oía crujir bajo las pisadas de Srin'gahar. Cosas parecidas a pájaros hacían su percha en la mayoría de las raíces. Eran seres semejantes a mochuelos que, aparentemente, carecían de color: algunos eran negros, otros blancos y otros blanquinegros jaspeados. No logró descubrir si ése era su auténtico tono o si la luminosidad de la vegetación les robaba el color. Una fragancia enfermiza surgía de las enormes y descoloridas flores parasitarias que brotaban de los troncos de los árboles.

Junto a un saliente de roca desnuda y amarilleada por el clima se alzaban las ruinas de la estación de la Compañía. Parecía aún más destartada que la estación de las serpientes situada al sur; la cúpula de su techo se había derrumbado y espirales de plantas saprofitas de tallo tieso se aferraron a los costados, alimentándose quizá de los productos en descomposición que la lluvia extraía de la abrasión de las paredes de plástico. Srin'gahar dejó desmontar a Gundersen. El terráqueo se detuvo en la entrada del edificio, a la espera de que el salidor tomara la delantera. Comenzó a caer una lluvia fina y cálida; el olor del bosque cambió de inmediato y se tornó dulce donde había sido agrio. Pero era el dulzor de la descomposición.

—Los terráqueos están dentro —dijo Na-sinisul—. Puedes pasar. Espero tus instrucciones.

Gundersen entró en el edificio. Allí el hedor de la putrefacción era mucho más intenso, concentrado tal vez por la esfericidad de la cúpula derrumbada. La humedad penetraba todo. Se preguntó qué tipo de esporas virulentas absorbía por la nariz cada vez que respiraba. Algo chorreaba en la oscuridad y producía un ruidoso toc en contraposición con el compás más ligero de la lluvia que entraba por el techo roto. A fin de tener luz, Gundersen cogió la antorcha de fusión y conectó el rayo más débil. El cálido resplandor blanco se diseminó por la estación. Sintió inmediatamente un aleteo alrededor de su cabeza pues algún animal termotrópico, despertado y atraído por el calor de la antorcha, se acercó a ella. Gundersen lo apartó y le quedaron los dedos cubiertos de limo.

¿Dónde estaban los terráqueos?

Recorrió cautelosamente el edificio. En ese momento recordó vagamente: era una de las incontables estaciones de monte que antaño la Compañía había diseminado por el Planeta de Holman. El suelo estaba cuarteado y combado, lo que le obligaba a caminar con dificultad. Los fungoides móviles reptaban por todas partes, devoraban la espuma que

cubría las paredes y dejaban huellas estrechas y brillantes a su paso. Llegó a un sitio en el que el edificio se abría hacia el exterior; paseó la antorcha y distinguió un embarcadero ennegrecido que daba a la orilla de un río rápido. Sí, recordaba. Allí envolvían y embalaban a los fungoides, que luego eran enviados río abajo en su viaje hacia el mercado. Pero las gabarras de la Compañía ya no se detenían allí, y las babosas sabrosas y descoloridas ahora deambulaban por las reliquias musgosas de los muebles y los equipos sin ser molestadas.

—¡Hola! —gritó Gundersen—. Hola, hola, hola.

A modo de respuesta, oyó un gemido. En la penumbra, trastabilló y resbaló, luchó contra una náusea creciente y se obligó a caminar por entre un laberinto de obstáculos que no veía. Llegó al sitio del que provenía el sonido estrepitoso y chorreante. Algo de color rojo intenso, en forma de cesta y del tamaño del pecho de un hombre se había adherido en lo alto de la pared, perpendicularmente al suelo. A través de las grandes esporas de su superficie esponjosa manaba un líquido espeso y negro, que caía en un permanente chapoteo grasoso. Cuando la luz de la antorcha lo iluminó, la exudación aumentó y prácticamente se convirtió en una cascada de líquido sebáceo. Al apartar la luz de la antorcha, el manantial se tornó menos copioso, aunque seguía siendo fuerte.

Allí el suelo caía en pendiente, de modo que lo que chorreaba de la cesta esponjosa fluía rápidamente y se acumulaba en el otro extremo de la habitación, en el ángulo formado por el suelo y la pared. Gundersen encontró allí a los terráqueos. Estaban juntos en un colchón; el líquido de la cosa chorreante había formado un charco oscuro alrededor de ellos, cubriendo por completo el colchón y fluyendo sobre sus cuerpos. Uno de los terráqueos, con la cabeza caída hacia un costado, tenía la cara totalmente sumergida en ese fluido. Del otro terráqueo surgían los sonidos.

Los dos estaban desnudos. Uno era un hombre y el otro una mujer, aunque al principio a Gundersen le costó trabajo darse cuenta de ello; ambos estaban tan encogidos y delgados que sus características sexuales quedaban ocultas. No tenían cabellos, ni siquiera cejas. Los huesos sobresalían sobre la piel semejante a un pergamino. Los ojos de los dos estaban abiertos pero fijos en una mirada rígida y aparentemente ciega, una mirada vidriosa, sin parpadeo. Tenían los labios apartados de los dientes. Las algas grisáceas brotaban en los pliegues de su piel y los fungoides móviles andaban errantes, alimentándose de esas acrecencias. Con un gesto de asco rápido y mecánico, Gundersen arrancó dos animales parecidos a babosas de los pechos vacíos de la mujer. Esta se movió y volvió a gemir. En el idioma de los nildores murmuró:

—¿Ya ha terminado?

Su voz parecía una flauta tocada por una huraña brisa del desierto.

—¿Quién es usted? ¿Cómo ocurrió esto? —inquirió Gundersen en uno de los idiomas de la Tierra.

La mujer no respondió. Un fungoide reptó por la boca de ella y Gundersen lo apartó. Le tocó la mejilla. Se produjo un sonido seco cuando la mano de él pasó por su mejilla: era como acariciar papel almidonado. Gundersen intentó recordar quién era la mujer e imaginó una cabellera oscura sobre su cráneo desnudo, le puso cejas claras y arqueadas, vio sus mejillas llenas y sus labios sonrientes. Pero no pasó nada; o la había olvidado o no la conocía o dado su estado presente ella resultaba irreconocible.

—¿Terminará pronto? —volvió a preguntar en nildororu.

Gundersen se volvió hacia el compañero de ella. Suavemente, temeroso de que el frágil cuello se quebrara, retiró la cabeza del hombre de la charca de líquido. Al parecer, respiraba el líquido; éste cayó gota a gota de su nariz y sus labios y poco después el hombre dio señales de ser incapaz de habérselas con el aire. Gundersen dejó que la cara volviese a sumergirse en la charca. En ese fugaz instante logró reconocer al hombre como un tal Harold —¿o quizás Henry?—Dykstra, al que había conocido superficialmente en el pasado.

La mujer desconocida intentaba mover un brazo. Carecía de fuerzas para elevarlo. Esos dos seres vivían como espectros, como muertos en vida, atascados en el líquido pegajoso y totalmente desamparados. Gundersen preguntó en el idioma de los nildores:

—¿Cuánto tiempo lleváis así?

—Eternamente —susurró ella.

—¿Quiénes sois?

—No me... acuerdo. Estoy... esperando.

—¿Qué?

—El fin.

—Escucha —agregó—, soy Edmund Gundersen, ex jefe de sector. Quiero ayudaros.

—Mátame primero a mí y después a él.

—Os sacaremos de aquí y os llevaremos al puerto espacial. En una semana o diez días estaréis de camino a la Tierra y después...

—No..., por favor...

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Liquídalo. Liquídalo.

La mujer reunió fuerzas suficientes para arquear la espalda y alzó la mitad del cuerpo del líquido que prácticamente cubría su mitad inferior. Algo ondeó y se combó fugazmente bajo su piel. Gundersen tocó el estómago tenso y percibió un movimiento en el interior: ese rápido estremecimiento interior fue la sensación más aterradora que experimentara en su vida. Tocó el cuerpo de Dykstra, que también ondeaba interiormente.

Consternado, Gundersen se puso de pie y se alejó de ellos. Mediante la débil luz de la antorcha observó sus cuerpos encogidos: desnudos pero asexuados, hueso y ligamento, despojados de carne y de espíritu pero aún vivos. El pavor dominó a Gundersen.

—Na-sinisul —gritó—. ¡Ven aquí! ¡Entra! —Pocos segundos después, el sulidor estaba a su lado. Gundersen agregó—: Hay algo dentro de sus cuerpos. ¿Algún tipo de parásito? Se mueve. ¿De qué se trata?

—Mira —dijo Na-sinisul y señaló la cesta esponjosa de la que manaba el líquido oscuro—. Contienen a sus crías. Se han convertido en huéspedes. Un año, dos, tal vez tres y las larvas saldrán.

—¿Porqué no están muertos?

—Extraen el alimento de esto —agregó el sulidor y golpeó con la cola el líquido negro—. Se cuela por sus pieles. Los alimenta a ellos y también a lo que está dentro de ellos.

—Si los sacáramos de aquí y los enviáramos hasta el hotel en balsas...

—Morirían instantes después de que los retiráramos de la humedad que los rodea —explicó Na-sinisul—. No hay esperanzas de salvarlos.

—¿Cuándo termina?—inquirió la mujer.

Gundersen tembló. Toda su educación le impulsaba a no aceptar jamás lo definitivo de la muerte; cualquier humano en el que quedaran fragmentos de vida podía salvarse, reconstruirse a partir de unos pocos restos de células hasta lograr un facsímil bastante bueno del original. Pero en aquel planeta no existían medios para semejantes operaciones. Evaluó un remolino de alternativas: dejarlos allí para que cosas extrañas se alimentaran de sus entrañas; intentar llevarlos al puerto espacial para enviarlos al hospital tectogenético más cercano; librarlos de su desdicha de inmediato; intentar liberar sus cuerpos de lo que los mantenía esclavizados. Se arrodilló nuevamente. Se obligó a experimentar por segunda vez ese estremecimiento interior. Tocó el estómago, los muslos y las costillas huesudas de la mujer. Bajo la piel era una masa de extrañeza. Pero su mente aún funcionaba, a pesar de que había olvidado su nombre y su lengua materna. El hombre tenía más suerte: a pesar de que también estaba plagado, Dykstra no yacía allí, en la oscuridad, esperando la muerte que sólo se produciría cuando las larvas hospedadas surgieran de la carne humana esclavizada. ¿Era eso lo que deseaban

cuando rechazaron la repatriación de ese planeta que amaban? Un terráqueo puede quedar atrapado por Belzagor, había dicho Vol'himyor, el nildor nacido muchas veces. Pero ésa era una prisión demasiado literal.

El hedor a podredumbre corporal le provocó náuseas.

—Mata a los dos —pidió a Na-sinisul—. Y rápido.

—¿Son ésas las instrucciones que me das?

—Mátalos. Y arranca esa cosa de la pared y mácala también.

—No ha cometido ningún agravio —opinó el sulidor—. Sólo ha hecho lo que es natural para su especie. Al matar a estos dos, la despojaré de sus crías, pero no estoy dispuesto a despojarla también de su vida.

—Está bien —accedió Gundersen—. Entonces, sólo los terráneos. Pero hazlo rápido.

—Lo hago como acto de piedad, según tus órdenes directas —agregó Na-sinisul.

El sulidor se inclinó hacia delante y levantó un poderoso brazo. Las garras salvajes y encorvadas salieron completamente de sus vainas. La garra bajó dos veces.

Gundersen se obligó a mirar. Los cuerpos se quebraron como cáscaras secas; las cosas del interior se derramaron, deformes y descarnadas. Incluso en ese momento, a causa de algún reflejo inesperado, los dos cadáveres se contorsionaban y sacudían. Gundersen miró sus entrañas corroídas.

—¿Me oís? —inquirió—. ¿Estáis vivos o muertos?

La boca de la mujer se entreabrió pero no salió ningún sonido, de modo que no supo si se trataba de un intento por hablar o de una última convulsión de los nervios arrasados. Conectó su antorcha de fusión en alta energía y la paseó por la charca oscura. Soy la resurrección y la vida, pensó, reduciendo a cenizas a Dykstra, a la mujer que estaba a su lado y a las larvas inconclusas que se retorcían. Surgieron humos acres y asfixiantes; ni siquiera la antorcha destruía la humedad del edificio. Volvió a conectar la antorcha en el nivel de iluminación.

—Vamos —dijo Gundersen al sulidor, y salieron—. Siento deseos de quemar todo el edificio y de purificar este lugar.

—Lo sé —comentó Na-sinisul.

—Pero me lo impedirías.

—Te equivocas. Nadie en este mundo te impediría hacer algo.

Pero de qué serviría, se preguntó Gundersen interiormente. La purificación ya estaba cumplida. Había retirado de ese sitio a los únicos seres que eran ajenos.

Había dejado de llover. Gundersen se dirigió al expectante Srin'gahar —y preguntó:

—¿Me llevarás lejos de aquí?

Se reunieron con los cuatro nildores restantes. Como habían estado mucho tiempo allí y la región del renacimiento aún estaba muy lejos, reanudaron la marcha a pesar de que era de noche. Por la mañana, Gundersen oyó el estruendo que producían las Cataratas de Shangri-la a las que los nildores denominaban Du'jayukh.

Era como si una blanca muralla de agua cayera del cielo. Nada en la Tierra podía igualar los saltos triples de esa catarata mediante la cual el río Madden, o Seran'nee, caía quinientos metros, luego seiscientos y después otros quinientos, saltando de roca en roca en su descenso hacía el mar. Gundersen y los cinco nildores se detuvieron al pie de las cataratas, donde la violenta cascada caía en una amplia depresión rodeada de rocas y desde la cual el río serpentino seguía su curso sudeste; el sulidor se había despedido durante la noche y avanzaba hacia el norte por su propia ruta. Detrás de Gundersen, a la altura de su hombro derecho, se encontraba la llanura costera y detrás del izquierdo la meseta central. Ante él, en el punto más alto de las cataratas, comenzaba la meseta

norteña, las tierras altas que controlaban el acceso a la región de las brumas. Del mismo modo que una titánica hendidura norte-sur separaba la llanura costera de la meseta central, otra que corría de este a oeste dividía la meseta central y la llanura costera de las tierras altas que se alzaban más adelante.

Gundersen se bañó en un lagunajo cristalino que se encontraba apartado del tumulto de las cataratas y a continuación iniciaron el ascenso. La estación de Shangri-la —una de las avanzadas más importantes de la Compañía— era invisible desde abajo; se erigía a poca distancia de la cabecera de la catarata. Antaño habían existido estaciones intermedias al pie de la caída y en la cabecera de la catarata del medio, pero no se veían vestigios de esas estructuras: la selva las había devorado por completo en sólo ocho años. Un camino zigzagueante, con un sinfín de vericuetos, conducía a la cumbre. Cuando lo vio por primera vez, Gundersen supuso que era obra de los ingenieros de la Compañía, pero supo que se trataba de un lomo natural del costado de la meseta que los mismos nildores ampliaron y ensancharon para facilitar su travesía hacia el renacimiento.

El ritmo oscilante de su montura le produjo somnolencia; se aferró a los cuernos en forma de pomo de Srin'gahar y abrigó la esperanza de no caer a causa del amodorramiento. En una ocasión despertó súbitamente y descubrió que sólo estaba sujeto con la mano izquierda, mientras su cuerpo colgaba a medias sobre un precipicio que, como mínimo, tenía doscientos metros. En otro momento, también de somnolencia, sintió espuma fría y prestó atención para ver que la cascada del río pasaba a no más de doce metros de distancia. Los nildores se detuvieron a comer en la cabecera de la catarata más baja y Gundersen se lavó la cara con agua fría para quitarse la pesadez. Avanzaron. Ahora tuvo menos dificultades para permanecer despierto: el aire era más claro y fresca la brisa vespertina. Llegaron a la cabecera de las cataratas una hora antes del anochecer.

La estación de Shangri-la, aparentemente inalterada, se alzaba ante sus ojos: tres bloques desiguales y rectangulares de plástico oscuro y débilmente resplandeciente, un sombrío zigurat que aparecía en la orilla occidental del estrecho desfiladero por el que corría el río. Los simétricos jardines de plantas tropicales —creados hacía como mínimo cuarenta años por un olvidado jefe de sector— parecían primorosamente atendidos. En cada uno de los vericuetos del edificio existía una terraza descubierta que daba al río y todas estaban adornadas con plantas. Gundersen sintió que se le secaba la garganta y se le tensaba el estómago. Preguntó a Srin'gahar:

—¿Cuánto tiempo podemos quedarnos aquí?

—¿Cuánto tiempo deseas quedarte?

—Uno o dos días... aún no lo sé. Depende de cómo me reciban.

—Todavía no tenemos mucha prisa —explicó el nildor—. Mis amigos y yo acamparemos en el monte. Cuando sientas que ha llegado el momento de seguir la marcha, ven a vernos.

Los nildores se movieron lentamente en la penumbra. Gundersen se acercó a la estación. Se detuvo en la entrada del jardín. Aquí los árboles eran nudosos y arqueados, con largas frondas grises y plumosas que colgaban de sus ramas; la flora de las tierras altas era distinta a la del sur, aunque también aquí imperaba el verano eterno, al igual que en los verdaderos trópicos que habían quedado atrás. En el interior de la estación las luces centelleaban. Allí todo parecía sorprendentemente ordenado. El contraste con las ruinas de la estación de las serpientes y la podredumbre de pesadilla de la estación de los fungoides era evidente. Ni siquiera el jardín del hotel estaba tan bien cuidado. Cuatro ordenadas filas de velas del bosque rosadas, carnosas y de aspecto obscuro bordeaban el sendero que llegaba al edificio. Esbeltos y majestuosos árboles de flor de globo, cargados de gigantescos frutos, formaban pequeñas arboledas a derecha e izquierda. Había árboles, frutas amargas —exóticas aquí, importadas de los humeantes trópicos ecuatoriales— e imponentes flores espada totalmente brotadas, que alzaban sus largos y

brillantes estambres hacia el cielo. Las elegantes hiedras centelleantes y las enredaderas de nudo de especias se deslizaban por el terreno, aunque no de manera fortuita. Gundersen dio unos pasos y oyó el suave y triste suspiro de un arbusto de sensifrones, cuyas delicadas hojas peludas se enroscaron y encogieron cuando avanzó, se abrieron con cautela cuando terminó de pasar y volvieron a cerrarse cuando se giró para echarles una rápida mirada. Otros dos pasos y se topó con un pequeño árbol cuyo nombre no podía recordar, árbol de hojas lustrosas, rojas y aladas que levantaban el vuelo, apartándose de sus delicados tallos y encumbrándose; sus renuevos comenzaban a surgir instantáneamente. Era un jardín mágico. Pero contenía sorpresas. Más allá de la hiedra centelleante descubrió un manchón en forma de luna creciente de musgo atigrado, el monte bajo carnívoro y oriundo de la hostil meseta central. El musgo fue trasplantado a otras zonas del planeta —una parte de éste crecía descontrolada en el hotel de la costa— y Gundersen recordó que Seena lo aborrecía, del mismo modo que detestaba todos los productos de esa meseta repulsiva. Peor aún, al levantar la mirada para seguir el camino de las hojas que planeaban graciosamente, Gundersen vio grandes masas de jalea temblorosa, cubiertas de fibras neurales azules y rojas, colgando de algunos de los árboles más grandes: más vegetación carnívora, originaria de la meseta central. ¿Qué hacían esas plantas siniestras en aquel jardín encantado? Poco después tuvo la tercera prueba de que el terror de Seena hacia la meseta había desaparecido: por su senda cruzó uno de esos animales rollizos, ladrones de objetos pequeños, parecidos a la nutria, que les habían atormentado cuando quedaron varados. Se detuvo un instante, arrugó la nariz, irguió sus hábiles patas y buscó algo que birlar. Gundersen le silbó y la bestezuela se perdió en un matorral.

En ese momento, de un rincón a oscuras surgió una corpulenta figura bípeda y le interceptó el paso. Al principio Gundersen creyó que se trataba de un sulidor, pero comprendió que era un robot, probablemente un jardinero. Éste dijo pomposamente:

—Hombre, ¿por qué está aquí?

—Vengo de visita. Soy un viajero que busca alojamiento por esta noche,

—¿La mujer le espera?

—No. Pero se mostrará dispuesta a verme. Dígale que Edmund Gundersen está aquí.

El robot le analizó.

—Se lo diré. Permanezca donde está y no toque nada.

Gundersen esperó. Pasó un rato que le pareció enfermizamente largo. El crepúsculo se ahondó y salió una de las lunas. Algunos árboles del jardín se tornaron luminosos. Una serpiente de las del tipo que antaño se utilizaban como fuente del veneno cruzó sigilosamente el sendero delante de él y desapareció. La dirección del viento cambió, agitando la arboleda y llevándole el débil sonido de un coloquio de nildores no muy lejos de la orilla del río.

En ese momento, el robot regresó y dijo:

—La mujer le recibirá. Siga la senda y entre en la estación.

Gundersen subió los escalones. En la entrada vio plantas de extraño aspecto colocadas en macetas y dispersadas irregularmente, como si aguardasen su trasplante al jardín. Varias plantas agitaron sus zarcillos ante él o emitieron luz ávidamente en un intento de lograr que la presa curiosa se acercara fatalmente. Gundersen entró en la estación y, al no ver a nadie en la planta baja, se aferró a una escalera de caracol colgante y dejó que le subiera girando hasta la primera terraza. Notó que el interior de la estación estaba tan impecablemente cuidado como el exterior: todas las superficies limpias y brillantes, los murales decorativos sumamente pulcros, los artefactos de muchos mundos aún estaban colocados correctamente en sus estantes. Aquella estación había sido un lugar frecuentemente exhibido y se sorprendió de que resultase tan atractiva en los años de la decadencia de la presencia terrestre en Belzagor.

—¿Seena? —llamó Gundersen.

La encontró sola en la terraza, asomada a la barandilla. A la luz de las dos lunas, vio la hendidura profunda de sus nalgas y pensó que había decidido recibirlo desnuda; pero cuando ella se volvió, Gundersen notó que un extraño ropaje cubría la parte delantera de su cuerpo. Era una extensión pálida, gelatinosa, informe, de un tinte purpúreo y con la textura y el brillo que, supuso, podía tener una inmensa ameba. La masa central de la extensión abarcaba su estómago y sus costillas, dejando al descubierto sus caderas y nalgas; su pecho izquierdo también estaba desnudo, pero un ancho seudópodo ascendía hasta cubrir el derecho. La cosa era translúcida y Gundersen divisó claramente el ojo rojo de su pezón cubierto y el diminuto hueco de su ombligo. Al parecer, también estaba viva hasta cierto punto, ya que comenzó a fluir, aparentemente por decisión propia, y emitió lentos hilos nuevos que rodearon el muslo y la cadera derechos de Seena.

La rareza de esa prenda ceñidora le turbó. Con excepción de este detalle, ella parecía ser la Seena de siempre: había aumentado algunos kilos y sus pechos eran más llenos y sus caderas más anchas pero aún era una mujer guapa en el último florecimiento de la juventud. Sin embargo, la Seena de antes jamás habría permitido que semejante capricho tocara su piel.

Ella le miró con firmeza. La brillante cabellera negra caía por sus hombros, como antaño. Su rostro carecía de arrugas. Le miró honestamente y sin turbación, con los pies firmemente apoyados en el suelo, los brazos relajados y la cabeza erguida.

—Pensé que nunca volverías, Edmund —dijo. Su voz se había tornado más grave, lo que también indicaba algún ahondamiento interior. Cuando le vio por última vez, ella solía hablar con mucha rapidez, agudizaba nerviosamente el tono de voz pero ahora, serena y maravillosamente equilibrada, lo hacía con la resonancia de un magnífico violonchelo. Inquirió—: ¿Por qué has vuelto?

—Es una larga historia. Seena, sinceramente ni yo la entiendo por completo. ¿Puedo pasar la noche aquí?

—Naturalmente. ¡Qué pregunta sin sentido!

—Seena, tienes muy buen aspecto. De algún modo esperaba... después de ocho años...

—¿Suponías que me había convertido en una bruja?

—No. No exactamente —sus miradas se encontraron y bruscamente Gundersen quedó conmovido por la rigidez que encontró en los ojos de Seena: una mirada fija e inflexible, un brillo que le recordó aterradoramente la expresión de los ojos de Dykstra y de los de su mujer en la última estación de la selva—. No... no sé qué esperaba —respondió.

—El tiempo también ha sido benévolo contigo, Edmund. Ahora tienes ese aspecto severo y disciplinado... los años se han llevado todas las debilidades, sólo queda la esencia de la hombría. Nunca has tenido mejor aspecto.

—Muchas gracias.

—¿No me besas? —preguntó Seena.

—Me han dicho que te has casado.

Ella dio un respingo y apretó un puño. La cosa que la cubría también reaccionó, ya que su color se oscureció y emitió un seudópodo para rodear, aunque no para ocultar, su pecho desnudo.

—¿Dónde te has enterado?—preguntó.

—En la costa. Van Beneker me contó que te casaste con Jeff Kurtz.

—Sí. A decir verdad, no mucho después de tu partida.

—Humm. Comprendo. ¿Jeff está aquí?

Seena ignoró la pregunta.

—¿No quieres besarme o por principio no besas a las mujeres casadas?

Gundersen se obligó a reír. Torpe y tímidamente se acercó a Seena, la cogió suavemente de los hombros y la rodeó con los brazos. Era una mujer alta. Él inclinó la

cabeza e intentó apoyar sus labios en los de ella sin que ninguna parte de su cuerpo entrara en contacto con la ameba. Seena se apartó antes del beso.

—¿De qué tienes miedo? —preguntó.

—Lo que llevas puesto me pone nervioso.

—¿El resbalador?

—Si así se llama...

—Así lo llaman los sulidores —explicó Seena—. Viene de la meseta central. Se adhiere a uno de los grandes mamíferos de la zona y vive metabolizando la transpiración. ¿No te parece fabuloso?

—Creí que detestabas la meseta.

—Ah, vieja historia. Estuve allí muchas veces. Traje el resbalador cuando regresé del último viaje. Es tanto un animal de compañía como una prenda de vestir. Mira —lo tocó levemente y el resbalador sufrió una sucesión de cambios de color, expandiéndose al aproximarse al extremo azul del espectro y contrayéndose al aproximarse al rojo. En su mayor extensión formaba una túnica completa que cubría a Seena desde el cuello hasta los muslos. Gundersen notó algo oscuro y palpitante en el corazón de la cosa, que reposaba encima de su estómago y ocultaba el triángulo púbico: quizá su centro nervioso—. ¿Por qué te desagrada? —preguntó—. Ven, apoya tu mano.

Gundersen no se movió. Seena le cogió la mano y se la llevó a un costado del cuerpo; él sintió la superficie seca y fresca del resbalador y se sorprendió de que no fuese viscosa. Seena subió sin resistencia la mano de Gundersen hasta llegar al globo lleno de uno de los pechos y el resbalador se contrajo instantáneamente, dejando la carne firme y pálida en contacto con sus dedos. Gundersen lo contuvo un instante e, incómodo, levantó la mano. Los pezones de Seena se habían erguido y las ventanas de su nariz se ensancharon.

—El resbalador es muy interesante —comentó Gundersen—, pero no me gusta cómo te queda.

—De acuerdo. —Se tocó el estómago, apenas por encima del centro de ese ser. Éste se encogió interiormente, bajó por una de sus piernas en un movimiento rápido y ondulante, se deslizó y se detuvo en un extremo de la terraza—. ¿Así está mejor? —preguntó Seena, ahora desnuda, brillante de sudor y con los labios húmedos.

La tosquedad de su acercamiento le sorprendió. Ninguno de los dos se había preocupado demasiado por la desnudez, pero ese tipo de exhibicionismo contenía una deliberada agresividad sexual que parecía incongruente con lo que él consideraba la personalidad de ella. Es verdad que eran viejos amigos, antaño habían sido amantes durante varios años y durante muchos meses de esa época estuvieron casados en todos los aspectos excepto el documental, pero incluso así la ambigüedad de su separación debió destruir toda intimidad compartida. Al margen de la cuestión de su matrimonio con Kurtz, el hecho de que no se habían visto desde hacía ocho años parecía dictar la necesidad de un retorno más gradual a la intimidad física. Gundersen sintió que al mostrarse jadeantemente disponible a los pocos minutos de su inesperada llegada, ella cometía una violación que no correspondía a la esfera moral sino a la estética.

—Ponte algo —pidió Gundersen suavemente—, pero que no sea el resbalador. No puedo sostener una conversación seria contigo mientras agitas de un lado a otro esas tentaciones.

—¡El pobre y convencional Edmund! ¡De acuerdo! ¿Has cenado?

—No.

—Haré que nos sirvan la cena aquí fuera. Beberemos algo. Enseguida regreso.

Seena entró en el edificio. El resbalador quedó en la terraza; se deslizó inseguro hacia Gundersen, como si se ofreciera a trepar y a ser usado un rato por él, pero el terráqueo lo miró fijamente y le transmitió sentimientos suficientes para lograr que el animal mesetario se apartara a toda velocidad. Un minuto después apareció un robot con una bandeja que

contenía dos cócteles dorados. Ofreció un trago a Gundersen, dejó la otra copa sobre la barandilla y se retiró silenciosamente. Después apareció Seena, púdicamente cubierta por una suave camisa de color gris que le caía desde los hombros hasta los tobillos.

—¿Te gusta más así?

—Provisionalmente. —Entrechocaron las copas; ella sonrió; se llevaron la bebida a los labios. Gundersen agregó—: Has recordado que no me gustan las jeringas sónicas.

—Edmund, olvido muy pocas cosas.

—¿Cómo es la vida aquí?

—Serena. Jamás imaginé que mi vida pudiera ser tan tranquila. Leo mucho, ayudo a los robots a cuidar el jardín, ocasionalmente tengo huéspedes, a veces viajo. A menudo transcurren varias semanas sin que vea a otro ser humano.

—¿Y tu marido?

—A menudo transcurren varias semanas sin que vea a otro ser humano —repitió.

—¿Estás sola aquí? ¿Los robots y tú?

—Totalmente sola.

—Pero seguramente las demás personas de la Compañía vienen aquí con bastante frecuencia.

—Algunas. Ya no quedamos muchos —explicó Seena—. Creo que menos de cien. Unos seis de ellos residen en el Mar de Polvo. Van Beneker está en el hotel. Cuatro o cinco en la vieja estación de la hendidura. Y así sucesivamente... Pequeñas islas de terráqueos muy esparcidas. Existe una especie de circuito social, pero está disperso.

—¿Era esto lo que querías cuando elegiste quedarte aquí? —preguntó Gundersen.

—No sabía lo que quería, salvo que deseaba quedarme. Y volvería a hacerlo. Aun sabiendo todo lo que sé, haría todo del mismo modo.

—En la estación situada al sur de aquí —agregó Gundersen—, bajo las cataratas, vi a Harold Dykstra...

—Henry Dykstra.

—A Henry y a una mujer que no conocía.

—Pauleen Mazor. Era una de las muchachas de la aduana en tiempos de la Compañía. Supongo que Henry y Pauleen son mis vecinos más próximos, pero hace años que no los veo. Ya no voy al sur de las cataratas y ellos no han venido aquí.

—Estaban muertos, Seena.

—¿Cómo?

—Fue como internarse en una pesadilla. Un sulidor me condujo hasta ellos. La estación estaba hecha una ruina, verdín y fungoides por todas partes, y algo incubaba en el interior de ellos, las larvas de una especie de esponja en forma de cesta que colgaba de una pared y goteaba un aceite negro...

—Ocurren cosas así —comentó Seena, que no parecía perturbada—. Tarde o temprano, este planeta se apodera de todo, aunque siempre de un modo distinto.

—Dykstra estaba inconsciente y la mujer suplicaba que la librasen de su desdicha y...

—Dijiste que estaban muertos.

—No cuando llegué. Le pedí al sulidor que los matara. No había posibilidad de salvarlos. Él los abrió y después yo les pasé la antorcha.

—Tuvimos que hacer lo mismo por Gio' Salamone —agregó Seena—. Estaba en Punta de Fuego, fue al Mar de Polvo y un tipo de parásito cristalino se le metió en una herida. Cuando Kurtz y Ced Cullen lo encontraron, era todo cubos y prismas, y salientes de los más maravillosos minerales iridiscentes asomaban por todos los poros de su piel. Aún siguió con vida durante un tiempo. ¿Otro trago?

—Sí, por favor.

Seena llamó al robot. Ya era noche plena. Apareció una tercera luna.

Seena dijo en voz queda:

—¡Soy tan dichosa de que hayas venido esta noche! Fue una sorpresa maravillosa.

—¿Kurtz no está aquí?

—No —replicó—. Se ha ido y no sé cuándo regresará.

—¿Cómo ha sido la vida aquí para él?

—Creo que, en términos generales, ha sido muy feliz. Naturalmente, es un hombre muy raro.

—Sí, lo es —coincidió Gundersen.

—Sospecho que tiene alguna cualidad de santo.

—Seena, habría sido un santo sombrío y escalofriante.

—Algunos santos son así. No todos han de parecerse a san Francisco de Asís.

—¿Acaso la crueldad es una de las características deseables en un santo? —Kurtz veía la crueldad como una fuerza dinámica. Se convirtió en un artista de la crueldad.

—Lo mismo hizo el Marqués de Sade y nadie le canonizó.

—Tú sabes a qué me refiero —insistió Seena—. En una ocasión me hablaste de Kurtz y le llamaste ángel caído. Se trata exactamente de eso. Le vi en medio de los nildores, danzando con cientos de ellos y vi cómo se le acercaron y prácticamente lo reverenciaron. Allí estaba, hablando con ellos, acariciándolos. Pero también les procuraba las cosas más destructivas y a ellos les encantaba.

—¿Qué tipo de cosas destructivas?

—No tienen importancia. Supongo que no las aprobarías. A veces... les daba drogas.

—¿El veneno de las serpientes?

—A veces.

—¿Dónde está ahora? ¿Ha salido a jugar con los nildores?

—Hace un tiempo que está enfermo. —En ese momento el robot servía la cena, Gundersen miró con desconfianza las verduras que tenía en el plato. Seena agregó—: Son totalmente comestibles. Las cultivo yo misma. Soy toda una granjera.

—No las recuerdo.

—Proviene de la meseta.

Gundersen meneó la cabeza.

—Cuando pienso cuánto te repugnaba la meseta, cuán rara y espeluznante te pareció aquella vez que tuvimos que hacer un aterrizaje forzoso...

—Entonces era una niña. ¿Cuándo ocurrió? ¿Hace once años? Fue poco después de conocerte. Yo sólo tenía veinte años. Pero en Belzagor has de derrotar a lo que te asusta o te derrotan. Regresé una y otra vez a la meseta. Dejó de resultarme extraña y por eso dejó de asustarme y por eso llegué a quererla. Traje aquí, para que vivieran conmigo, muchas de sus plantas y animales. Es tan distinta al resto de Belzagor... aislada de todo lo demás, casi ajena.

—¿Fuiste allí con Kurtz?

—En ocasiones. Otras veces con Ced Cullen. Y la mayoría de las veces sola.

—Cullen —dijo Gundersen—. ¿Le ves a menudo?

—Sí. El, Kurtz y yo hemos formado una especie de triunvirato. Casi ha sido mi otro marido. Me refiero en un sentido espiritual. Y también físico en ocasiones, pero eso no es tan importante.

—¿Dónde está Cullen ahora? —inquirió y miró atentamente sus ojos severos y brillantes.

La expresión de Seena se ensombreció.

—En el norte, en la región de las brumas. —contestó ella.

—¿Qué hace allí?

—¿Por qué no vas y se lo preguntas? —propuso.

—Me gustaría hacerlo —respondió Gundersen—. A decir verdad, estoy de viaje hacia la región de las brumas y ésta es una parada sentimental en el camino. Viajo con cinco nildores que se dirigen al renacimiento. Han acampado en el monte, por aquí cerca.

Ella abrió una botella de vino verdigris y mohoso y le sirvió una copa.

—¿Por qué quieres ir a la región de las brumas?—preguntó tensamente.

—Por curiosidad. Supongo que por el mismo motivo que tuvo Cullen.

—No creo que él haya ido por curiosidad.

—¿Quieres ser más explícita?

—Preferiría no hacerlo —replicó Seena.

La conversación desembocó en un prolongado silencio. Hablar con Seena sólo llevaba a trazar círculos, pensó Gundersen. Su nueva serenidad podía conducir a la locura. Sólo le hablaba de lo que le interesaba y jugaba con él, disfrutando aparentemente del contacto de su dulce voz de contralto con el aire nocturno, sin comunicar la menor información. Ésta no era una Seena como la que él conoció. La muchacha que él había amado era atractiva y fuerte, pero no astuta y reservada; había poseído un aire de inocencia que ahora parecía totalmente perdido. Quizá Kurtz no fuese el único ángel caído de ese planeta.

—¡Ha salido la cuarta luna! —exclamó Gundersen súbitamente.

—Sí, por supuesto. ¿Qué tiene de sorprendente?

—Rara vez se ven cuatro lunas, incluso en esta latitud.

—Ocurre como mínimo diez veces al año. ¿Por qué te asombras tanto? Dentro de un rato aparecerá la quinta y...

Gundersen jadeó.

—¿Ésta es la noche?

—Sí. La Noche de las Cinco Lunas.

—¡Nadie me lo dijo!

—Tal vez no lo preguntaste.

—Me la perdí dos veces porque estaba en Punta de Fuego. Una vez estaba en el mar y otra en la región sureña de las brumas, en aquella ocasión en que cayó el helicóptero. Seena, sólo logré verla una sola vez, aquí mismo, hace diez años, contigo. Cuando las cosas estaban en su mejor momento para nosotros. ¡Y ahora estoy aquí de manera casual y ocurre otra vez!

—Pensé que lo habías hecho deliberadamente para conmemorar aquella ocasión.

—No, no, es pura coincidencia.

—Entonces se trata de una feliz coincidencia.

—¿Cuándo saldrá?

—Aproximadamente dentro de una hora.

Gundersen miró los cuatro puntos brillantes que navegaban por los cielos. Había transcurrido tanto tiempo que olvidó por dónde debía salir la quinta luna. Su órbita era retrógrada, pensó. Además, era la más brillante de las lunas, con una superficie de hielo de alto albedo, suave como un espejo.

Seena volvió a llenarle la copa. Habían terminado de comer.

—Discúlpame —dijo ella—. Regresaré enseguida.

A solas, Gundersen estudió el firmamento e intentó comprender a esa Seena extrañamente cambiada, a esa misteriosa mujer cuyo cuerpo se había vuelto más voluptuoso y cuya alma, al parecer, se había tornado de piedra. Ahora comprendió que la rigidez había estado siempre en su interior: por ejemplo, al separarse, cuando él pidió el traslado a la Tierra y ella se negó tajantemente a abandonar el Planeta de Holman. Te quiero, había dicho, y siempre te querré, pero aquí me quedo. ¿Por qué? ¿Por qué? Porque quiero quedarme, fue su respuesta. Y Seena se quedó, pero él era igualmente testarudo y partió sin ella. Y la última noche de Gundersen en Belzagor durmieron juntos en la playa, cerca del hotel, de modo que él aún tenía en la piel el calor de su cuerpo cuando subió a la nave del retorno. Ella le amaba y él la amaba, pero se separaron porque Gundersen carecía de porvenir en aquel planeta y Seena consideraba que todo su futuro estaba allí. Ella se había casado con Kurtz. Había explorado la desconocida meseta. Hablaba con una magnífica voz nueva y profunda, permitía que extrañas amebas

se aferraran a sus muslos y se encogía de hombros ante la noticia de que dos terráqueos que vivían en las vecindades habían muerto de una manera espantosa. ¿Era todavía Seena o alguna copia sutil?

Los bramidos de los nildores llegaron en medio de la profunda noche. Gundersen también oyó otro sonido, más cercano, una especie de gruñido resoplante y ahogado que le resultó totalmente desconocido. Parecía un quejido de dolor, aunque quizá sólo fuera producto de su imaginación. Probablemente se trataba de una de las bestias de la meseta traídas por Seena, un animal que olisqueaba en el jardín en busca de raíces sabrosas. Oyó ese sonido dos veces más y luego cesó.

Pasaba el tiempo y Seena no volvía. Entonces Gundersen vio aparecer plácidamente en el cielo la quinta luna, astro del tamaño de una gran moneda de plata y tan brillante que encandilaba. Las cuatro lunas restantes danzaron a su alrededor —dos de ellas meros puntitos y las otras dos más imponentes— y las sombras de las luces lunares se quebraban y volvían a quebrarse a medida que los planos de brillo se entrecruzaban. Los cielos lanzaron luz sobre el planeta en forma de heladas cascadas. Asió la barandilla de la terraza y rezó mudamente para que las lunas siguieran su camino; al igual que Fausto, deseó gritar al momento fugaz: ¡quédate, quédate para siempre, quédate, eres hermosa! Pero las lunas se movieron, impulsadas por los mecanismos newtonianos ocultos; sabía que, en una hora, dos de las lunas desaparecerían y el encanto disminuiría. ¿Dónde estaba Seena?

—¿Edmund? —preguntó ella a sus espaldas.

Estaba nuevamente desnuda y, una vez más, el resbalador se encontraba adherido a su cuerpo, cubriendo sus costillas y emitiendo una larga y delgada proyección que sólo rodeaba el pezón de cada pecho. La luz de las cinco lunas hacía centellear y brillar su piel aleonada. En ese momento ella no le pareció tosca ni abiertamente agresiva; era perfecta en su desnudez, el momento era perfecto y se acercó a ella sin vacilación. Gundersen se desvistió rápidamente, apoyó las manos en las caderas de Seena, tocando el resbalador, y el extraño animal comprendió, pues se apartó obedientemente del cuerpo de ella: un cinturón de castidad infiel a su tarea. Ella se inclinó hacia Gundersen, balanceando los pechos como campanas carnosas; él la besó aquí, allí y allá y se dejaron caer hasta el suelo de la terraza, hasta la piedra fría y uniforme.

Los ojos de Seena permanecieron abiertos y más fríos que el suelo, más fríos que la luz cambiante de las lunas incluso en el momento en que él la penetró.

Pero su abrazo no contenía frialdad. Sus cuerpos se sacudieron y enmarañaron, la piel de Seena era suave y hambriento su beso y los años se esfumaron hasta que de nuevo eran los viejos tiempos, los días felices. En el momento culminante, él volvió a percibir débilmente ese extraño gruñido. La abrazó impetuosamente y cerró los ojos.

Más tarde descansaron juntos y mudos bajo la luz de las lunas hasta que la quinta luna brillante cumplió su recorrido y la Noche de las Cinco Lunas se tornó como cualquier noche.

Durmió solo en una de las habitaciones de huéspedes situada en la planta más elevada de la estación. Despertó inesperadamente temprano, vio la salida del sol por encima del desfiladero y bajó a dar un paseo por los jardines, en los cuates aún brillaba el rocío. Caminó hasta la orilla del río en busca de sus compañeros nildores, pero no estaban a la vista. Durante largo rato permaneció junto al río y observó el irresistible impulso descendente de ese inmenso volumen de agua. ¿Había peces en ese tramo del río?, se preguntó. ¿Cómo lograban eludir la caída? Sin duda alguna, cualquier cosa atrapada en ese majestuoso fluir no tendría más alternativa que seguir el camino que le dictaba y dejarse arrastrar hacia la terrible catarata.

Finalmente regresó a la estación. Bajo la luz matinal, el jardín de Seena le pareció menos siniestro. Ahora las plantas y animales de la meseta le parecían extraños y no amenazantes; cada distrito geográfico de ese planeta contaba con fauna y flora típicas,

eso era todo, y los seres de la meseta no eran responsables de que el hombre hubiese elegido sentirse incómodo entre ellos.

Un robot salió a recibirle en la primera terraza y le ofreció el desayuno.

—Esperaré a la mujer —respondió Gundersen.

—No aparecerá hasta mucho más tarde.

—Es raro, no solía dormir tanto.

—Está con el hombre —agregó voluntariamente el robot—. A esta hora se queda con él y le consuela.

—¿Qué hombre?

—El hombre Kurtz, su marido.

Azorado, Gundersen preguntó:

—¿Kurtz está aquí, en la estación?

—Se encuentra enfermo en su habitación.

Ella había dicho que se había ido a algún sitio, recordó Gundersen. También dijo que no sabía cuándo regresaría.

—¿Estaba anoche en su habitación?—preguntó al robot.

—Sí.

—¿Cuánto hace que ha regresado desde su último viaje?

—Un año en el solsticio —replicó el robot—. Quizá debería consultar a la mujer sobre estos temas. Dentro de un rato se reunirá con usted. ¿Le traigo el desayuno?

—Sí —aceptó Gundersen. Seena no tardó en llegar. Diez minutos después de que él terminara los zumos, las frutas y el pescado frito que el robot le había llevado, ella apareció en la terraza, ataviada con una túnica blanca y diáfana que ponía de relieve las líneas de su cuerpo. Al parecer había dormido bien. Su piel estaba limpia y brillante, su paso era enérgico y su pelo oscuro se agitaba libremente a causa de la brisa, pero la expresión extrañamente rígida y obsesiva de sus ojos no había cambiado y desentonaba con la inocencia del nuevo día.

—El robot me dijo que no te esperara para desayunar. Explicó que no bajarías durante un rato —dijo Gundersen.

—Está bien. Es verdad que normalmente no bajo tan temprano. ¿Quieres que vayamos a nadar?

—¿Al río?

—¡No, tonto!

Seena se quitó la túnica y bajó corriendo los escalones del jardín. Gundersen permaneció inmóvil un instante, atrapado en el ritmo de sus brazos que se balanceaban y sus nalgas traqueteantes; después la siguió. En un recodo del sendero en el que no había reparado, ella giró a la izquierda y se detuvo ante una piscina circular que parecía construida en la roca viva de la orilla del río. Cuando él llegó, Seena se arrojó al agua en una perfecta zambullida de arco y pareció quedar suspendida unos instantes, flotando por encima del agua oscura y con los pechos convertidos en una sorprendente redondez a causa de la fuerza de gravedad. Luego se sumergió. Antes de que ella tuviera tiempo de subir a tomar aire, Gundersen se desnudó y se zambulló en la piscina junto a Seena. A pesar del clima moderado, el agua estaba muy fría.

—Proviene de un manantial subterráneo —explicó Seena—. ¿No es maravillosa? Parece un rito de purificación.

Un zarcillo gris coronado de garras que parecían de caucho surgió del agua detrás de ella. Gundersen no encontró palabras para advertírselo. Lo señaló con cortas sacudidas de dos dedos y emitió agudos chillidos de horror. Un segundo zarcillo surgió de las profundidades y se encumbró sobre Seena. Ésta se volvió sonriente y pareció acariciar a un animal corpulento; hubo una agitación de las aguas y luego los zarcillos desaparecieron.

—¿Qué era eso?

—El monstruo de la piscina —respondió—. Me lo trajo Ced Cullen hace dos años, como regalo de cumpleaños. Es una medusa de la meseta. Viven en lagos y agujonean cosas.

—¿Qué tamaño tiene?

—Bueno, yo diría que el tamaño de un pulpo grande. Es muy afectuosa. Quería que Ced me consiguiera un compañero para ella, pero no lo hizo antes de partir para el norte y supongo que tendré que hacerlo yo misma y pronto. El monstruo se siente solitario.

Seena salió de la piscina y se estiró en una losa de piedra negra para secarse bajo el sol. Gundersen la siguió. Desde ese lado de la piscina en el que la luz penetraba en el agua en ángulo recto, logró distinguir en el fondo una forma corpulenta y de muchos miembros: el regalo de cumpleaños de Seena.

—¿Te molestaría decirme dónde puedo encontrar a Ced? —preguntó Gundersen.

—En la región de las brumas.

—Ya lo sé. Pero es un lugar muy grande. ¿Algún sitio en especial?

Seena rodó hasta ponerse boca arriba y dobló las rodillas. La luz solar convertía en prismas las gotas de agua de sus pechos. Después de un prolongado silencio, dijo:

—¿Por qué tienes tanto interés en encontrar a Ced?

—Estoy realizando un viaje sentimental para visitar a viejos amigos. En el pasado Ced y yo estuvimos muy unidos. ¿No es razón suficiente para que lo busque?

—No es razón para traicionarlo, ¿verdad?

Él la miró fijamente. Ahora los ojos impetuosos estaban cerrados y los pesados montículos de sus pechos ascendían y caían lenta y serenamente.

—¿Qué quieres decir?

—¿Acaso los nildores no te dieron instrucciones para que lo buscaras?

—¿Qué clase de tonterías dices? —barbotó Gundersen, pero no sonaba convincentemente indignado ni siquiera para sí mismo.

—¿Por qué has de fingir? —preguntó Seena, hablando todavía desde el interior de ese centro inexpugnable de seguridad absoluta—. Los nildores quieren que lo traigas de regreso. Según un tratado, están impedidos de ir allá y cogerlo. Los sulidores no tienen intención de entregarlo ni de conceder una extradición. Ciertamente, ninguno de los terráqueos que habitan este planeta lo cogerá. Ahora bien, como forastero necesitas autorización de los nildores para ir a la región de las brumas y como tú cumples las reglas probablemente has solicitado esa autorización y no creo que haya motivos por los cuales deban concederte favores a menos que aceptes hacer algo por ellos. ¿No es así?

—¿Quién te contó todo eso?

—Créeme que lo deduje por mis propios medios.

Gundersen apoyó la cabeza en una mano y extendió admirado la otra para tocarle el muslo. La piel de Seena estaba seca y tibia. Apoyó delicadamente la mano en la carne turgente y después lo hizo con firmeza. La mujer no reaccionó. Él le preguntó en voz baja:

—¿Es demasiado tarde para que lleguemos a un acuerdo?

—¿De qué se trata?

—De un pacto de no agresión. Desde que llegué, nos hemos defendido con respuestas evasivas. Pongamos fin a las hostilidades. Yo te he ocultado cosas y tú también pero, ¿de qué sirve? ¿Por qué no podemos ayudarnos? Somos dos seres humanos que están en un planeta mucho más desconocido y peligroso de lo que la mayoría de las personas supone y si somos incapaces de proporcionarnos algo de ayuda y consuelo mutuos, ¿para qué sirven los lazos humanos?

Seena comenzó a recitar un poema:

—Amor, seamos sinceros entre nosotros: por el mundo, que parece abrirse ante nosotros como una tierra de ensueño, ¡tan variopinto, tan hermoso, tan nuevo...

Las palabras del viejo poema surgieron del manantial de la memoria de Gundersen. Su voz resonó:

—... no tiene realmente encanto, ni amor, ni luz, ni certidumbre, ni paz, ni alivio para el dolor; y aquí estamos en una misteriosa llanura, barrida por confusas alarmas de combate y evasión donde... donde...

Seena concluyó el poema:

—... donde ejércitos ignorantes se baten por la noche. Sí, Edmund. Es muy típico de ti confundir los versos en el momento crucial, en el clímax final.

—¿Entonces celebramos el pacto de no agresión?

—Lo siento. No debí decirlo. —Se giró hacia él, le apartó la mano de su muslo, la apretó tiernamente entre sus pechos y la rozó con los labios—. De acuerdo, hemos estado jugando. Ahora los juegos han terminado y sólo diremos la verdad, pero tú serás el primero en hacerlo. ¿Te pidieron los nildores que trajeras a Ced Cullen de la región de las brumas?

—Sí —respondió Gundersen—. Fue la condición que me pusieron.

—¿Y prometiste hacerlo?

—Planteé algunas reservas y objeciones, Seena. Si no quiere venir por su voluntad, el honor no me obliga a traerlo por la fuerza. Pero al menos tengo que encontrarlo. A eso me he comprometido. Por eso vuelvo a pedirte que me digas dónde ha de buscarlo.

—Lo ignoro —dijo ella—. No tengo la menor idea. Podría estar en cualquier parte.

—¿Dices la verdad?

—La verdad —respondió, y durante unos instantes la aspereza desapareció de su mirada y su voz no fue la de un violonchelo sino la de una mujer.

—¿Podrías explicarme al menos por qué huyó y por qué le buscan con tanta vehemencia?

Seena demoró en responder. Finalmente dijo:

—Hace aproximadamente un año fue a la meseta central en uno de sus viajes de rutina como coleccionista. Dijo que pensaba traerme otra medusa. La mayoría de las veces le acompañaba, pero esta vez Kurtz estaba enfermo y tuve que quedarme. Ced llegó a una zona de la meseta que nunca había visitado y encontró un grupo de nildores consagrados a una especie de ceremonia religiosa. Se topó con ellos y, evidentemente, profanó el ritual.

—¿El renacimiento? —inquirió Gundersen,

—No, sólo practican el renacimiento en la región de las brumas. Al parecer, era otra cosa igualmente importante. Los nildores se enfurecieron. Ced apenas logró salir con vida. Regresó y me dijo que tenía un serio problema, que los nildores le buscaban, que había cometido algo así como un sacrilegio y que debía refugiarse. Después se fue al norte y un comando de nildores le persiguió hasta la frontera. Desde entonces no sé nada de Ced. Carezco de contactos con la región de las brumas. Es todo lo que puedo decirte.

—No me has explicado qué tipo de sacrilegio cometió —puntualizó Gundersen.

—Es que no lo sé. Ignoro de qué rito se trataba y de lo que él hizo para interrumpirlo. Te he contado todo lo que Ced me dijo. ¿Me crees?

—Te creo —replicó Gundersen y sonrió—. Juguemos ahora otro juego y yo llevaré la delantera. Anoche me dijiste que Kurtz estaba de viaje, que hacía mucho tiempo que no le veías y que no sabías cuándo regresaría. También dijiste que había estado enfermo, pero te apartaste rápidamente de ese tema. Esta mañana, el robot que me sirvió el desayuno explicó que tardarías en bajar pues Kurtz estaba enfermo y te encontrabas junto a él en su habitación, como haces todas las mañanas a esa hora. Normalmente los robots no mienten.

—El robot no mentía pero yo sí.

—¿Porqué?

—Para protegerlo de ti —repuso Seena—. Está muy mal y no quiero que sea perturbado. Sabía que si te decía que estaba aquí, querrías verlo. No se encuentra con fuerzas suficientes para recibir visitas. Edmund, fue una mentira inocente.

—¿Qué le ocurre?

—No lo sabemos con certeza. Ya sabes que no quedan muchos servicios médicos en este planeta. Conseguí un diagnostat, pero no me proporcionó datos útiles cuando sometí a Kurtz a un examen. Supongo que podría describir su enfermedad como un tipo de cáncer, pero no es cáncer lo que tiene.

—¿Puedes describir los síntomas?

—¿Para qué? Su cuerpo comenzó a cambiar. Él se convirtió en algo raro, horrible y aterrador y no hace falta que conozcas los detalles. Si pensaste que lo que le ocurrió a Dykstra y a Pauleen era horrible, ver a Kurtz te removería hasta las entrañas. Pero no permitiré que le veas. Lo hago tanto para protegerlo a él de ti como a la inversa. Será mejor que no le veas. —Seena se sentó en la losa con las piernas cruzadas y desenmarañó los mechones húmedos y enredados de su cabellera. Gundersen pensó que nunca la había visto tan bella como en ese momento, cubierta únicamente por la luz de un sol ajeno: su carne tensa, rosada y brillante y su cuerpo flexible, armonioso y perfecto. ¿Acaso la impetuosidad de sus ojos era la única discordancia? ¿Provenía de ver todas las mañanas el horror en que Kurtz se había convertido? Después de un prolongado silencio Seena agregó—: Kurtz es castigado por sus pecados.

—¿Crees realmente en lo que acabas de decir?

—Sí —repuso—. Creo que los pecados existen y que hay un justo castigo para ellos.

—¿También crees que un viejecito de barba blanca está arriba, en el cielo, apuntando los tantos de todos, dirigiendo el espectáculo y anotando un adulterio aquí, una mentira allá, una actitud orgullosa?

—No tengo idea de quién dirige el espectáculo —afirmó Seena—. Ni siquiera estoy segura de que alguien lo haga. No te despistes, Edmund: no intento importar a Belzagor la teología medieval. No te hablaré del Padre, del Hijo ni del Espíritu Santo, aunque diré que algunos principios fundamentales se aplican a todo el Universo. Simplemente sostengo que aquí, en Belzagor, vivimos en presencia de algunos valores morales absolutos característicos del planeta y que si un extranjero viene a Belzagor y los transgrede, lo lamentará. Este mundo no es nuestro, nunca lo fue, nunca lo será y los que vivimos aquí nos encontramos en un estado constante de peligro porque no comprendemos las reglas básicas,

—¿Qué pecados cometió Kurtz?

—Nombrarlos me llevaría toda la mañana —respondió—. Algunos ofendían a los nildores y otros pecados se relacionaban con su propio espíritu.

—Todos cometimos pecados contra los nildores —sostuvo Gundersen.

—En cierto sentido, sí. Fuimos orgullosos y estúpidos, no logramos captar su auténtico valor y los usamos despiadadamente. Sí, obviamente ése es un pecado, un pecado que nuestros antepasados cometieron a lo largo y a lo ancho de la Tierra mucho antes de que saliéramos al espacio. Pero Kurtz poseía una mayor capacidad de pecado que los demás pues era un hombre superior. Una vez que caen, los ángeles tienen que recorrer una distancia mayor.

—¿Qué le hizo Kurtz a los nildores? ¿Los asesinó? ¿Los cortó en pedazos? ¿Los azotó?

—Ésos son pecados contra sus cuerpos —sostuvo Seena—. Hizo cosas peores.

—Cuéntame.

—¿Sabes lo que ocurría en la estación de las serpientes, al sur del puerto espacial?

—Estuve allí algunas semanas con Kurtz y Salamone —explicó Gundersen—. Hace mucho tiempo, cuando era un novato aquí, cuando tú todavía eras una niña en la Tierra. Los vi llamar a las serpientes de la selva, extraerles el veneno puro y darles el líquido a los nildores para que lo bebieran. Y les vi a ellos mismos beber el veneno.

—¿Y entonces qué ocurría?

Gundersen meneó la cabeza.

—Jamás he podido comprenderlo. Cuando probé el veneno con ellos, tuve la ilusión de que los tres nos convertíamos en nildores. Y de que tres nildores se convertían en nosotros. Yo tenía una trompa, cuatro patas, colmillos, púas. Todo parecía distinto: veía a través de ojos nildores. Después aquello cesó, volví a ocupar mi propio cuerpo y experimenté una terrible sacudida de culpa, de vergüenza. No logré descubrir si había sido una verdadera metamorfosis corporal o una alucinación.

—Fue una alucinación —informó Seena—. El veneno abrió tu mente, tu alma, y te permitió meterte en la conciencia del nildor al mismo tiempo que éste penetraba en la tuya. Durante un rato, ese nildor creyó ser Edmund Gundersen. Semejante ensueño constituye un gran éxtasis para los nildores.

—¿Entonces es ése el pecado de Kurtz? ¿Proporcionar éxtasis a los nildores?

—El veneno de las serpientes también se utiliza en la ceremonia del renacimiento. Lo que Kurtz, Salamone y tú hadáis en la selva era realizar una versión muy moderada, muy moderada, del renacimiento. Y los nildores también. Pero, por diversos motivos, para ellos era un renacimiento blasfemo. En primer lugar, porque se celebraba en un lugar incorrecto. En segundo lugar, porque se llevaba a cabo sin los rituales correspondientes. En tercer lugar, porque los celebrantes que guiaban a los nildores no eran sulidores sino hombres y, en consecuencia, todo se convertía en una perversa parodia del acto más sagrado de este planeta. Al darle veneno a esos nildores, Kurtz los tentaba a que se metieran en algo diabólico, literalmente diabólico. Pocos nildores pueden resistir la tentación. Encontró placer en ese acto... tanto en las alucinaciones que el veneno le producía como en el hecho de tentar a los nildores. Creo que tentándolos disfrutaba más que con las alucinaciones y ése fue su peor pecado pues a través de éste llevó a nildores inocentes a lo que en este planeta se considera una maldición. En los veinte años que estuvo en Belzagor, Kurtz sedujo a centenares, quizás a millares de nildores para que compartieran con él un cuenco de veneno. Finalmente su presencia se tornó intolerable y su propia sed de mal se convirtió en la fuente de su destrucción. Y ahora yace arriba, ni vivo ni muerto, pero ya no es un peligro en Belzagor.

—¿Crees que el hecho de organizar el equivalente local de una misa negra es lo que llevó a Kurtz a ese destino que me ocultas?

—Estoy convencida —replicó Seena. Se levantó, se desperezó voluptuosamente y le hizo señas con las manos—. Regresemos al interior de la estación.

Como si fuera la primera alborada de los tiempos, caminaron juntos y desnudos por el jardín, y el calor del sol y la tibieza del cuerpo de Seena excitaron a Gundersen y despertaron una fiebre en su interior. Dos veces pensó en echarla sobre la hierba y poseerla en medio de los arbustos extraños y las dos veces se contuvo, sin saber qué se lo impedía. Cuando estuvieron a doce metros del edificio, sintió que el deseo volvía a adueñarse de él, por lo que se volvió hacia ella y le cogió un seno con la mano. Pero ella dijo:

—Antes dime algo.

—Si puedo.

—¿Por qué has regresado a Belzagor? De verdad, ¿qué te atrae de la región de las brumas?

—Si crees en el pecado, también debes creer en la posibilidad de redimirse del pecado —respondió Gundersen.

—Sí.

—Bien, a mí también me pesa un pecado en la conciencia. Quizá no sea tan grave como los cometidos por Kurtz, pero basta para preocuparme y he regresado como un acto de expiación.

—¿Cuál es tu pecado? —quiso saber Seena.

—Pequé contra los nildores de la forma terráquea común al colaborar en su esclavización, al tratarlos con arrogante desdén, al no reconocer su inteligencia y su

complejidad. Pequé especialmente impidiendo que siete nildores llegasen a tiempo a la ceremonia del renacimiento. ¿Recuerdas que cuando se rompió la represa de Monroe ordené a aquellos peregrinos que se unieran a un destacamento de trabajo? Utilicé una antorcha de fusión para que me obedecieran y, a causa de mi egoísmo, se perdieron la ceremonia. Ignoraba que si llegaban tarde al renacimiento perderían su turno y, de haberlo sabido, no le habría dado importancia. El pecado dentro del pecado dentro del pecado. Me fui de aquí sintiéndome manchado. Esos siete nildores perturbaban mis sueños. Comprendí que debía regresar y tratar de purificar mi alma.

—¿En qué tipo de expiación has pensado?—preguntó ella.

La mirada de Gundersen tuvo dificultades para encontrar la de ella. Él bajó los ojos, pero fue peor porque la desnudez de Seena le amedrentó aún más mientras permanecían bajo la luz del sol en la entrada de la estación. Se obligó a levantar nuevamente la mirada y dijo:

—He decidido averiguar qué es el renacimiento y participar en él. Me ofreceré a los sulidores como candidato.

—No.

—Seena, ¿qué te ocurre? Estás...

Seena temblaba. Le ardían las mejillas y la oleada escarlata llegó incluso hasta sus pechos. Se mordió el labio inferior, se apartó de él y le dio la espalda.

—Es una locura —aseguró—. El renacimiento no es algo para terráqueos. ¿Por qué supones que puedes expiar algo implicándote en una religión extraña, entregándote a un proceso sobre el cual ninguno de nosotros sabe nada...?

—Tengo que hacerlo, Seena.

—Creo que deliras.

—Se trata de una obsesión. Eres la primera persona con la que he hablado de este asunto. Los nildores con los que viajo no están enterados. No puedo detenerme. Debo una vida a este planeta y he venido a pagar. Tengo que ir, al margen de las consecuencias.

—Entra conmigo en la estación —dijo ella con voz inexpresiva.

—¿Para qué?

—Entra.

Gundersen la siguió en silencio hasta el interior. Ella le guió hasta el nivel medio del edificio y a un pasillo bloqueado por uno de sus robots guardianes. Seena movió la cabeza y el robot se apartó. En la parte exterior de una habitación del fondo, ella se detuvo y apoyó la mano en el explorador de la puerta. Ésta se abrió. Seena indicó a Gundersen que entrara con ella.

El volvió a oír el gruñido refunfuñante que había percibido la noche anterior y ya no tuvo dudas de que había sido un quejido ahogado de terrible dolor.

—Ésta es la habitación donde Kurtz pasa sus días —explicó Seena. Apartó la cortina que dividía la estancia y agregó—: Y este es Kurtz.

—No es posible —farfulló Gundersen—. ¿Cómo... cómo...?

—¿Cómo llegó a este estado?

—Sí.

—A medida que envejecía, sintió remordimientos por los delitos que había cometido. Sufrió enormemente a causa de la culpa y el año pasado decidió llevar a cabo un acto de expiación. Tomó la decisión de viajar a la región de las brumas y someterse al renacimiento. Esto es lo que me trajeron de vuelta. Edmund, un ser humano adopta este aspecto después de someterse al renacimiento.

Lo que Gundersen contemplaba era aparentemente humano y, con toda probabilidad, antaño incluso había sido Jeff Kurtz. La absurda longitud del cuerpo parecía, sin duda, la de Kurtz, ya que la figura que yacía en la cama parecía medir un hombre y medio de largo, como si hubiesen empalmado una sección extra de vértebras y quizás un segundo par de fémures. Evidentemente, el cráneo también correspondía al de Kurtz: imponente cúpula blanca y lomos de las cejas unidos. Éstos destacaban aún más de lo que Gundersen recordaba. Se elevaban por encima de los ojos cerrados de Kurtz como barricadas que lo defendieran de alguna invasión norteña. Pero las tupidas cejas negras que habían cubierto esos lomos ya no existían. Lo mismo ocurría con las pestañas frondosas y casi femeninas.

A partir de la frente, el rostro era irreconocible. Era como si se hubiese calentado todo en un crisol y se hubiese dejado derretir y correr. La delgada nariz de puente alto de Kurtz era ahora una mancha correosa, tan semejante a un hocico que Gundersen se sorprendió por su parecido con el de un sulidor. Su boca ancha ahora tenía labios flácidos y pendulares que caían hasta separarse y mostraban encías sin dientes. Su mentón pendía al estilo pitecantropoide. Los pómulos de Kurtz eran chatos y anchos, lo cual alteraba totalmente los planos de su rostro,

Seena apartó el cobertor para mostrar el resto. El cuerpo que yacía en la cama era lampiño: una cosa larga, rosada y como hervida que parecía una babosa gigantesca. Toda la carne superflua había desaparecido y la piel cubría como una mortaja las costillas y los músculos claramente visibles. Las proporciones del cuerpo eran incorrectas. La cintura de Kurtz se encontraba a una distancia inenarrablemente lejana de su pecho y las piernas, aunque largas, no eran ni remotamente lo largas que debían ser; los tobillos parecían apiñarse con las rodillas. Los dedos de los pies se habían fusionado, de modo que éstos acababan en unas patas bestiales. Quizá por compensación, los dedos de las manos contaban con coyunturas extras y eran grandes cosas semejantes a arañas que se doblaban y se cerraban irregularmente. La unión de los brazos con el torso parecía extraña, pero sólo cuando vio a Kurtz girar lentamente el brazo izquierdo hasta un ángulo de trescientos sesenta grados, Gundersen comprendió que la axila debió reconstruirse en una especie de machihembrado adaptable.

Kurtz se esforzaba desesperadamente por hablar y escupía palabras en una lengua que Gundersen jamás había oído. Los globos oculares se movían notoriamente bajo los párpados. Sacó la lengua para humedecerse los labios. Algo semejante a una nuez de tres lóbulos subió y bajó por su garganta. Encorvó fugazmente el cuerpo y tensó la piel sobre los huesos extrañamente ensanchados. Siguió hablando. De vez en cuando surgía una palabra inteligible en inglés o en nildororu, palabra encajada en un galimatías:

—Río... muerte... perdido... horror... río... caverna... calor... perdido... calor... aplastar... negro... ir... dios... horror... nacido... perdido... nacido...

—¿Qué dice? —preguntó Gundersen.

—Nadie lo sabe. Aunque comprendamos las palabras, lo que dice carece de sentido. La mayoría de las veces ni siquiera entendemos las palabras. Habla en el idioma del mundo en el que debe vivir ahora. Es un idioma muy personal.

—¿Ha recuperado el conocimiento en algún momento desde que está aquí?

—En realidad, no —respondió Seena—. A veces tiene los ojos abiertos, pero jamás responde a nada de lo que le rodea. Ven, mira.

Seena se acercó a la cama y abrió los párpados de Kurtz. Gundersen notó que el blanco de los ojos no existía. De borde a borde, las superficies brillantes eran de un color negro profundo y lustroso, moteadas por asimétricas manchitas de color azul claro. Paseó tres dedos ante los ojos moviendo la mano de un lado a otro. Kurtz no reparó en nada. Seena soltó los párpados y los ojos continuaron abiertos incluso cuando Gundersen acercó al máximo las puntas de los dedos, separando después la mano lentamente. Kurtz alzó su mano derecha y aferró la muñeca de Gundersen. Los dedos grotescamente

alargados rodearon por completo la muñeca, se encontraron y volvieron a cercar la mitad de ésta. Lentamente y con una fuerza tremenda, Kurtz empujó a Gundersen hasta que éste se arrodilló junto a la cama.

En ese momento Kurtz sólo habló en inglés. Al igual que antes, parecía sufrir una angustia desesperada y obligaba a las palabras a salir de algún hueco de pesadilla, sin acentuación ni puntuación perceptibles:

—Agua dormir muerte salvación dormir dormir fuego amor agua sueño frío dormir plan subir caer subir caer subir subir subir. —Hizo una pausa. Unos instantes después agregó—: Caer.

Kurtz siguió pronunciando sílabas sin sentido y los dedos soltaron la muñeca de Gundersen.

—Parecía decirnos algo —opinó Seena—. Nunca le oí pronunciar sucesivamente tantas palabras inteligibles.

—¿Pero qué decía?

—No lo sé. De todos modos, esas palabras contienen un significado.

Gundersen asintió con la cabeza. El atormentado Kurtz había entregado su testamento. Su bendición: Dormir plan subir caer subir caer subir subir subir. Caer. Quizás hasta tenía sentido.

—Además, reaccionó ante tu presencia —agregó Seena—. ¡Te vio y te cogió del brazo! Dile algo. Procura volver a llamar su atención.

—¿Jeff? —susurró Gundersen mientras se arrodillaba junto a la cama—. Jeff, ¿te acuerdas de mí? Soy Edmund Gundersen. He regresado, Jeff. ¿Oyes lo que digo? Jeff, si me entiendes, vuelve a levantar la mano derecha.

Kurtz no levantó la mano. Emitió un gemido entrecortado, suave y aterrador; después sus ojos se cerraron lentamente y cayó en un rígido silencio. Los músculos ondeaban bajo su piel alterada. De sus poros salieron gotas de sudor acre. Poco después Gundersen se levantó y se apartó.

—¿Cuánto tiempo estuvo en el norte?

—Cerca de medio año. Lo di por muerto. Más tarde lo trajeron dos sulidores en una especie de camilla.

—¿Ya había sufrido estos cambios?

—Sí. Y aquí yace. Ha cambiado mucho más de lo que imaginas —explicó Seena—. Por dentro, todo es nuevo y distinto. Prácticamente carece de sistema digestivo. Los alimentos sólidos están al margen de sus posibilidades, por lo que le doy zumos de frutas. Su corazón tiene válvulas adicionales. Sus pulmones tienen el doble del tamaño normal. El diagnostat no pudo decir nada pues él no se correspondía con ninguno de los parámetros de un cuerpo humano.

—¿Todo esto le ocurrió durante el renacimiento?

—Sí, durante el renacimiento. Ingieren una droga que los modifica. También cambia a los humanos. Es la misma droga que se utiliza en la Tierra para la regeneración de órganos, el veneno, pero aquí emplean una dosis mayor y el cuerpo se desprograma. Edmund, si vas al norte, esto es lo que te ocurrirá.

—¿Cómo sabes que fue el renacimiento lo que le produjo esto?

—Dijo que iba para ello. Los sulidores que lo trajeron explicaron que se había sometido al renacimiento.

—Quizá mentían. Quizás el renacimiento es una cosa, algo bienhechor, y hay otra cosa, algo dañino que administraron a Kurtz por haber sido tan perverso.

—Te engañas a ti mismo —afirmó Seena—. Sólo hay un proceso y éste es el resultado.

—Entonces es posible que personas distintas respondan de manera diferente al proceso. Si es que hay un único proceso. Pero insisto en que no puedes estar segura de que fuera el renacimiento el que realmente le hizo esto.

—¡No digas tonterías!

—Hablo en serio. Quizás algo que estaba dentro de Kurtz lo hizo transformarse de este modo y yo me transformaría de otra manera. De mejor manera.

—Edmund, ¿quieres ser cambiado?

—Correré el riesgo.

—¡Dejarás de ser humano!

—Durante mucho tiempo he intentado ser humano. Tal vez haya llegado la hora de intentar otra cosa.

—No te dejaré partir —agregó Seená.

—¿No? ¿Qué derecho tienes sobre mí?

—Ya he perdido a Jeff a manos de ellos. Si tú también te vas...

Seená vaciló.

—Está bien. No tengo modo de impedírtelo, pero no vayas.

—Tengo que hacerlo.

—¡Eres como él! Engreído por la importancia de tus supuestos pecados. Imaginas la necesidad de algún tipo de redención espectral. Es enfermizo, ¿no te das cuenta? Necesitas hacerte daño a ti mismo del peor modo. —Sus ojos resplandecieron aún con más brillo—. Escúchame, si necesitas sufrir, te ayudaré. ¿Quieres que te azote? ¿Que te pisotee? Si necesitas ser masoquista, yo seré tu sádica. Te aplicaré todos los tormentos que necesites. Puedes revolearte en ellos, pero no vayas a la región de las brumas. Edmund, eso es llevar el juego demasiado lejos.

—Seená, no comprendes.

—¿Y tú?

—Quizá comprenda cuando regrese.

—¡Regresarás como él! —gritó. Corrió hacia la cama de Kurtz—. ¡Míralo! ¡Mira esos pies! ¡Mira sus ojos! ¡Su boca, su nariz, sus dedos, todo él! Ya no es humano. ¿Quieres yacer como él... murmurando tonterías y sumido todo el tiempo en un ensueño extraño?

Gundersen titubeó. Kurtz era aterrador. ¿Acaso su obsesión era tan poderosa que quería someterse a la misma transformación?

—Tengo que irme —dijo Gundersen con menos firmeza que antes.

—Él vive en el infierno —aseguró Seená—. Tú también estarás allí.

La mujer se acercó a Gundersen y se apretó contra su cuerpo. El hombre sintió que los duros y cálidos pezones de ella rozaban su piel, que sus manos abrazaban desesperadamente su espalda y que sus muslos se entrelazaban. Le dominó una inmensa tristeza por todo lo que otrora Seená había representado para él, por lo que ella había sido, por aquello en que se había convertido y por cómo debía ser su vida teniendo que atender a ese monstruo. Quedó estremecido por la visión del pasado perdido e irrecuperable, del presente sombrío e incierto, del futuro desierto y aterrador. Volvió a titubear. Luego la apartó con delicadeza.

—Lo siento —dijo—. Me voy.

—¿Por qué? ¿Por qué? ¡Qué inutilidad!—Las lágrimas caían por sus mejillas—. Si necesitas una religión, elige una religión terráquea. No hay motivos por los que tengas que...

—Hay un motivo —puntualizó Gundersen.

La acercó a él y le besó ligeramente los párpados y los labios. Luego besó la hondonada de sus pechos y la apartó. Se acercó a Kurtz y le observó unos instantes, intentando asimilar la estrafalaria metamorfosis del hombre. Ahora reparó en algo que no había notado antes: la textura engrosada de la piel de la espalda de Kurtz, como si unas placas pequeñas y oscuras brotaran a ambos lados de la columna vertebral. Sin duda alguna también se habían producido muchos cambios más que sólo eran evidentes en una inspección a fondo. Los ojos de Kurtz se abrieron una vez más y las órbitas negras y

brillantes se movieron, como si buscaran la mirada de Gundersen. Éste los observó y se fijó en el dibujo formado por los puntos azules sobre el fondo sólido y brillante. En medio de muchos sonidos que Gundersen no logró comprender, Kurtz dijo:

—Bailar... vivir... buscar... morir... morir.

Había llegado la hora de partir.

Gundersen pasó junto a la inmóvil y rígida Seena y se retiró de la habitación. Se asomó a la terraza y vio que sus cinco nildores estaban reunidos junto a la estación. Un robot los vigilaba inquieto por temor a que arrancaran las preciosidades del jardín para alimentarse. Gundersen llamó y Srin'gahar le miró.

—Estoy preparado —dijo Gundersen—. Podemos salir en cuanto recoja mis cosas.

Encontró su ropa y se dispuso a partir. Seena se acercó a él: vestía una ceñida túnica negra y tenía el resbalador enroscado en su brazo izquierdo. Su expresión era de frialdad.

—¿Quieres que transmita algún mensaje a Ced Cullen si lo encuentro? —preguntó Gundersen.

—No tengo mensajes para nadie.

—Está bien. Seena, gracias por tu hospitalidad. Fue muy agradable volver a verte.

—La próxima vez que te vea —dijo ella—, no sabrás quién soy. O quién eres tú.

—Es posible.

Se separó de ella y se acercó a los nildores. Srin'gahar aceptó en silencio su carga. Seena permaneció en la terraza y los vio partir. Ella no saludó con la mano y él tampoco. La caravana avanzó a lo largo de la orilla del río donde, tantos años atrás, Kurtz había bailado toda la noche con los nildores.

Kurtz. Gundersen cerró los ojos y vio la mirada vidriosa y ciega, la frente alta, el rostro achatado, la carne consumida, las piernas retorcidas, los pies deformados. Contrapuso a estas imágenes sus recuerdos del Kurtz pretérito, aquel hombre airoso y extraordinariamente guapo, tan alto y esbelto, tan dueño de sí mismo. En definitiva, ¿qué demonios había impulsado a Kurtz a entregar su cuerpo y su alma a los sacerdotes del renacimiento? ¿Cuánto tiempo había llevado la remodelación de Kurtz? ¿Había sentido dolor durante el proceso? ¿Qué conciencia tenía ahora de su propio estado? ¿Qué había dicho Kurtz? ¿Soy Kurtz, el que jugó con vuestras almas y ahora os ofrezco la mía? Gundersen nunca había oído hablar a Kurtz en un tono que no fuese el de una irónica objetividad. ¿Cómo pudo mostrar Kurtz auténticas emociones, temor, remordimiento, culpa? Soy Kurtz el pecador, tomadme y haced conmigo lo que queráis. Soy Kurtz el caído. Soy Kurtz el condenado. Soy Kurtz y soy vuestro. Gundersen imaginó a Kurtz yaciendo en un brumoso valle norteño, con los huesos reblandecidos por los elixires de los sulidores, mientras su cuerpo se disolvía, se convertía en un amasijo rosado parecido a la jalea que ahora tenía la libertad de buscar una nueva forma, de esforzarse hacia una condición alterada de sí mismo que quedaría purificada de sus viejas impurezas satánicas. ¿Era presuntuoso imaginarse a sí mismo como perteneciente a la misma clase que Kurtz, reconocer los mismos defectos espirituales, avanzar para encontrar el mismo destino terrible? ¿Acaso Seena no tenía razón cuando decía que todo era un juego, que meramente interpretaba una dramatización masoquista y se erigía en héroe de un mito trágico, agobiado por la obsesión de acometer una peregrinación ajena? Pero a él la compulsión no le parecía una mistificación sino algo muy real. Iré, se dijo Gundersen. No soy Kurtz, pero iré porque es mi deber. A lo lejos, perdiéndose pero potente, aún resonaba el estrépito y el palpar de las cataratas y, a medida que se precipitaban por el acantilado, las aguas torrentosas parecían tamborilear las palabras de Kurtz, la advertencia, la bendición, la amenaza, la profecía, la maldición: agua dormir muerte salvación dormir dormir fuego amor agua sueño frío dormir plan subir caer subir caer subir subir subir. Cae.

Durante los años que ocuparon el Planeta de Holman, los terráqueos habían trazado fronteras arbitrariamente por razones administrativas, escogiendo este paralelo o aquel meridiano para abarcar un distrito o sector. Puesto que en Belzagor no existían paralelos de ningún otro tipo de medidas y límites humanos, ahora esas demarcaciones reposaban en los archivos de la Compañía y en la memoria de la decreciente población humana del planeta. Pero había un límite que en modo alguno era arbitrario y su influencia persistía: la línea natural que dividía los trópicos de la región de las brumas. A un lado de esa línea se extendían las tierras altas tropicales, bañadas por el sol y fértiles, formando el límite superior de la franja central de vegetación exuberante que llegaba hasta la tórrida selva ecuatorial. Al otro lado de esa línea, a pocos kilómetros de distancia, llegaban flotando las nubes del norte, las que creaban el mundo blanco de las brumas. La transición era brusca y, para un recién llegado, podía resultar incluso aterradora. Uno podía explicarla prosaicamente en términos de la inclinación axial de Belzagor y la consecuencia que tenía en el deshielo de las nieves polares; uno podía hablar de manera erudita acerca de los inmensos casquetes de hielo que albergaban semejante humedad, casquetes que se adentraban tanto en las zonas templadas del planeta que el calor de los trópicos lograba mordisquearlos, liberando enormes masas de vapor de agua que se elevaban, giraban hacia el polo y regresaban a los casquetes en forma de nieve reconstituida; uno podía hablar del choque de los climas y de las zonas marginales resultantes que no eran cálidas ni frías y estaban eternamente envueltas en las densas nubes surgidas de aquél. Pero ni siquiera esas explicaciones te preparaban para la sorpresa inicial de cruzar la línea divisoria. Uno percibía algunos indicios: errantes cúmulos de niebla que atravesaban la frontera y cubrían amplias zonas de las tierras altas tropicales hasta que el sol del mediodía los derretía. Cuando esto se producía, el verdadero cambio era tan profundo y absoluto que aturdí el espíritu. En otros planetas, uno asimilaba la suave transición de un clima a otro o, de lo contrario, a un clima global uniforme; no era fácil asimilar el brusco cambio que se producía al pasar del calor y la serenidad al frío y la desolación que tenían lugar en esta zona de Belzagor.

Gundersen y sus compañeros nildores se encontraban a algunos kilómetros de ese punto de cambio cuando del monte surgió un grupo de sulidores que le mandaron detenerse. Gundersen sabía que eran guardias fronterizos. No existía un sistema formal de vigilancia ni ningún otro tipo de organización gubernamental pero, de todos modos, los sulidores patrullaban la frontera e interrogaban a quienes deseaban cruzarla. Incluso en los tiempos de la Compañía se había respetado, hasta cierto punto, la jurisdicción de los sulidores: habría exigido demasiados esfuerzos rechazarla arbitrariamente y, en consecuencia, los contados terráqueos destinados a las estaciones de la región de las brumas se detenían cortésmente y especificaban su destino antes de continuar la marcha.

Gundersen no participó en la discusión. Nildores y sulidores se situaron a un lado y le dejaron solo para que contemplara los encumbrados bancos de nieve en el horizonte septentrional. Al parecer, había problemas. Un joven sulidor alto y bruñido señaló varias veces a Gundersen y habló largo y tendido; Srin'gahar replicó con unos pocos monosílabos y el sulidor pareció enfurecerse, caminó de un lado a otro y arrancó vehementemente la corteza de los árboles con fuertes golpes de sus enormes garras. Srin'gahar volvió a hablar y entonces llegaron a un acuerdo. El sulidor enojado se internó en el bosque y Srin'gahar indicó a Gundersen que volviera a montar. Reanudaron la marcha hacia el norte, guiados por los dos sulidores que se quedaron.

—¿A qué se debía la discusión? —preguntó Gundersen.

—A nada.

—Pues parecía muy enojado.

—No tiene importancia —afirmó Srin'gahar.

—¿Intentaba impedirme que atravesara la frontera?

—Sentía que no debías atravesarla —reconoció Srin'gahar.

—¿Por qué? Tengo el permiso de un nacido muchas veces.

—Se debía a un motivo personal de rencor, amigo de mi viaje. El sulidor sostenía que en el pasado le habías ofendido. Te conocía de antes.

—Es imposible —dijo Gundersen—. Antes apenas tuve contacto con los sulidores. Nunca salían de la región de las brumas y yo apenas la visité. Dudo que, en los ocho años que pasé en tu planeta, haya intercambiado una docena de palabras con los sulidores.

—El sulidor no se equivocaba al recordar que tuvo un contacto contigo —agregó Srin'gahar delicadamente—. He de decirte que hay testigos dignos de confianza sobre este hecho.

—¿Cuándo? ¿Cómo?

—Fue hace mucho tiempo —repuso Srin'gahar. El nildor pareció satisfecho con esa vaga respuesta pues no ofreció más detalles.

Después de unos instantes de silencio, agregó—: Creo que el sulidor tenía buenas razones para estar molesto contigo. Pero le explicamos que te proponías expiar todos tus actos del pasado y al final cedió. Los sulidores son a menudo una raza terca y vengativa.

—¿Pero qué le hice a él? —insistió Gundersen.

—No es necesario que hablemos de esas cosas —replicó Srin'gahar.

Puesto que a partir de ese momento el nildor se refugió en un silencio impenetrable, Gundersen tuvo tiempo más que suficiente para evaluar las ambigüedades gramaticales de la última frase. Sobre la base exclusiva de su contenido verbal, podía significar: «Es inútil hablar de esas cosas», «Me resultaría incómodo hablar de esas cosas», «Es incorrecto que hablemos de esas cosas» o «Es de mal gusto que hablemos de esas cosas». El significado exacto sólo se podía descifrar con la ayuda de los gestos complementarios, los movimientos de las púas del copete, la trompa y las orejas, y Gundersen no tenía habilidad ni se encontraba en la posición adecuada para detectar dichos gestos. Estaba desconcertado ya que no recordaba haber ofendido a un sulidor y no comprendía cómo pudo hacerlo indirecta o inconscientemente; un rato después llegó a la conclusión de que Srin'gahar se mostraba deliberadamente misterioso y quizá se expresaba con parábolas demasiado sutiles o extrañas para ser captadas por la mente de un terráqueo. De todos modos, el sulidor había retirado sus misteriosas objeciones al viaje de Gundersen y la región de las brumas estaba próxima. El follaje de los árboles de la selva ya era más escaso que uno o dos kilómetros atrás y los árboles se veían más pequeños y espaciados. Ahora eran más frecuentes las bolsas de densa niebla. En muchos lugares el terreno amarillo y arenoso quedaba totalmente al descubierto. Pero el aire era tibio y despejado, tupida la maleza y el brillante sol dorado estaba tranquilizadamente visible: aún era, inequívocamente, un lugar de clima benigno.

Bruscamente Gundersen percibió un viento frío que llegaba del norte e indicaba cambios. El sendero bajaba por un ligero declive y al subir por el otro extremo Gundersen vio por encima de un montecillo un extenso campo de desolación total: una tierra de nada entre la selva y la región de las brumas. Allí no crecían árboles, arbustos ni musgo; sólo aparecía el terreno amarillo, cubierto por algunos guijarros. Más allá de esa zona estéril, Gundersen avistó una empalizada blanca que reflejaba impetuosamente la luz del sol; al parecer, era un acantilado de hielo de cientos de metros de altura que obstruía el camino hasta donde divisaban sus ojos. En la distancia más lejana, detrás y por encima de la muralla blanca, se alzaba la cumbre de una elevada montaña, de color rojo claro, cuyas puntas escarpadas, cumbres y baluartes destacaban brusca y extrañamente contra el cielo gris plomizo. Todo parecía más grande de lo natural: macizo, monstruoso, excesivo.

—A partir de aquí has de caminar por tus propios medios —dijo Srin'gahar—. Lo lamento, pero es la costumbre. No puedo transportarte más lejos.

Gundersen se apeó de su montura. No le molestó el cambio de situación: sentía que debía dirigirse al renacimiento por sus propias fuerzas y estaba avergonzado de haber ido sentado a horcajadas de Srin'gahar durante tantos centenares de kilómetros. Sorprendido, descubrió que jadeaba después de haber caminado no más de quince metros junto a los cinco nildores. El paso de éstos era lento y majestuoso pero, evidentemente, el aire en esa zona estaba más enrarecido de lo que suponía. Se obligó a disimular su problema. Avanzaría. Se sentía aturdido, extrañamente alegre y dominaría el aporreo en el pecho y la palpitación en las sienas. La austeridad del nuevo frescor de la atmósfera resultaba vigorizante. Se encontraban a mitad de camino de la zona de vacío y en ese momento Gundersen vio con claridad que lo que aparentemente era una sólida barrera blanca que atravesaba el planeta consistía, en realidad, en una muralla de densa bruma situada a nivel del suelo. Hilos desgajados de esa bruma le acariciaban la cara. Al contacto con su pegajoso toque imágenes de muerte surgieron en su mente —cráneos y tumbas, féretros y velos— pero no se desanimó. Miró hacia la montaña rosada que dominaba el terreno en el norte y, al hacerlo, las nubes que cubrían la región de las brumas se separaron, permitiendo que el sol cayera sobre la cumbre más alta —una nevada cúpula de gran extensión— y le pareció que el rostro de Kurtz, transfigurado y sereno, le miraba desde esa cima uniforme y redondeada.

De la blancura surgió la figura de un sulidor anciano y gigantesco: Na-sinisul cumplía la promesa de guiarlos. Los sulidores que los acompañaron hasta ese lugar intercambiaron algunas palabras con Na-sinisul y regresaron hacia el cinturón selvático. Na-sinisul les hizo una señal. Gundersen avanzó, caminando al lado de Srin'gahar.

Pocos minutos después, la caravana se internó en la bruma.

Una vez en su interior, la bruma no le pareció tan compacta a Gundersen. La mayor parte del tiempo podía ver a veinte, treinta e incluso cincuenta metros en cualquier dirección. En ocasiones se formaban inexplicables remolinos de niebla cuya textura era mucho más densa y en los que apenas podía distinguir la masa verde de Srin'gahar, que iba a su lado, pero eran escasos y se atravesaban rápidamente. El cielo estaba gris y sin sol; por momentos, el globo solar sólo era discernible como un vago resplandor detrás de las nubes. El paisaje era de roca pura, suelo desnudo y árboles de poca altura: prácticamente una tundra, aunque el aire sólo era frío y no realmente helado. Muchos de los árboles correspondían a las especies que también se encuentran en el sur, pero aquí estaban empequeñecidos y retorcidos y en ocasiones no tenían forma de árbol sino que se extendían a lo largo del terreno como enredaderas leñosas. Los árboles que se mantenían erguidos no eran más altos que Gundersen y un musgo gris cubría todas las ramas. Las gotas de humedad moteaban sus hojas, sus tallos, los salientes de roca y todo lo demás.

Nadie hablaba. Marcharon durante cerca de una hora, hasta que Gundersen tuvo la espalda inclinada y los pies entumecidos. El terreno ascendía imperceptiblemente, la atmósfera parecía enrarecerse cada vez más y la temperatura bajó bruscamente a medida que el día tocaba a su fin. La monótona envoltura de niebla de baja altura, interminable y constante, exigió un tributo al estado de ánimo de Gundersen. Cuando vio desde afuera esa franja de bruma que resplandecía brillantemente bajo la luz del sol, se animó y entusiasmó, pero ahora que estaba inmerso en ella sentía poca alegría. Todo el color y el calor habían desaparecido del universo. Desde allí ni siquiera divisaba la gloriosa montaña rosada.

Avanzó como un hombre mecánico y en ocasiones se obligó a andar al trote para mantener el mismo paso que los demás. Na-sinisul estableció un formidable ritmo de marcha que no planteó dificultades a los nildores pero que forzó excesivamente a Gundersen. Sentía vergüenza de sus jadeos y gruñidos, pero nadie más reparó en ellos. El vapor de la respiración pendía ante su rostro: niebla dentro de la niebla. Anhelaba desesperadamente descansar. Sin embargo, no fue capaz de pedir a los demás que se

detuvieran un rato y le esperaran. La peregrinación pertenecía a los otros; él sólo era un convidado de piedra.

La tarde declinó penosamente. El gris se tornó más plumizo y el débil indicio de luz solar que hasta entonces había sido evidente se esfumó. La visibilidad se redujo bruscamente. La atmósfera se tornó gélida. Gundersen temblaba, vestido como iba con ropas propias de la región selvática. Súbitamente le perturbó algo que hasta entonces no le había parecido importante: la ajenidad de la atmósfera. El aire de Belzagor —no sólo en la región de las brumas sino en todas— no era la combinación corriente de la Tierra, ya que contenía un exceso de nitrógeno, una ligera deficiencia de oxígeno y también las impurezas residuales eran distintas. Pero sólo un sistema olfativo altamente sensible podía detectarlo. Condicionado a la atmósfera de Belzagor por los años que sirvió allí, Gundersen nunca había reparado en la diferencia. Ahora la percibió. Sus fosas nasales comunicaron un siniestro olor metálico y pensó que la parte posterior de su garganta estaba cubierta por una mugre oscura. Sabía que era una ilusión estúpida surgida de la fatiga. Durante unos pocos minutos intentó reducir la inhalación de aire, como si lo más seguro fuese dejar pasar a sus pulmones la menor cantidad posible de esa peligrosa mezcla.

No dejó de impacientarse por la atmósfera y otras incomodidades hasta el instante en que se dio cuenta de que estaba solo.

Los nildores no se veían por ningún lado. Tampoco Na-sinisul. La bruma cubría todo. Desconcertado, Gundersen repasó la pantalla de su memoria y vio que se había separado de sus compañeros hacía varios minutos, sin considerarlo extraordinario en ningún sentido. En ese momento podían estar mucho más adelante, en algún otro camino.

No los llamó.

Primero cedió a un impulso irresistible y cayó de rodillas para descansar. Se agachó, se tapó la cara con las manos, a continuación apoyó los nudillos en el frío suelo y dejó colgar la cabeza mientras absorbía aire. Habría sido fácil tumbarse con los brazos y las piernas extendidos y abolir la conciencia. Podrían encontrarlo dormido por la mañana. O congelado. Hizo esfuerzos por levantarse y la tercera vez lo logró.

—¿Srin'gahar? —preguntó. Lo susurró, de modo que sólo era una llamada íntima de auxilio.

Mareado por el agotamiento, corrió, tropezó, resbaló, chocó con los árboles y se enredó los pies en la maleza. Vio a su izquierda lo que indudablemente era un nildor y corrió hacia él, pero al cogerlo del flanco lo encontró húmedo y helado y entonces comprendió que abrazaba un pedrejón. Se apartó de éste bruscamente. Poco más allá apareció una hilera de formas imponentes: ¿los nildores pasaban a su lado?

—¡Esperadme! —Gritó, y corrió como loco, tropezando y aterrizando a cuatro patas en un gélido arroyo poco profundo. Reptó ceñudo hasta la otra orilla y allí descansó, reconociendo que las formas oscuras y confusas correspondían a árboles bajos y anchos azotados por un viento creciente. Está bien, pensó, me he perdido. Esperaré aquí hasta que amanezca. Se acurrucó e intentó escurrir el agua helada de su ropa.

Cayó la noche: negro en lugar de gris. Buscó las lunas en lo alto y no encontró ninguna. Una sed terrible le abrasaba e intentó regresar al arroyo pero no pudo encontrarlo. Tenía los dedos entumecidos y los labios agrietados. Pero descubrió una isla de calma dentro de su incomodidad y su miedo y se aferró a ella, diciéndose que nada de lo que ocurría era realmente peligroso y que, de algún modo, era necesario.

Incalculables horas después, Srin'gahar y Na-sinisul se acercaron a él.

En primer lugar, Gundersen sintió en su mejilla el roce suave y tanteador de la trompa de Srin'gahar. Retrocedió y se aplastó contra el suelo, relajándose mentalmente al descubrir qué era lo que había acariciado su piel. Desde su altura, el nildor dijo:

—Aquí está.

—¿Vivo? —preguntó Na-sinisul, y su voz enigmática provenía de mundos lejanos, envuelta en capas de niebla.

—Vivo. Húmedo y frío. Edmundgundersen, ¿puedes ponerte de pie?

—Sí. Creo que estoy bien. —La vergüenza cubrió su espíritu—. ¿Me habéis buscado todo el tiempo?

—No —respondió Na-sinisul suavemente—. Seguimos hasta la aldea y allí evaluamos tu ausencia. No sabíamos con certeza si te habías perdido o te habías separado adrede de nosotros. Después Srin'gahar y yo volvimos. ¿Tenías la intención de dejarnos?

—Me perdí —repuso Gundersen con tristeza.

Ni siquiera entonces se le permitió montar en el nildor. Trastabilló entre Srin'gahar y Na-sinisul y de vez en cuando se sujetaba del tupido pelaje del sulidor o cogía el suave lomo del nildor, estabilizándose cada vez que sentía que le flaqueaban las fuerzas o que el suelo que no veía se volvía escabroso. Un rato después, algunas luces relumbraron en la oscuridad: el pálido brillo de una antorcha que atravesaba lechosamente la negrura cubierta de niebla, Gundersen apenas entrevió las ruinosas chozas de una aldea de sulidores. Sin esperar a que le invitaran se metió en la más cercana de las destartaladas estructuras de troncos. Era de paredes escarpadas, olía a moho y de las vigas colgaban ristas de flores secas y pellejos de animales. Varios sulidores que estaban sentados le miraron sin el menor interés. Gundersen se calentó y secó la ropa; alguien le llevó un cuenco con caldo dulce y espeso y poco después le ofrecieron unas lonjas de carne seca, carne difícil de morder y masticar pero maravillosamente condimentada. Docenas de sulidores entraban y salían. En un momento en que el pellejo que cubría la puerta quedó apartado, divisó a sus nildores sentados afuera. Un animal pequeño y de rostro feroz, blanco como la niebla y mustio, se deslizó saltando hacia él y le observó con desdén; supuso que era alguna bestezuela norteña que los sulidores preferían como animales de compañía. El animal tironeó de la ropa todavía empapada de Gundersen y emitió un sonido cacareante. Crispó sus orejas copetudas; sus dedos pequeños y filosos tantearon la manga de Gundersen; enroscó y desenroscó su larga cola prensil. Luego saltó sobre las piernas de Gundersen, le cogió el brazo con sus rápidas garras y mordisqueó su carne. El pinchazo no era más doloroso que la picadura de un mosquito pero Gundersen se preguntó qué infección horrorosa y extraña podría contraer. De todos modos, no intentó apartar al animalillo. Súbitamente descendió una enorme pata de sulidor, con las garras retraídas, y de un golpe arrollador lanzó al animalillo hasta el otro extremo de la habitación. El cuerpo macizo de Na-sinisul bajó hasta agacharse junto a Gundersen; el animal expulsado parloteaba su ira desde el rincón más lejano.

—¿El munzor te mordió? —preguntó Na-sinisul.

—No mucho. ¿Es peligroso?

—No sufrirás ningún daño —le tranquilizó el sulidor—. Le castigaremos.

—No quiero que lo hagáis. Sólo estaba jugando.

—Debe aprender que los huéspedes son sagrados —agregó Na-sinisul con firmeza. Se acercó a Gundersen. Éste reparó en el aliento a pescado del sulidor. Los enormes colmillos se entreabrían en la boca profunda. Na-sinisul agregó en voz baja—: Esta aldea te albergará hasta que estés en condiciones de continuar. Debo partir con los nildores y llegar a la montaña del renacimiento.

—¿Es la gran montaña roja que se encuentra al norte de aquí?

—Sí. El tiempo de ellos está muy próximo y el mío también. Llevaré a cabo su renacimiento y después me tocará el turno.

—¿Entonces los sulidores también se someten al renacimiento?

Na-sinisul parecía sorprendido.

—¿De qué otro modo podría ser?

—No lo sé. Sé tan poco sobre todo esto.

—Si los sulidores no renacieran —agregó Na-sinisul—, los nildores tampoco podrían renacer. Lo uno es inseparable de lo otro.

—¿En qué sentido?

—Si el día no existiera, ¿podría existir la noche?

Era una expresión demasiado misteriosa. Gundersen intentó pedirle una explicación, pero Na-sinisul quería hablar de otras cuestiones. El sulidor eludió las preguntas del terráqueo y dijo:

—Me dicen que has venido a nuestra región para hablar con uno de los tuyos, el hombre Cullen. ¿Es verdad?

—Sí. Es uno de los motivos por los que estoy aquí.

—El hombre Cullen vive tres aldeas al norte y una al oeste desde aquí. Ha sido informado de tu llegada y te llama. Los sulidores de esta aldea te conducirán a su presencia cuando lo desees.

—Me iré por la mañana —informó Gundersen.

—Antes debo decirte algo. El hombre Cullen se ha refugiado entre nosotros y, en consecuencia, es sagrado. No puedes abrigar esperanzas de llevártelo para entregarlo a los nildores.

—Sólo pido hablar con él.

—Puedes hacerlo. Pero estamos enterados de tu acuerdo con los nildores. Debes recordar que sólo podrás cumplirlo si infringes nuestra hospitalidad.

Gundersen no respondió. No comprendía cómo podía prometer algo así a Na-sinisul sin abjurar al mismo tiempo de la palabra que había dado al nacido muchas veces Vol'himyor. En consecuencia, se aferró a su particular tratado: hablaría con Cedric Cullen y después decidiría cómo actuar. Pero le perturbó el hecho de que los sulidores conocieran el verdadero propósito de la búsqueda de Cullen.

Na-sinisul se fue. Gundersen intentó dormir y durante un rato logró dormitar inquieto. Las antorchas parpadearon toda la noche en la choza, los altos sulidores se movieron ruidosamente a su alrededor y los nildores que se encontraban en el exterior de la choza se enfrascaron en un prolongado debate del que Gundersen sólo captó algunos monosílabos carentes de significado. En cierto momento despertó y encontró al pequeño munzor de orejas largas sentado en su pecho y cacareando. Más tarde, tres sulidores trocearon una ensangrentada res muerta junto al sitio en el que Gundersen se había acurrucado. El ruido del desgarramiento de la carne le despertó fugazmente y volvió a dormirse perturbado, pero despertó de nuevo cuando se desencadenó una salvaje pelea por el reparto de la carne. Cuando llegó el desabrido y gris amanecer, Gundersen estaba más cansado que si no hubiera dormido.

Le dieron el desayuno. Dos sulidores jóvenes, Se-holomir y Yi-gartigok, anunciaron que habían sido elegidos para escoltarlo hasta la aldea en la que se encontraba Cullen. Na-sinisul y los cinco nildores se dispusieron a partir hacia la montaña del renacimiento. Gundersen se despidió de sus compañeros de viaje.

—Os deseo la alegría de vuestro renacimiento —dijo, y vio las enormes formas que se diluían en la bruma.

Poco después, reanudó el viaje. Sus nuevos guías eran taciturnos y huraños: mejor, ya que no quería conversar mientras avanzaba penosamente por aquella hostil región. Necesitaba pensar. No sabía con certeza qué haría después de ver a Cullen; ahora vio como un gran desatino su proyecto original de someterse al renacimiento, que en abstracto le había parecido tan noble: no sólo por aquello en lo que Kurtz se había convertido, sino porque lo consideraba una transgresión, una intromisión carente de convicción y espontaneidad en los ritos de una especie extraña. Ir a la montaña del renacimiento, sí. Satisface tu curiosidad. ¿Pero someterse al renacimiento? Por primera vez, dudó realmente si lo haría y sospechó que, finalmente, se volvería sin renacer.

Ahora la tundra de la zona fronteriza dejaba paso a una región boscosa que le pareció una llamativa transmutación: los árboles eran más grandes en altitudes superiores. Pero se trataba de árboles distintos. Los arbustos empequeñecidos y retorcidos que había dejado atrás eran oriundos de la selva y se adaptaban con dificultad a la bruma; aquí, más adentro de la región de las brumas, crecían los auténticos árboles nortños. Eran de tronco grueso y altísimos, con corteza oscura y corrugada y reducidas salpicaduras de hojas en forma de aguja. La niebla envolvía sus ramas superiores. En medio del bosque frío y brumoso también se veían animales enjutos y lentos, huesudos y de hocico largo, que surgían de agujeros en el suelo y subían corriendo por los árboles, evidentemente en busca de roedores y aves que moraran en las ramas. Había amplias manchas del terreno cubiertas de nieve, aunque parecía que el verano se acercaba a ese hemisferio. Durante la segunda noche de viaje hacia el norte se encontraron con una granizada cuando una tupida y agitada nube de hielo se deslizó hacia ellos impulsada por un viento ligero y gimiente. Mudos y huraños, los compañeros de Gundersen la atravesaron y él los siguió tristemente.

En general, ahora la bruma era ligera a nivel del suelo y a menudo no existía durante una hora o más tiempo, pero se congelaba en lo alto como un velo cerrado que ocultaba el cielo.

Gundersen se acostumbró al terreno yermo, a las ramas angulosas de tantos árboles desnudos, a la humedad gélida y penetrante que resultaba tan distinta a la acuosidad de la selva. Llegó a encontrar belleza en la rigidez. Cuando unas espirales aborregadas de bruma se deslizaron como fantasmas cruzando un ancho torrente grisáceo, cuando los animales peludos saltaron sobre los vidriosos campos de hielo, cuando algún grito ronco y quebrado rompía la inenarrable quietud, cuando los caminantes giraron en ángulo en el sendero y encontraron un cuadro blanco de áspera e invernal vacuidad, Gundersen reaccionó con un extraño deleite. Pensó que en el país de las brumas el tiempo presente corresponde a la hora posterior del amanecer, cuando todo es límpido y nuevo.

Llevaban cuatro días de viaje cuando Se-holomir dijo:

—La aldea que buscas se encuentra detrás de la próxima colina.

13

Era un caserío importante de cuarenta o más chozas dispuestas en dos hileras, flanqueadas a un lado por un bosquecillo de encumbrados árboles y al otro por un ancho lago de superficie plateada. Gundersen llegó a la aldea a través del bosquecillo y vio brillar el lago a lo lejos. Ligeros copos de nieve brujuleaban por el aire calmo. En ese momento las brumas eran altas y se espesaban hasta formar un techo impenetrable a unos quinientos metros de altura.

—¿El hombre Cullen...? —inquirió Gundersen.

Cullen se encontraba en una de las chozas contiguas al lago. Los dos sulidores que protegían la entrada se apartaron cuando Yi-gartigok les habló; otros dos se encontraban al pie del jergón de ramas y pellejos en el que descansaba Cullen. Estos también se apartaron y dejaron ver un hombre quemado, un desperdicio, una brasa.

—¿Has venido a buscarme? —preguntó Cullen—. Es una pena, Gundy, llegas demasiado tarde.

Los cabellos rubios de Cullen habían encanecido y se habían vuelto gruesos: era un felpudo enmarañado y nevado a través del cual se divisaban puntos del cuero cabelludo claro y cubierto de ronchas. Sus ojos, otrora de un color verde suave y claro, ahora se veían irritados y opacos, con marcadas líneas inyectadas de sangre en los blancos amarilleados. Su cara, escamosa y áspera, era una máscara de piel sobre los huesos. Una manta le cubría desde el pecho hasta los pies, pero el profundo adelgazamiento de

sus brazos indicaba que el resto del cuerpo también estaba erosionado. Del viejo Cullen parecía quedar muy poco con excepción de la voz apacible y agradable y de la alegre sonrisa que ahora surgía grotescamente del rostro asolado. Parecía un hombre de cien años.

—¿Cuánto tiempo hace que estás así? —quiso saber Gundersen.

—Dos, tres meses, no lo sé exactamente. El tiempo se funde aquí, Gundy. Pero ya no hay camino de retorno para mí. Aquí me quedo. Es irreversible, irreversible.

Gundersen se arrodilló junto al jergón del enfermo.

—¿Tienes dolores? ¿Puedo darte algo?

—Ningún dolor —respondió Cullen—. Nada de medicamentos. Es el final.

—¿Qué tienes? —preguntó Gundersen y pensó en Dykstra y en su mujer yaciendo carcomidos por unas larvas extrañas en un charco de porquerías, pensó en Kurtz angustiado y transfigurado en las Cataratas de Shangri-la, pensó en Seena cuando contó que Gio' Salomone se convirtió en cristal—. ¿Una enfermedad originaria de aquí? ¿Algo que te contagiaste en esta zona?

—No es nada exótico —replicó Cullen—. Diría que se trata de la vieja podredumbre interior, del enemigo de siempre. El cangrejo, Gundy. El cangrejo. En las entrañas. Tengo las pinzas del cangrejo en las entrañas.

—¿Entonces tienes dolores?

—No —respondió Cullen—. El cangrejo se mueve lentamente. Una dentellada aquí y otra allá. Cada día queda un poco menos de mí. Algunos días siento que no queda nada de mí, pero hoy es uno de los mejores.

—Escucha —agregó Gundersen—, en una semana podría llevarte por el río hasta la estación de Seena. Seguramente ella dispone de equipo médico y puede proporcionarte un tubo de anticarcinógeno. No estás tan carcomido para que nos resulte imposible lograr una remisión si actuamos de inmediato y, además, podemos enviarte a la Tierra para una renovación del modelo y...

—No, olvídalo.

—¡No seas obstinado! Ced, no vivimos en la Edad Media. Un cáncer no es motivo para que un hombre se acueste en una choza inmunda y espere la muerte. Los sulidores te construirán una camilla. Puedo arreglarlo en cinco minutos. Y después...

—Ni siquiera llegaría a lo de Seena y tú lo sabes —le interrumpió Cullen con delicadeza—. Los nildores me cogerían en cuanto saliera de la región de las brumas. Lo sabes, Gundy, tienes que saberlo.

—Bueno...

—No tengo energías para participar en estos juegos. ¿Acaso no estás enterado de que soy el hombre más buscado del planeta?

—Sí.

—¿Te enviaron a buscarme?

—Los nildores me pidieron que te llevara de regreso —reconoció Gundersen—. Tuve que acceder a ello a fin de que me autorizaran a venir.

—Por supuesto —comentó Cullen amargamente.

—Pero planteé que no te llevaría a menos que estuvieses dispuesto a hacerlo voluntariamente. También mencioné otras estipulaciones. Escucha, Ced, no estoy aquí como Judas. Viajo por cuestiones personales y verte a ti es un asunto estrictamente secundario. Pero me gustaría ayudarte. Déjame llevarte hasta la estación de Seena para que puedas seguir el tratamiento que necesitas...

—Ya te dije que los nildores me atraparán en cuanto puedan —insistió Cullen.

—¿Crees que lo harían si supieran que estás gravemente enfermo y que te llevamos a las cataratas para proporcionarte atención médica?

—Sobre todo en ese caso. Les encantaría salvar mi alma mientras agonizo. Pero no les daré esa satisfacción, Gundy. Me quedaré aquí, a salvo y fuera del alcance de ellos, y

aguardaré hasta que el cangrejo me liquide. Ya no falta mucho. Dos, tres días, una semana, quizás esta misma noche. De todas formas, te agradezco mucho tu deseo de rescatarme, pero no me iré.

—Si los nildores me prometieran dejarte en paz hasta que pudieras someterte a un trata...

—No me iré. Tendrías que obligarme. Eso está al margen de la promesa que hiciste a los nildores, ¿verdad? —Cullen sonrió por primera vez después de varios minutos—. En aquel rincón hay una botella de vino. Sé bueno y tráela.

Gundersen se levantó a buscarla. Tuvo que pasar junto a varios sulidores. Su coloquio con Cullen había sido tan intenso y personal que olvidó por completo que la choza estaba llena de sulidores: sus dos guías, los guardianes de Cullen y, como mínimo, media docena más. Encontró el vino y lo llevó hasta el jergón. A pesar de todo, Cullen no derramó una sola gota con su mano temblorosa. Después de beber, le ofreció la botella a Gundersen y le invitó con tanta insistencia que no pudo rechazar el ofrecimiento. El vino era tibio y dulce.

—¿Queda acordado que no intentarás sacarme de esta aldea? —preguntó Cullen—. Sé que nunca pensarías entregarme a los nildores, pero quizá decidieras sacarme de aquí para salvarme la vida. Tampoco lo hagas, ya que el resultado sería el mismo: los nildores me cogerían. Me quedo aquí. ¿De acuerdo?

Gundersen guardó silencio unos instantes.

—De acuerdo —replicó por último.

Cullen parecía aliviado. Se recostó con la cara hacia la pared y agregó:

—Me has hecho gastar muchas energías en este asunto. Tenemos que hablar de muchas cosas y ahora no tengo fuerzas.

—Volveré más tarde. Ahora descansa.

—No, quédate aquí y háblame. Cuéntame dónde has pasado todos estos años, por qué has regresado, a quién has visto, qué has hecho. Relátame toda la historia. Descansaré mientras te escucho. Y después... y después...

La voz de Cullen se apagó. A Gundersen le pareció que había perdido el conocimiento o quizá sólo dormía. Cullen tenía los ojos cerrados y su respiración era lenta y dificultosa. Gundersen permaneció callado. Caminó inquieto por la choza y estudió los pellejos sujetos a las paredes, los toscos muebles, los restos de comidas anteriores. Los sulidores le ignoraron. Ahora había ocho en la choza y guardaban cierta distancia del agonizante pero, a la vez, concentraban toda su atención en él. Gundersen se sintió momentáneamente alterado en presencia de aquellas gigantescas bestias bípedas, esos seres de pesadilla con colmillos, garras, cola gruesa y hocico caído que iban de un lado a otro y se movían como si él significara menos que nada para ellos. Bebió más vino, a pesar de que la textura y el sabor le resultaban desagradables.

Cullen dijo con los ojos cerrados:

—Estoy esperando. Cuéntame cosas.

Gundersen comenzó a hablar. Se refirió a sus ocho años en la Tierra y los resumió en seis frases concisas. Habló de la inquietud que se había apoderado de él en la Tierra, de su ansiedad tétrica y confusa por regresar a Belzagor, del sentido de la necesidad de encontrar una nueva estructura para su vida ahora que había perdido el andamiaje que la Compañía significó para él. Mencionó su viaje por el bosque hasta el campamento de la orilla del lago, contó cómo había avanzado entre los nildores y de qué modo le arrancaron la relativa promesa de llevarles a Cullen. Se refirió a Dykstra y a su mujer en las ruinas del bosque y alteró algo el relato por respeto al estado de Cullen, aunque sospechaba que dicha caridad era innecesaria. Contó que había vuelto a estar con Seena durante la Noche de las Cinco Lunas. Habló de Kurtz y de lo que había cambiado a través del renacimiento. Aludió a su propia peregrinación a la región de las brumas. En tres ocasiones tuvo la certeza de que Cullen se había dormido y una vez pensó que el

enfermo había dejado de respirar por completo. Sin embargo, cada vez que Gundersen se detenía Cullen emitía algún débil indicio —una crispación de la boca, un chasquido de las puntas de los dedos— de que debía continuar. Al final, cuando no le quedó nada que decir, Gundersen permaneció en silencio largo rato a la espera de una señal de Cullen y por último éste preguntó débilmente:

—¿Y después?

—Después vine aquí.

—¿Y adonde irás después?

—A la montaña del renacimiento —repuso Gundersen serenamente.

Cullen abrió los ojos. Pidió con un movimiento de la cabeza que le acomodara las almohadas, se irguió y entrelazó los dedos sobre el cobertor.

—¿Por qué quieres ir allí? —inquirió.

—Para averiguar qué es el renacimiento.

—¿Has visto a Kurtz?

—Sí.

—El también quería saber más cosas sobre el renacimiento —explicó Cullen—. Ya había comprendido la mecánica de la cuestión pero también necesitaba conocer su esencia. Probarlo por sí mismo. Obviamente, no sólo era por curiosidad. Kurtz tenía problemas espirituales. Buscaba la autoinmolación pues se había convencido a sí mismo de que necesitaba expiar toda su vida. Totalmente cierto. Totalmente cierto. De ahí que fuera en busca del renacimiento. Los sulidores le dieron el gusto. Bien, contempla al hombre. Le vi antes de venir al norte.

—Durante un tiempo, pensé que yo también podía probar el renacimiento —comentó Gundersen, cogido de sorpresa por las palabras que surgían de su mente—. Por los mismos motivos. Una mezcla de curiosidad y culpa. Pero creo que ahora he renunciado a esa idea. Iré a la montaña para ver qué hacen pero no creo que les pida que me lo hagan a mí.

—¿Debido al aspecto de Kurtz?

—En parte, pero también porque mis proyectos originales parecen demasiado... bueno, demasiado organizados. Demasiado carentes de espontaneidad. Una elección intelectual en lugar de un acto de fe. No puedes subir a la montaña y ofrecerte como voluntario para el renacimiento de un modo fríamente científico. Tienes que sentirte impulsado a ello.

—¿Como lo estaba Kurtz? —preguntó Cullen.

—Exactamente.

—¿Y tú no lo estás?

—Ya no lo sé —respondió Gundersen—. Creí que yo también estaba concienzado. Le dije a Seena que así era. Pero ahora que estoy tan cerca de la montaña, toda la búsqueda comienza a parecerme artificial.

—¿Estás seguro de que no se trata simplemente de miedo a someterte a la experiencia?

Gundersen se encogió de hombros.

—Kurtz no era una visión agradable.

—Hay renacimientos buenos y malos —dijo Cullen—. Tuvo un mal renacimiento. Tengo entendido que el resultado depende de la calidad del alma de cada uno y de otro montón de cosas. ¿Bebemos un poco más de vino?

Gundersen le ofreció la botella. Cullen, que al parecer recuperaba las fuerzas, bebió copiosamente.

—¿Has pasado por el renacimiento? —inquirió Gundersen.

—¿Yo? Jamás. Nunca sentí la tentación. Pero sé mucho sobre ese asunto. Desde luego, Kurtz no fue el primero en probarlo. Como mínimo, doce personas lo pasaron antes que él.

—¿Quiénes?

Cullen mencionó algunos nombres. Se trataba de hombres de la Compañía y todos figuraban en la lista de los que habían muerto mientras cumplían su servicio de campaña. Gundersen había conocido a algunos de ellos y los demás eran figuras del pasado lejano, anteriores a su llegada o a la de Cullen al Planeta de Holman.

—También hubo otros —agregó Cullen—. Kurtz los buscó en los archivos y los nildores le contaron el resto de la historia. Ninguno de ellos regresó de la región de las brumas. Cuatro o cinco se tornaron como Kurtz... se transformaron en monstruos.

—¿Y los otros?

—Supongo que en arcángeles. Los nildores fueron imprecisos en este sentido. Una especie de fusión trascendental con el universo, una evolución al nivel corporal siguiente, una ascensión sublime... ese tipo de cosas. Lo único cierto es que jamás regresaron al territorio de la Compañía. Kurtz esperaba un resultado semejante. Pero, por desgracia, Kurtz era Kurtz, mitad ángel y mitad demonio y así renació. Y eso es lo que Seena cuida. Gundy, en cierto sentido es una pena que hayas perdido tu impulso. Podría ser que tuvieras un buen renacimiento. ¿Puedes llamar a Hor-tenebor? Supongo que necesitaremos aire fresco si seguimos hablando largo y tendido. Hor-tenebor es el sulidor que está apoyado contra aquella pared. Es quien me cuida y quien acarrea de un lado a otro mis viejos huesos. Me llevará afuera.

—Ced, hace unos minutos nevaba.

—Muchísimo mejor. ¿Acaso un agonizante no debe ver la nieve? Éste es el lugar más hermoso del universo —afirmó Cullen—. Aquí mismo, delante de esta choza. Quiero verlo. Llama a Hor-tenebor.

Gundersen llamó al sulidor. Cullen pronunció una palabra y Hor-tenebor cogió al frágil y encogido inválido con sus inmensos brazos, lo hizo pasar por el pellejo que servía como puerta de la choza y lo acomodó en una estructura semejante a un camastro que daba al lago. Gundersen los siguió. Una densa bruma había caído sobre la aldea y ocultaba hasta las chozas más próximas, pero el lago era claramente visible bajo el cielo plomizo. Unos fugitivos manojos de bruma pendían por encima de la superficie opaca del lago. Un frío hiriente dominaba la atmósfera pero Cullen, abrigado tan sólo con un delgado pellejo, no parecía incómodo. Extendió la mano con la palma hacia arriba y vio la caída de los copos de nieve con el mismo asombro de un niño.

Finalmente, Gundersen preguntó:

—¿Responderás a una pregunta?

—Si puedo...

—¿Qué hiciste para que los nildores se ofuscaran tanto contigo?

—¿No te lo contaron cuando te pidieron que me buscaras?

—No —repuso Gundersen—. Dijeron que tú me lo contarías y que, de todos modos, no les importaba que yo lo supiese o no. Seena también lo ignora. No puedo ni imaginármelo. Tú nunca fuiste el tipo de persona que se dedicara a la matanza o a la tortura de especies inteligentes. Es imposible que hayas jugado con el veneno de las serpientes como Kurtz... él lo hizo durante años y nunca intentaron cogerlo. En consecuencia, ¿qué puedes haber hecho para causar tanto...?

—El pecado de Acteón —respondió Cullen.

—¿Qué has dicho?

—El pecado de Acteón, que en realidad no fue un pecado sino un accidente. Según la mitología griega, es un cazador que tropezó con Diana mientras ella se bañaba y vio lo que no debía. Diana le convirtió en un venado y sus propios sabuesos lo destrozaron.

—No comprendo qué tiene que ver esto con...

Cullen respiró profundamente.

—¿Alguna vez estuviste en la meseta central? —inquirió en voz baja pero firme—. Sí, claro que sí. Recuerdo que Seena y tú tuvisteis que hacer un aterrizaje forzoso cuando regresabais a Punta de Fuego después de unas vacaciones en la costa y estuvisteis

varados unas horas y algunos animales raros os molestaron y fue entonces cuando Seena comenzó a odiar la meseta, ¿Fue así? Entonces sabes que se trata de un lugar extraño y misterioso, un lugar separado del resto del planeta al que ni siquiera los nildores les gusta ir. Bien. Un año o dos después de la retirada, comencé a ir a la meseta. Se convirtió en mi refugio personal. Los animales, las plantas, los insectos, todo lo de la meseta me interesaba. Hasta el aire tenía un sabor especial: dulce y puro. Como sabes, antes de la retirada se habría considerado excéntrico visitar la meseta cuando uno tenía tiempo libre o en cualquier otro momento. Más tarde, nada importaba a nadie. El mundo me pertenecía. Hice algunos viajes a la meseta. Cogí insectos. Llevé algunas rarezas a Seena y terminó por encariñarse con ellas antes de comprender que provenían de la meseta. Poco a poco, la ayudé a superar su temor irracional a la meseta. Seena y yo fuimos a menudo y a veces también venía Kurtz. En la estación de Shangri-la hay una buena muestra de la flora y la fauna mesetarias; quizá las hayas visto. ¿Correcto? Nosotros recogimos todas esas cosas. La meseta llegó a parecerme como cualquier otro lugar, no había nada sobrenatural ni extraño en ella, sólo se trataba de una zona atrasada y descuidada. Era mi rincón favorito, al que iba siempre que me sentía vacío, aburrido o harto. Hace un año, o quizás un poco menos, visité la meseta. Kurtz acababa de volver de su renacimiento, Seena estaba muy deprimida por lo que le había ocurrido y él quería hacerle un regalo, algún animal, para ayudarla a levantar su espíritu. En esa ocasión bajé un poco más al sudoeste de mi zona acostumbrada de aterrizaje, hasta una parte en la que nunca había estado, en donde se unen dos ríos. Una de las primeras cosas que noté fue cuán destrozados estaban los arbustos. ¡Nildores! ¡Centenares de nildores! Una inmensa superficie estaba arrasada y sabes cómo pastan los nildores. Eso despertó mi curiosidad. De vez en cuando, había visto algún que otro nildor en la meseta, siempre a la distancia, pero jamás un rebaño entero. Por eso seguí la línea de devastación. Esa cicatriz que atravesaba el bosque seguía y seguía y se veían ramas rotas y maleza pisoteada: los indicios de siempre. Cayó la noche, hice campamento y me pareció oír tambores. Pero era una estupidez, pues los nildores no utilizan tambores; un rato después comprendí que los oía bailar, aporrear el terreno, y la tierra transportaba su trepidación. También percibí otros sonidos: gritos, bramidos, los chillidos de animales asustados. Tenía que averiguar qué ocurría. En consecuencia, levanté el campamento en medio de la noche y avancé por la selva, oyendo esos ruidos cada vez más fuertes hasta que finalmente llegué al linde de los árboles, donde la selva se convertía en una especie de amplia pradera que bajaba hasta el río y allí, al descubierto, había alrededor de quinientos nildores. Tres lunas brillaban en el cielo y no tuve dificultades para ver. Gundy, ¿puedes creer que se habían pintado? Como salvajes, como algo surgido de una pesadilla. En medio del claro se veían tres fosos profundos. Uno de ellos estaba lleno de una especie de barro rojo y húmedo y los otros dos contenían ramas, bayas y hojas que los nildores habían pisoteado para extraer los pigmentos oscuros: uno negro y otro azul. Los nildores bajaban hacia esos pozos y primero se revolcaban en el de barro rojo y salían embadurnados de un color totalmente escarlata; luego se acercaban a los pozos contiguos y se pintaban franjas oscuras encima del rojo, recogiendo los colorantes con la trompa. Un espectáculo bárbaro: tanto color, tanta carne. Una vez que se habían pintado como correspondía, atravesaban corriendo..., no caminando sino corriendo..., el campo hasta el lugar de la danza y allí iniciaban el «paso de cuatro» de costumbre. Ya sabes: bum bum bum bum. Pero ahora era inenarrablemente más feroz y aterrador a causa de la pintura de guerra. Un ejército de nildores desenfrenados que golpeaban con las patas, agitaban sus tremendas cabezas, alzaban las trompas, bramaban, hundían sus colmillos en la tierra, daban cabriolas, cantaban, sacudían las orejas. Aterrador, Gundy, aterrador. La luz de las lunas en sus cuerpos pintados... Hundido en el bosque, tracé un círculo hacía el oeste para ver mejor. Lejos de los bailarines reparé en algo que era aún más raro que la pintura. Vi un inmenso corral cercado con troncos verticales; tres o cuatro veces

mayor que esta aldea. Era imposible que los nildores lo hubiesen construido solos; quizás arrancaron los árboles y los acarrearón con las trompas, pero debieron necesitar a los sulidores para formar la valla. En el interior del corral había centenares de animales de la meseta, de todas las formas y tamaños imaginables. Los grandes comedores de hojas con cuello de jirafa, esos que parecen rinocerontes con astas, otros tímidos como gacelas y otros muchos que yo nunca había visto, todos apiñados como en un corral de ganado. Seguramente, los sulidores cazadores debieron recorrer el monte durante días para reunir esa colección de animales raros. Los animales se mostraban inquietos y asustados. Yo también. Me agazapé en la penumbra, expectante; al final todos los nildores quedaron correctamente pintados y en medio del grupo de bailarines se inició un ritual. Comenzaron a gritar, sobre todo en su lenguaje antiguo, el que no comprendemos, pero también hablaron en nildororu corriente y finalmente comprendí lo que ocurría. ¿Sabes quiénes eran esas bestias pintadas? ¡Se trataba de nildores pecadores, de nildores que habían caído en desgracia! Ése era el lugar de la expiación y la ceremonia de la purificación. Todo nildor que durante el año anterior había quedado manchado por la corrupción tenía que ir allí para ser purificado. Gundy, ¿sabes qué pecado habían cometido? Habían aceptado el veneno ofrecido por Kurtz. ¿Recuerdas el viejo juego, el que todos solíamos practicar en la estación de las serpientes, dándoles un trago a los nildores, bebiendo uno mismo y dejando que se presentaran las alucinaciones? Esos nildores pintados que daban cabriolas fueron corrompidos por Kurtz. Sus almas estaban manchadas. El demonio terráqueo había descubierto su punto vulnerable, la única zona de tentación que no podían resistir. Y por eso estaban allí, intentando purificarse. La meseta central es el purgatorio de los nildores. No viven allí, pues la necesitan para sus ritos, y, evidentemente, nadie monta un campamento en un lugar sagrado. Gundy, bailaron durante horas. Pero no fue ése el rito de expiación sino su prelude. Bailaron hasta que me mareé de verlos: los cuerpos rojos, las franjas oscuras, el retumbar de sus patas y más tarde, cuando ya no hubo lunas en el ciclo y se acercaba la alborada, se inició la verdadera ceremonia. La presencié y miré dentro de las tinieblas de la raza, dentro de la verdadera alma de los nildores. Dos nildores ancianos se acercaron al corral y patearon el portón. Hicieron una abertura de unos diez metros de ancho, retrocedieron y los animales enjaulados corrieron hacia la llanura. Estaban aterrorizados por el ruido y los bailes, por haber permanecido encerrados y corrieron en círculos, sin saber qué hacer ni adonde ir. El resto de los nildores arremetió contra ellos. ¿Te das cuenta de que estoy hablando de los nildores pacíficos, nobles y no violentos? Bufaron. Pisotearon. Alancearon con los colmillos. Alzaron los animales con sus trompas y los arrojaron contra los árboles. Una orgía de sangre. Me sentí descompuesto. Un nildor puede ser una terrible máquina de muerte. Toda su mole, los colmillos, la trompa, las grandes patas... todo estaba en estado de frenesí, no había limitaciones. Desde luego, algunos animales escaparon, pero la mayor parte de ellos quedó atrapada en medio del caos. Por todas partes había cuerpos aplastados, ríos de sangre y los carroñeros salían del bosque para darse un festín mientras continuaba la matanza. Así expían los nildores: pecado por pecado. Así se purifican a sí mismos. En la meseta liberan su violencia, Gundy. Dejan de lado todas sus contenciones y sueltan a la bestia que está en su interior. Jamás he sentido tanto horror como cuando los vi purificar sus almas. Ya sabes cuánto respeto sentía por los nildores. Aún lo siento, pero contemplar algo así, una masacre, un espectáculo infernal... Gundy, quedé atontado de desesperación. Al parecer, los nildores no disfrutaban de la matanza pero no vacilaban; siguieron y siguieron porque tenían que hacerlo, porque así lo establece la ceremonia y no lo consideraban distinto de lo que Sócrates consideraría sacrificar un cordero a Zeus o un gallo a Esculapio. Creo que ése fue el auténtico horror. Vi a los nildores destruir la vida en nombre de sus almas y fue como caer por una trampilla y entrar en un mundo nuevo cuya existencia jamás había imaginado: un mundo nuevo y tenebroso bajo el viejo. Entonces amaneció. El sol se elevó hermoso y dorado y

la luz resplandeció en los cuerpos aplastados y los nildores permanecían serenamente en medio de la devastación, descansando, serenos, purgados, concluidas todas sus tormentas interiores. Fue sorprendentemente pacífico. Habían luchado con sus demonios y habían ganado. Habían atravesado el horror nocturno, la palidez cadavérica y..., no sé cómo..., estaban realmente purgados y purificados. No puedo explicarte cómo hallar la salvación por medio de la violencia y la destrucción. Me es ajeno y probablemente lo sea para ti. Sin embargo, Kurtz lo sabía. Siguió el mismo camino que los nildores. Cayó, cayó y cayó a niveles cada vez más abyectos de maldad, gozó de su corrupción, se deleitó en la depravación y al final fue capaz de juzgarse a sí mismo y considerarse impuro y retirarse a su tiniebla interior y por eso fue a buscar el renacimiento y mostró que el ángel de su interior no estaba totalmente muerto. Este encuentro de la pureza a través del mal... Gundy, tú mismo tendrás que llegar a un acuerdo sobre esto. No puedo ayudarte. Sólo puedo hablarte de la visión que tuve al amanecer de aquella mañana, junto al campo ensangrentado. Estaba ante un abismo. Atisé desde el borde y vi adonde había ido Kurtz, adonde habían ido esos nildores. Donde quizá vayas tú también. No podía seguir. En ese momento estuvieron a punto de cogerme. Percibieron mi olor. Supongo que, mientras duró el frenesí, no repararon en nada..., sobre todo porque los animales del corral despedían olor a causa del miedo. Pero empezaron a olisquear. Las trompas se alzaron y se movieron como periscopios. El olor a sacrilegio pendía del aire. El hedor de un terráqueo espía y blasfemo. Olisquearon cinco, diez minutos y continué en el bosque inmerso todavía en esa visión, sin tener la menor idea de que me olisqueaban, pero súbitamente reparé en que ellos sabían que estaba allí, de modo que me escabullí por el bosque y ellos me persiguieron. Eran muchos. ¿Puedes imaginar lo que se siente cuando un rebaño de nildores furiosos te persigue por la selva? Por suerte, podía refugiarme en sitios muy pequeños para ellos. Logré eludirlos. Corrí y corrí hasta que caí mareado en un matorral y vomité, descansé, luego los oí pisotear muy cerca y volví a correr. Llegué a una ciénaga y me zambullí con la esperanza de que dejaran de percibir mi olor. Me escondí entre las cañas y los fangales mientras seres que no podía ver me mordisqueaban por abajo. Los nildores rodearon toda la región. Sabemos que estás aquí, me gritaron. Sal. Sal. Te perdonamos y queremos purificarte. Me explicaron todo racionalmente. Yo había visto sin darme cuenta... ¡ah, por supuesto, sin darme cuenta, eran diplomáticos!... una ceremonia que nadie salvo los nildores estaba autorizado a ver y ahora sería necesario borrar de mi mente lo que había visto, lo cual podía realizarse mediante una simple técnica que no se tomaron la molestia de describirme. Supongo que mediante una droga. Me invitaron a borrar una parte de mi mente. No acepté. No dije nada. Siguieron hablando, me explicaron que no tenían malas intenciones, que comprendían que evidentemente no me había propuesto presenciar su ceremonia secreta pero que, como la había visto, ahora debían tomar medidas, etcétera, etcétera, etcétera. Comencé a arrastrarme corriente abajo, respirando a través de una caña hueca. Cuando salí a la superficie, los nildores seguían llamándome y parecían más furiosos, si es que es posible hacer semejante afirmación. Parecían molestos por el hecho de que me hubiese negado a salir. No me acusaban de espiarlos pero ponían reparos a que no permitiese que me purificaran. Ése era mi verdadero delito: no haberme ocultado para observarlos sino rechazar después el tratamiento. Aún me buscan. Permanecí en el agua todo el día y cuando oscureció me escabullí y capté el zumbido vector de mi coleóptero, que resultó hallarse a medio kilómetro de distancia. Esperaba encontrarlo rodeado de nildores pero no fue así, de modo que subí, me alejé rápidamente y a media noche aterricé en casa de Seena. Sabía que tenía poco tiempo. Los nildores me buscarían de un lado a otro del continente. Conté someramente a Seena lo que había ocurrido, cogí algunas provisiones y salí hacia la región de las brumas. Los sulidores me recibirían. Son celosos de su soberanía y, aunque resultara blasfemo, allí estaría a salvo. Llegué a esta aldea. Exploré

bastante la región de las brumas. Un día sentí el cangrejo en mis entrañas y supe que todo había terminado. Desde entonces he esperado el fin, que no está lejano.

Cullen guardó silencio.

Después de una pausa, Gundersen preguntó:

—¿Por qué no corres el riesgo de regresar? Sea lo que fuere lo que los nildores quieren hacerte, no puede ser tan malo como sentarse en la entrada de la choza de un sulidor y morir de cáncer.

Cullen no respondió.

—¿Y si te dieran una droga que borra la memoria? —insistió Gundersen—. ¿No es mejor perder un fragmento del pasado que todo el futuro? Ced, si estuvieras dispuesto a regresar y nos dejaras ocuparnos de tu enfermedad...

—Gundy, tu problema consiste en que eres demasiado lógico —afirmó Cullen—. ¡Eres un tío tan sensato, prudente y racional! Dentro de la choza hay otra botella de vino. ¿Quieres traérmela?

Gundersen entró en la choza pasando junto a los sulidores agachados y durante unos instantes rondó la mohosa oscuridad en busca del vino. Al registrar la choza, se le apareció la solución de la situación de Cullen: en lugar de llevar a Cullen hasta las medicinas, llevaría las medicinas a Cullen. Abandonaría su viaje hacia la montaña del renacimiento, al menos de momento, y bajaría hasta la estación de Shangri-la para conseguirle una dosis de anticarcinógeno. Quizá no fuese demasiado tarde para detener el cáncer. Más tarde, una vez recuperada la salud, Cullen podría afrontar o no a los nildores, como él quisiera. Pensó: lo que ocurre entre él y los nildores no será un asunto que me concierna. Considero anulado mi trato con Vol'himyor. Dije que sólo llevaría a Cullen con su consentimiento y está claro que no lo hará voluntariamente. En consecuencia, ahora mi tarea consiste en salvarle la vida. Después podré ir a la montaña.

Gundersen encontró el vino y salió con la botella.

Cullen estaba recostado en el camastro, con el mentón sobre el pecho, los ojos cerrados y la respiración lenta, como si el largo monólogo le hubiese agotado. Gundersen no le molestó. Dejó el vino en el suelo y se alejó. Paseó durante más de una hora, meditabundo, pero no llegó a ninguna conclusión. Después regresó. Cullen no se había movido.

—¿Todavía duerme? —preguntó Gundersen a los sulidores.

—Es el sueño eterno —replicó uno de ellos.

14

La bruma se cerró, derramando joyas de escarcha que pendían de todos los árboles, de todas las chozas. Gundersen quemó el cuerpo consumido de Cullen a la orilla del lago plomizo, con una larga e impetuosa ráfaga de la antorcha de fusión, mientras los sulidores miraban mudos y solemnes. El terreno siseó ligeramente al acabar la cremación y la bruma se arremolinó desenfrenadamente a medida que el aire frío ocupaba la zona caliente producida con la antorcha. En la choza había unas pocas cosas de Cullen. Gundersen las revisó con la esperanza de encontrar un diario, una memoria, cualquier cosa que llevara la marca del alma y la personalidad de Cedric Cullen. Pero sólo halló algunas herramientas oxidadas, una caja de insectos y lagartijas muertos y ropa desteñida. Dejó todo donde lo encontró.

Los sulidores le invitaron a una cena fría. Le dejaron comer a solas, sentado en el camastro de madera. Cayó la noche y entró en la choza para dormir. Se-holomir y Yigartigok se apostaron como guardias ante la entrada, aunque él no se lo había pedido. Gundersen no les dijo nada. Se durmió enseguida.

Extrañamente, no soñó con el Cullen que acababa de morir sino con el Kurtz que aún vivía. Vio a Kurtz caminando por la región de las brumas, al Kurtz que aún no se había metamorfoseado hasta alcanzar su estado actual: inenarrablemente alto, pálido, los ojos ardientes en el cráneo abovedado, brillando con una extraña inteligencia. Kurtz llevaba un báculo de peregrino y avanzaba incansablemente hacia la bruma. Le acompañaba, aunque en realidad no iba con él, un cortejo de nildores, con los verdes cuerpos manchados de rojo brillante por el barro pigmentado; se detenían cada vez que Kurtz lo hacía y se arrodillaban a su lado; de vez en cuando, él los dejaba beber de una cantimplora en forma de tubo que llevaba. Cada vez que Kurtz ofrecía su cantimplora a los nildores, él, y no ellos, sufría una transformación. Sus labios se unían en un sello uniforme, su nariz se alargaba y sus ojos, los dedos de sus manos y los de sus pies y sus piernas cambiaban y volvían a cambiar. Gaseoso y móvil, Kurtz no guardaba la forma durante mucho tiempo. En una etapa del viaje, se convirtió en un sulidor en todos los sentidos salvo uno: su cabeza calva y abovedada coronaba el imponente cuerpo peludo. Después la piel desapareció, las garras se encogieron y adoptó otra forma, una cosa delgada y saltarina, rapaz y veloz, con codos de doble coyuntura y patas largas y espigadas. Se produjeron más cambios. Los nildores entonaron himnos de adoración, cantaron con cadencia gruesa y monótona de sonido opaco. Kurtz estaba gracioso. Hacía una reverencia, sonreía, saludaba. Ofrecía la cantimplora, que jamás era necesario volver a llenar. Ondeó por un ciclo tras otro de vertiginosa metamorfosis. De la mochila extrajo regalos que repartió entre los nildores: antorchas, navajas, libros, cubos de mensajes, computadoras, estatuas, órganos de color, mariposas, botellas de vino, sensores, módulos de transporte, instrumentos musicales, abalorios, viejos aguafuertes, medallones sagrados, cestas de flores, bombas, cohetes de señales, zapatos, llaves, juguetes, lanzas. Cada regalo producía suspiros y bufidos de placer y mugidos de gratitud de los nildores; retozaron a su alrededor, levantaron los nuevos tesoros con las trompas y se los mostraron entusiasmados. «¿Veis?», gritó Kurtz. «Soy vuestro benefactor. Soy vuestro amigo. Soy la resurrección y la vida.» En ese momento llegaron al lugar del renacimiento que, en el sueño de Gundersen, no era una montaña sino un abismo oscuro y profundo, en cuyo borde se reunieron y esperaron los nildores. Y Kurtz, sometido a tantas transformaciones que su cuerpo fluctuaba y variaba de un instante a otro —ora con cuernos o cubierto de escamas, ora ataviado con relumbrantes llamas—, avanzó mientras los nildores le aclamaban y le decían: «Éste es el lugar, el renacimiento te pertenecerá». Kurtz caminó hacia el abismo que lo envolvió en la noche absoluta. De lo más hondo del abismo llegó un único grito prolongado, un agudo gemido de terror y desesperación tan espantoso que despertó a Gundersen, quien durante horas permaneció sudoroso y temblando a la espera del amanecer.

Por la mañana, se colgó la mochila al hombro e hizo señales de partir. Se-holomir y Yigartigok se acercaron y uno de ellos preguntó:

—¿Adónde irás ahora?

—Al norte.

—¿Iremos contigo?

—Iré solo —respondió Gundersen.

Sería un viaje difícil, quizá peligroso pero no imposible. Tenía equipo de orientación, concentrados alimenticios, un suministro de energía y cosas por el estilo. Contaba con el vigor necesario. Sabía que las aldeas de sulidores que aparecieran por el camino le ofrecerían su hospitalidad si la necesitaba. Pero esperaba no necesitarla. Le habían escoltado durante gran parte del trayecto, primero Srin'gahar y después diversos sulidores; sentía que debía concluir la peregrinación sin guía.

Emprendió la marcha dos horas después del amanecer. Era un buen día para iniciar semejante empresa. El aire era estimulante, fresco y límpido y la bruma estaba alta: se sorprendió al poder ver bastante lejos en todas direcciones. Avanzó por el bosque de

atrás de la aldea y salió a una colina elevada desde cuya cumbre pudo observar el paisaje. Vio una región escabrosa y tupidamente arbolada, interrumpida a menudo por ríos, corrientes de agua y lagos. Y también logró vislumbrar la cima de la montaña del renacimiento; un centinela dentado al norte. Ese pico sonrosado del horizonte parecía estar al alcance de la mano: bastaba con estirarse, con extender los dedos. Las grietas, los montecillos y las laderas que le separaban de su meta no significaban un desafío. Podía atravesarlos con unos brincos rápidos. Su cuerpo estaba deseoso de intentarlo: pulso constante, visión excepcionalmente aguda, piernas que se movían rítmica e infatigablemente. Presintió un ascenso interior del alma, una elevación contenida pero extática hacia la vida y el poder; los fantasmas que le habían acompañado durante tantos años se desvanecían; en aquella helada zona de bruma y nieve se sintió fortalecido, purificado, templado, dispuesto a aceptar lo que se debiera aceptar. Una energía extraña le recorrió. No le molestaban el enrarecimiento del aire, el frío ni la destemplanza de la región. Era una mañana excepcionalmente clara y la brillante luz del sol caía en cascadas a través de la elevada cobertura de niebla y daba un brillo de ensueño a los árboles y al terreno pelado. Avanzó incesantemente.

La bruma cayó a mediodía. La visibilidad se redujo hasta que Gundersen sólo vio a ocho o diez metros de distancia. Los árboles gigantes se convirtieron en serios obstáculos: ahora sus raíces nudosas y sus apoyos retorcidos eran trampas para los pies incautos. Caminaba con cuidado. Entró en una región en la que grandes piedras de punta chata sobresalían en ángulo del suelo: eran losas lustrosas y resbaladizas a causa de la niebla que formaban escalones. Tuvo que avanzar reptando, tanteando a ciegas el camino y sin saber de qué altura sería la caída que probablemente encontraría al extremo de cada pedrejón. Saltar era un acto de fe; una de las caídas resultó ser de unos cuatro metros y cayó violentamente, por lo que durante quince minutos le hormiguearon los tobillos. Sintió que las primeras fatigas del día se extendían por sus muslos y rodillas. Pero el estado de éxtasis controlado, sobrio y jubiloso a la vez, seguía dominándole.

Almorzó tarde junto a una laguna pequeña e impecablemente circular, brillante como un espejo, rodeada por árboles altos y de tronco estrecho y cercada por una cerrada faja de bruma. Gozó de la intimidad, de lo recoleto del lugar: parecía una habitación esférica de paredes de algodón, dentro de la cual estaba totalmente aislado de un universo de perplejidades. Allí podía liberarse de las tensiones de la caminata, después de tantas semanas de viajar con nildores y sulidores y de preocuparse constantemente por si los ofendía de un modo desconocido pero imperdonable. Era reacio a partir.

Mientras recogía sus pertenencias, un ruido desagradable rompió su aislamiento: el zumbido de un motor a poca altura. Protegió sus ojos del resplandor de la bruma, alzó la mirada y un momento después divisó un coleóptero aerotransportado que volaba por debajo de la capa de nubes. El pequeño y chato vehículo trazaba un círculo cerrado, como si buscara algo. ¿A mí?, se preguntó Gundersen. Con celeridad, se ocultó detrás de un árbol aunque sabía que al piloto le resultaría imposible verlo aunque estuviese al raso. Instantes después el coleóptero desapareció en dirección oeste, fundiéndose en un banco de bruma. Pero el encanto de la tarde estaba destruido. Ese horrible zumbido mecánico en el cielo aún retumbaba en la mente de Gundersen y dio al traste con su paz recién hallada.

Después de una hora de marcha y al pasar por un bosque de árboles delgados con corteza roja de aspecto gomoso, Gundersen se topó con tres sulidores, los primeros que veía desde que esa mañana se despidiera de Yi-gartigok y Se-holomir. El encuentro inquietó a Gundersen. ¿Le permitirían entrar libremente en esa zona? Era evidente que los tres formaban una partida de caza que regresaba a una aldea cercana. Dos de ellos portaban, amarrado a un largo palo que apoyaban en los hombros, el cadáver empaquetado de un voluminoso cuadrúpedo apacentador de piel negra aterciopelada y cuernos largos encorvados hacia abajo. Sintió un fugaz e instintivo temor al ver a los tres

seres gigantescos que avanzaban hacia él entre los árboles; para sorpresa de Gundersen, el temor desapareció casi tan pronto como surgió. A pesar de su semblante feroz, los sulidores no suponían una amenaza. Es verdad que podían matarlo de un golpe, pero ¿para qué? No tenían motivos para atacarle del mismo modo que él no los tenía para quemarles con su antorcha. Y allí, en su hábitat natural, ni siquiera parecían bestiales o salvajes. Grandes sí, por supuesto. Y poderosos. Potentes con sus colmillos y garras. Pero naturales, adecuados, correctos y no tan aterradores.

—¿Viaja cómodo el caminante? —preguntó el sulidor más adelantado, el único que no soportaba parte de la carga de la matanza. Habló con tono suave y cortés, utilizando el idioma de los nildores.

—El caminante viaja cómodo —respondió Gundersen. Improvisó otro saludo—: ¿Es el bosque benévolo con los cazadores?

—Como ves, a los cazadores les ha ido bien. Si tu sendero toca nuestra aldea, te invitamos a compartir esta noche nuestra caza.

—Voy a la montaña del renacimiento.

—Nuestra aldea se encuentra en esa dirección. ¿Vendrás?

Aceptó la invitación porque caía la noche y un viento áspero se colaba a través de la fronda. La aldea de los sulidores era pequeña y se encontraba al pie de un escarpado acantilado a media hora de caminata hacia el noreste. Gundersen pasó una noche agradable allí. Los aldeanos se mostraron atentos si bien algo distantes, pero en modo alguno hostiles; le proporcionaron el rincón de una choza, alimento y bebida y le dejaron en paz. No tuvo la sensación de ser miembro de una despreciada raza de conquistadores expulsados, una raza ajena e indeseada. Al parecer, sólo le consideraban un caminante necesitado de refugio y no se mostraron interesados por su especie. Ello fue alentador. Obviamente, los sulidores no tenían los mismos motivos de resentimiento que los nildores, ya que la Compañía nunca había convertido realmente en esclavos a esos pobladores del bosque. De todos modos, siempre imaginó una furia hirviente y siseante en el interior de los sulidores y ahora su serena amabilidad fue una agradable superación de aquella imagen que, supuso Gundersen, quizá sólo fuera una proyección de sus propias culpas. Por la mañana le llevaron frutas y pescado y después se despidió.

El segundo día de viaje en solitario no fue tan gratificante como el primero. El clima era hostil, frío, húmedo y frecuentemente cargado de nieve mientras la densa bruma colgaba a poca altura casi en todo momento.

Perdió gran parte de la mañana atrapado en un camino sin salida, con una larga serranía a la derecha, otra a la izquierda e, inesperadamente, un extenso lago que intuyó imposible de atravesar. Cruzar a nado era impensable: tendría que permanecer varias horas en las aguas heladas y no sobreviviría. En consecuencia, tuvo que realizar un fatigante desvío hacia el este a través de la serranía más baja, la cual bordeaba el lago, por lo que, después de varias horas, estaba casi en el mismo punto que el día anterior. La visión de la montaña del renacimiento cubierta de nieve le animó a proseguir el camino y durante dos horas de la tarde tuvo la ilusión de que compensaba la demora de la mañana hasta que descubrió que un río rápido y ancho que corría de oeste a este —evidentemente el río que alimentaba el lago que antes le había cortado el paso— le impedía pasar. Tampoco se atrevió a cruzar a nado pues la corriente le arrastraría hasta las lejanas profundidades antes de que llegara a la otra orilla. Dedicó más de una hora a seguir río arriba hasta llegar a un sitio en el que quizá podría vadearlo. Allí era más ancho que aguas abajo, pero el lecho parecía mucho menos profundo y algún cataclismo geológico había desparramado de orilla a orilla una fila de piedras, formando una especie de gargantilla. Sobresalían algunas piedras y el agua blanca se arremolinaba a su alrededor; aunque sumergidas, las demás piedras se divisaban debajo del agua.

Gundersen inició el cruce. Logró saltar de la punta de un pedrejón a la del siguiente, manteniéndose seco hasta cubrir la tercera parte del camino. Luego se vio obligado a

vadear con el agua hasta casi las rodillas, resbalando a cada momento. La bruma le rodeaba. Parecía estar solo en aquel planeta: nada hacia adelante salvo ondas de blancura, nada hacia atrás sino lo mismo. No veía los árboles ni la orilla, ni siquiera los pedrejones. Se concentró firmemente para no perder pie, pero pisó mal, resbaló y cayó de bruces, siendo abofeteado por la corriente y quedando tan mareado que durante unos instantes no logró levantarse. Consagró todas sus energías a aferrarse a la angulosa masa de piedra que tenía debajo. Pocos minutos después encontró fuerzas para levantarse y se tambaleó jadeante hasta un pedrejón cuya cara superior sobresalía medio metro del agua; se arrodilló en la piedra, congelado, empapado, aterido, tratando de secarse. Transcurrieron, tal vez, cinco minutos. Como la bruma estaba tan cerca no logró secarse, pero al menos había recuperado la respiración y siguió cruzando. Estiró la punta de la bota a modo de prueba y encontró otra piedra con la cara superior seca. Avanzó hacia ella. Después había otra. A continuación apareció otro pedrejón. Ahora era fácil: llegaría a la otra orilla sin un nuevo remojón. Aceleró el paso y saltó otros dos pedrejones. En ese momento, a través de una grieta de la bruma, logró divisar la orilla.

Algo parecía estar mal.

La bruma volvió a caer, pero Gundersen vaciló antes de continuar sin la certeza de que todo estaba bien. Se agachó cautelosamente y hundió la mano izquierda en el agua. Sintió que el empuje de la corriente venía de la derecha y golpeaba su palma abierta. Mientras se preguntaba si el frío y la fatiga habían afectado su mente, estudió varias veces la topografía y siempre llegó a la misma conclusión aterradora: si cruzo hacia el norte un río que corre de oeste a este, debería notar que la corriente procede de mi izquierda. Comprendió que de algún modo había dado la vuelta mientras luchaba por sujetarse en el agua y desde entonces se había dirigido con gran diligencia hacia la orilla sur del río.

Perdió la fe en su capacidad de juicio. Sintió la tentación de esperar agazapado en la roca a que la bruma se despejara antes de continuar, pero luego comprendió que quizá tendría que pasar la noche o más tiempo allí. También recordó tardíamente que llevaba equipo adecuado para resolver esos problemas. Revisó la mochila, sacó la brújula y apuntó hacia el horizonte, girando el brazo en un arco que concluía donde la brújula emitía su zumbido indicador del norte. Este acto confirmó sus conclusiones respecto de la corriente e inició nuevamente el cruce del río, llegando poco después a los escalones sumergidos en los que había caído. Esta vez no tuvo dificultades.

Una vez que llegó a la otra orilla, se desnudó y secó sus ropas y su cuerpo con el rayo de menor potencia de la antorcha de fusión. La noche había caído. No habría desestimado otra invitación a una aldea de sulidores, pero ese día no apareció ningún sulidor hospitalario. Pasó incómodo la noche, acurrucado bajo un arbusto.

El día siguiente fue más cálido y menos brumoso. Gundersen avanzó cautelosamente, temeroso de que sus horas de ardua caminata pudieran desperdiciarse si se topaba con un nuevo obstáculo, pero todo salió bien y logró atravesar las corrientes de agua o los arroyos ocasionales que se cruzaron en su camino. Allí el terreno estaba acanalado y plegado como si manos gigantes, una por el norte y otra por el sur, hubiesen unido el planeta. A medida que Gundersen bajaba una ladera y subía la siguiente, también ganaba altura constantemente ya que todo el continente se elevaba hacia la imponente meseta sobre la cual se erguía la montaña del renacimiento.

A primeras horas de la tarde dejaron de destacarse los pliegues este-oeste; ahora el terreno era tan sesgado que caminaba en paralelo a una serie de suaves surcos norte-sur que desembocaban en un amplio prado circular sin árboles. Los grandes animales del norte —cuyos nombres Gundersen ignoraba— pastaban allí en grandes manadas, frotando la nariz contra el terreno ligeramente cubierto de nieve. Parecían pertenecer sólo a cuatro o cinco especies —algunos de patas gruesas y joroba, cual una vaca chapuda, otros semejantes a gacelas demasiado grandes, y otras variedades—, pero había quizá

millares de cada una. Hacía el este, al borde mismo de la pradera, Gundersen vio lo que le pareció una reducida partida de caza de sulidores que cercaban a algunos animales.

Volvió a oír el zumbido del motor. El coleóptero que había visto el otro día apareció en ese momento, sobrevolando a poca altura. Gundersen se echó al suelo instintivamente con la esperanza de pasar desapercibido. Los animales se arremolinaron inquietos a su alrededor, perplejos por el ruido, pero no se desbocaron. El coleóptero aterrizó aproximadamente a mil metros al norte. Llegó a la conclusión de que Seena debió salir a buscarlo, con la esperanza de interceptarlo antes de que pudiera entregarse a los sulidores de la montaña del renacimiento. Pero se equivocaba. La escotilla del coleóptero se abrió y salieron Van Beneker y sus turistas.

Gundersen se arrastró hasta quedar oculto por un alto matorral de una planta parecida a los cardos, encima de un montecillo. No soportaba la idea de volver a reunirse con aquel grupo, al menos en esa etapa de su peregrinación, en la que ya se había purgado de tantos vestigios del Gundersen que había sido.

Los observó.

Caminaban hacia los animales, los fotografiaban e incluso se atrevían a tocar a algunas de las bestias más pesadas. Gundersen oyó sus voces y sus risas, que quebraban el congelado silencio; palabras aisladas llegaron hasta él, tan carentes de sentido como el galimatías de Kurtz. También oyó la voz de Van Beneker en medio de la cháchara, la voz que describía, explicaba y exponía. Para Gundersen, los nueve seres humanos que tenía ante él, en el prado, eran tan extraños como los sulidores. Quizá más. Tuvo conciencia de que los últimos días de bruma y frío, la odisea solitaria por un mundo de blancura y silencio, habían producido un cambio en él que apenas comprendía. Se sentía ligero de alma, libre del exceso de equipaje del espíritu, un hombre más sencillo en todos los sentidos pero, a la vez, más complejo.

Aguardó más de una hora oculto mientras el grupo de turistas recorría el prado. Todos regresaron al coleóptero. ¿Adónde irían ahora? ¿Los llevaría Van Beneker al norte para atisbar la montaña del renacimiento? No. No. Era imposible. Como terráqueo que era, Van Beneker temía al renacimiento y no se atrevería a invadir una zona tan misteriosa.

De todos modos, cuando despegó, el coleóptero tomó rumbo norte.

Acongojado, Gundersen le gritó que regresara. Como si lo hubiera oído, el pequeño y brillante vehículo viró a medida que ganaba altura. Van Beneker debió tratar de coger, simplemente, viento de cola. El coleóptero se dirigió hacia el sur. El paseo había concluido. Gundersen lo vio pasar en lo alto y perderse en un elevado banco de niebla. Atragantado de alivio, corrió y ahuyentó a los sorprendidos animales con gritos desenfundados.

Ahora todos los obstáculos parecían quedar atrás. Gundersen cruzó el valle, atravesó sin esfuerzo una loma nevada, vadeó un riachuelo poco profundo y se abrió paso por un tupido bosque cuyos árboles eran bajos y gruesos rematados en forma cónica. Siguió un ritmo sereno de viaje y ya no hacía caso del frío, la bruma, la humedad, la altura o el cansancio. Estaba en armonía con su empresa. Cuando durmió, lo hizo a pierna suelta; cuando buscó alimento para complementar sus concentrados, encontró aquello que era bueno; cuando se propuso cubrir distancias, las cubrió. La paz del bosque brumoso le llevó a hacer prodigios. Se puso a prueba a sí mismo, buscó los límites de su resistencia, los encontró y los superó en cada oportunidad.

Durante esa etapa del viaje estuvo totalmente solo. A veces veía huellas de sulidores en la delgada costra de nieve que cubría gran parte del terreno, pero no se encontró con ninguno. El coleóptero no regresó. Hasta sus sueños estaban vados: el fantasma de Kurtz que le había acosado ahora no aparecía y sólo tenía confusas ensoñaciones que olvidaba en el momento de despertar.

Ignoraba cuántos días habían pasado desde la muerte de Cedric Cullen. El tiempo había fluido y se había fundido en sí mismo. No sentía fatiga ni estaba impaciente: no

deseaba que todo hubiese concluido. Apenas se sorprendió cuando al trepar por un saliente inclinado y uniforme, de unos treinta metros de ancho —rodeado por un muro de carámbanos y salpicado de espesas matas de hierba y árboles delgados—, levantó la mirada y comprendió que había iniciado la escalada de la montaña del renacimiento.

15

A la distancia, la montaña parecía elevarse dramáticamente desde la llanura brumosa en una sola tirada. Ahora que se encontraba realmente en sus laderas inferiores, Gundersen comprobó, de cerca, que la montaña se fragmentaba en una serie de plataformas superpuestas de piedra de color rosa. La totalidad de la montaña era la suma de esas plataformas, pero desde allí no tenía la sensación de una mole unificada. Ni siquiera podía divisar los elevados picos, las torrecillas y las cúpulas que, sabía, debían alzarse a miles de metros por encima de él. Una capa de bruma persistente ocultaba la montaña desde un poco más abajo de la mitad, quedando visible sólo su ancha base. Lo demás, lo que le había guiado durante cientos de kilómetros, podría no haber existido nunca.

La escalada fue sencilla. A derecha e izquierda, Gundersen vio paredes escarpadas, cimas impracticables, frágiles puentes de piedra que enlazaban un saliente con otro; también existía un sendero en zigzag, indudablemente de origen natural, que proporcionaba al escalador paciente acceso a alturas superiores. Los excrementos de incontables nildores cubrían esa larga plataforma de piedra y le demostraba que debía estar en el camino correcto. No podía imaginar que los enormes seres subieran a la montaña por otra ruta. Hasta un sulidor se sentiría abrumado por esos precipicios y hondonadas.

Los munzores parloteantes saltaban de saliente en saliente o atravesaban arrastrando los pies aterradores abismos recorridos por hilos de enredaderas. Bestias parecidas a chivos, blancas y con marcas negras en forma de estrella, corveteaban en los fosos arenosos de laderas inalcanzables y lanzaban resonantes saludos que retumbaban en el silencio. Gundersen ascendió constantemente. El aire era fresco pero vigorizante; a ese nivel sólo había manojos de bruma, lo que le daba una clara panorámica hacia adelante y hacia atrás. Miró hacia atrás y vio que súbitamente las tierras bajas envueltas en niebla quedaban muy abajo. Creyó ser capaz de ver hasta el prado donde había aterrizado el coleóptero.

Se preguntó cuándo le interceptaría algún sulidor.

Al fin y al cabo, aquél era el lugar más sagrado del planeta. ¿No había guardianes? ¿No había nadie que le detuviera, que le interrogara, que le obligase a regresar?

Después de dos horas de ascensión llegó a un sitio donde la pendiente disminuía y la plataforma se convertía en un prolongado paseo horizontal que se curvaba a la derecha y desaparecía más allá de la mole de la montaña. A medida que Gundersen avanzaba, en esa curva aparecieron tres sulidores. Apenas le miraron y siguieron su camino, sin hacer caso de él, como si fuera corriente que un terráqueo subiera a la montaña del renacimiento.

O, pensó Gundersen asombrado, como si le esperaran.

Poco después la plataforma volvía a ascender. Un saliente de piedra formaba un techo a un lado del camino, pero no constituía un refugio pues los pequeños y cacareantes munzores de cara marchita anidaban en lo alto y arrojaban guijarros y desperdicios. ¿Monos? ¿Roedores? Fueran lo que fuesen, introducían una nota sacrílega en la solemnidad de la gran cumbre, burlándose de los que emprendían el ascenso. Colgaban de sus colas prensiles, sacudían sus orejas largas y copetudas, escupían y reían. ¿Qué

decían? «¡Vete, terráqueo, este santuario no te pertenece!» ¿Eso decían? O, tal vez: «¡Abandonad la esperanza, vosotros los que entráis aquí!».

Pasó la noche bajo el saliente. En varias ocasiones los munzores rozaron su cara. Le despertó lo que parecía el llanto de una mujer. Los sollozos, graves e intensos, provenían del abismo inferior. Se asomó al saliente y presenció una estrepitosa tormenta de nieve. Bajo la tormenta volaban delgados animales de las cumbres superiores parecidos a murciélagos, que subían y bajaban con sus cuerpos tubulares negros y sus grandes alas amarillas y correosas; descendían hasta que Gundersen los perdía de vista y volvían a subir hacia sus crías, acarreando trozos de carne cruda en sus picos rojos y puntiagudos. No volvió a oír los sollozos. Volvió a dormirse y descansó como drogado hasta que un brillante amanecer chocó como el rayo contra la ladera de la montaña.

Se bañó en una corriente de agua rodeada de hielo que bajaba por un barranco uniforme y se cruzaba en el camino. Luego siguió ascendiendo y durante la tercera hora de caminata matinal encontró a un grupo de nildores que se dirigían al rehacimiento. No eran verdes sino de color gris rosado, lo que les caracterizaba como miembros de la rara afín: los nildores del hemisferio oriental. Gundersen jamás había sabido si esos nildores contaban con instalaciones para el renacimiento en su propio continente o si se sometían al proceso aquí. Ahora esa incertidumbre estaba resuelta. Eran cinco nildores que avanzaban lentamente y con gran esfuerzo. Sus pellejos estaban resquebrajados y acanalados y sus trompas —más gruesas y largas que las de los nildores occidentales— colgaban débilmente. El simple hecho de mirarlos le fatigó. De todos modos, ellos tenían buenos motivos para estar cansados; como los nildores carecían de medios para atravesar el océano debieron de tomar el camino terrestre, el terrible viaje hacia el noreste a través del lecho seco del Mar de Polvo. En el desempeño de su trabajo, Gundersen ocasionalmente había visto a los nildores orientales arrastrándose por ese yermo cristalino y al fin comprendió cuál era su destino.

—¡Gozad de la alegría de vuestro renacimiento! —Les saludó al pasar, empleando la concisa inflexión oriental.

—¡La paz te acompañe en tu viaje! —respondió serenamente uno de los nildores.

Ellos tampoco veían nada raro en el hecho de que estuviese allí. Pero él sí. No podía dejar de pensar en sí mismo como en un intruso, un entrometido. Se escondía y acechaba instintivamente, manteniéndose en la parte interior del sendero, como si así fuese menos visible. Suponía que en cualquier momento algún guardián de la montaña le rechazaría, se asomaría súbitamente para impedirle el ascenso.

Por encima de su cabeza, dos o tres curvas más arriba, vio algunos movimientos.

Dos nildores y alrededor de una docena de sulidores se encontraban allí, de pie junto a la entrada de una oscura grieta de la ladera. Sólo podía verlos si se asomaba peligrosamente desde el borde del sendero. Un tercer nildor salió de la caverna y entraron varios sulidores. ¿Se trataba de una estación intermedia en el camino hacia el renacimiento? Estiró el cuello para ver mejor pero al seguir adelante llegó a un punto del camino desde el cual ese nivel superior no era visible.

Tardó más de lo que calculaba en llegar a ese lugar. El sendero en zigzag se extendía hacia un costado para rodear una delgada y puntiaguda torre de piedra quebradiza. Gundersen trazó un giro hasta la cara nororiental. Cuando logró volver a ver el nivel de la grieta, caía un hosco crepúsculo y el lugar que buscaba seguía por encima de su cabeza.

Se hizo noche cerrada antes de que llegara a ese nivel. Un pesado manto de niebla lo ocultaba todo. Quizás estaba a mitad de camino de la cumbre. En ese lugar el sendero se ensanchaba en la ladera de la montaña formando una amplia plaza cubierta de fragmentos quebradizos de piedra clara, y sobre el muro abovedado de aquélla Gundersen vio una abertura negra, una enorme V invertida, cuya entrada debía conducir a una imponente caverna. Tres nildores dormían a la izquierda de la entrada y, a la derecha, cinco sulidores parecían conferenciar.

Retrocedió, se apostó tras un pedrejón y se puso a espiar cautelosamente la boca de la caverna. Los sulidores entraron y durante más de una hora no ocurrió nada. Después los vio salir, despertar a uno de los nildores y conducirlo hacia el interior. Transcurrió otra hora hasta que salieron a buscar al segundo. Después de un rato, se asomaron en busca del tercero. Era totalmente de noche. La bruma, compañera constante, se acercaba y se adhería a todo. Los animales de pico grande parecidos a murciélagos y semejantes a marionetas de cuerda, descendían de las zonas más altas de la montaña, chillaban y desaparecían abajo en medio de la niebla arremolinada, para regresar instantes después en un ascenso igualmente veloz. Gundersen estaba solo. Era el momento de atisbar hacia el interior de la caverna pero no se animó a llevar a cabo esa inspección. Titubeó aterido, incapaz de avanzar. Respiraba dificultosamente a causa de la bruma. No veía nada en ninguna dirección; hasta los bichos semejantes a murciélagos eran invisibles, meras reverberaciones sonoras a medida que ascendían y caían. Intentó recuperar parte del valor que había sentido al día siguiente de la muerte de Cullen, cuando emprendió la marcha sin compañía por aquellas regiones invernales. Mediante un esfuerzo consciente al fin recuperó parte de esa energía.

Caminó hasta la boca de la caverna.

En el interior, sólo vio oscuridad. En la entrada no se distinguían sulidores ni nildores. Dio un cauteloso paso hacia el interior. La caverna estaba fresca, pero era un frescor seco, mucho más agradable que el frío empapado por la bruma del exterior. Cogió su antorcha de fusión, emitió una rápida llamarada de luz y descubrió que se encontraba en el centro de una enorme cámara cuyo elevado techo se confundía en las sombras. Las paredes de la cámara eran una fantasía barroca de repliegues, ondas, contrafuertes, aristas y torres de piedra pulida y translúcida, que resplandecieron como cristal retorcido durante el fugaz momento en que la luz las acarició. Delante, flanqueado por dos alas ondulantes de piedra que se separaban como cortinas congeladas, se abría un pasadizo lo bastante amplio para Gundersen pero probablemente difícil para los corpulentos nildores que lo habían atravesado antes.

Se dirigió hacia el pasadizo.

Otros dos fugaces flogonazos de la antorcha y logró llegar al pasadizo, por el que avanzó tanteando la pared, la cual torcía bruscamente a la izquierda y, aproximadamente veinte pasos más adelante, trazaba un ángulo igualmente brusco en dirección contraria. A medida que se acercaba al segundo recodo, Gundersen percibió una débil luz. Un fungoide de color verde claro pegado al techo producía una iluminación mínima. Gundersen se sintió aliviado y súbitamente vulnerable porque, aunque ahora podía ver, también podían verle.

La anchura del pasadizo era el doble que la de un nildor y tres veces su estatura, pues se alzaba hasta la bóveda espigada en la que moraban los fungoides. Se prolongaba a lo largo de lo que parecía una distancia infinita en las entrañas de la montaña. Gundersen notó que a ambos lados se bifurcaban cámaras y pasillos secundarios.

Avanzó y miró dentro de la cámara más cercana.

Contenía algo grande, extraño y aparentemente vivo. En el suelo de una pétrea celda vacía yacía una masa de carne rosada, informe e inmóvil. Gundersen distinguió miembros cortos y huesos y una cola firmemente enroscada en el ancho lomo; no logró ver la cabeza ni ningún rasgo característico que le permitiese asociarla con una especie conocida por él. Podía ser un nildor, aunque no parecía lo bastante grande. Mientras Gundersen miraba, la masa se hinchó con la absorción de aire y después se encogió lentamente. Transcurrieron muchos minutos hasta que volvió a respirar. Gundersen siguió su camino.

En la celda siguiente halló otra mole similar de carne inidentificable y dormida. En la tercera celda yacía otro. La cuarta, situada del otro lado del pasadizo, albergaba a un nildor de la especie occidental que también dormía profundamente. La celda contigua

estaba ocupada por un sulidor que yacía boca arriba en una extraña posición y sus miembros se elevaban rígidamente. La siguiente albergaba a un sulidor en la misma posición pero, por lo demás, sorprendentemente distinto, pues se había desprendido de su espesa capa de piel, mostrando unos músculos pavorosos a través de su lustrosa carne gris. Gundersen continuó la marcha y llegó a una cámara que contenía algo aún más estrafalario: una figura que poseía las púas, los colmillos y la trompa de un nildor pero los brazos y las piernas poderosos y el esqueleto de un sulidor. ¿Qué montaje de pesadilla era aquél? Gundersen permaneció despavorido largo rato ante la figura, intentando comprender cómo se habían podido unir la cabeza de un nildor con el cuerpo de un sulidor. Comprendió que semejante unión no pudo tener lugar; simplemente, el durmiente tenía algo de las características de las dos razas en un solo cuerpo. ¿Un híbrido? ¿Una fusión genética?

Lo ignoraba. Pero ahora supo que aquella no era una mera estación intermedia en el camino hacia el renacimiento. Era el lugar del renacimiento.

Más adelante, de uno de los pasillos secundarios salieron algunas figuras que atravesaron la cámara principal: dos sulidores y un nildor. Gundersen se apretó contra la pared y permaneció inmóvil hasta que desaparecieron en alguna habitación lejana. Después siguió internándose por el pasadizo.

Sólo vio milagros. Se encontraba en un jardín de maravillas en el que no existían barreras naturales.

Aquí había una masa redonda y esponjosa de carne rosa y suave de la que sólo sobresalía una característica reconocible: la inmensa cola de un sulidor.

Allí había un sulidor, despojado de su piel, cuyos brazos estaban escorizados y parecían columnas, como los miembros de un nildor, y cuyo cuerpo se había vuelto redondo, pesado y grueso.

Aquí había un sulidor con toda la piel y la trompa y las orejas de un nildor.

Allí había carne pura que no era nildor ni sulidor sino viva y pasiva, una mera cosa que aguardaba la mano modeladora de un escultor.

Aquí había otra cosa que semejaba un sulidor cuyos huesos se hubiesen derretido.

Allí había otra cosa distinta que se parecía a un nildor que jamás hubiese tenido huesos.

Aquí había trompas, púas, colmillos, caninos, garras, colas, patas. Allí había piel y aquí pellejo tierno. Allí había carne que fluía a voluntad y buscaba nuevas formas. Aquí había cámaras oscuras, iluminadas únicamente por el parpadeante resplandor de los fungoides, en las que no existía una clara división de las especies.

Aquí las leyes biológicas parecían en suspenso. Gundersen comprendió que lo que veía no era una insignificante manipulación genética. En la Tierra, cualquier técnico experto en hélices podía rediseñar el plasma genético de un organismo con algunos pinchazos de una aguja y pequeñas dosis de drogas; podía lograr que un camello se transformara en hipopótamo, un gato en ardilla o, también, una mujer en sulidor. Uno se limitaba a realzar las características deseadas dentro de los espermatozoides y los óvulos y suprimía las demás hasta que lograba un facsímil aparente del ser a reproducir. Los elementos genéticos básicos eran los mismos para todas las formas de vida; al reacomodarlos, uno podía crear cualquier tipo de progenie extraña y monstruosa. Pero no era eso lo que se hacía allí.

Gundersen sabía que en la Tierra también era posible persuadir a cualquier célula viviente para que desempeñase el papel de un óvulo fertilizado, se dividiera, se desarrollara y produjese un organismo completo. El veneno de Belzagor era uno de los catalizadores de dicho proceso y había otros. En consecuencia, uno podía inducir al muñón del brazo de un hombre a que volviese a desarrollar dicho brazo; uno podía raspar un fragmento de piel de una rana y generar con él un ejército de ranas; incluso era posible

reconstruir un ser humano completo a partir de los restos de su cuerpo devastado. Pero no era eso lo que se hacía allí.

Gundersen comprendió que lo que allí se hacía era una transmutación de las especies, un cambio que no obraba sobre los óvulos sino sobre los organismos adultos. Ahora comprendió el comentario de Na-sinisul cuando le preguntó si los sulidores también se sometían al renacimiento: «Si el día no existiera, ¿podría existir la noche?» Sí. Nildor en sulidor. Sulidor en nildor. Gundersen tembló asombrado. Se tambaleó y se apoyó en la pared. Se había introducido en un universo sin coordenadas definidas. ¿Qué era lo real? ¿Qué era perdurable?

Ahora Gundersen comprendió lo que le había sucedido a Kurtz en esa montaña.

Entró en una celda en la que yacía una criatura en la mitad de su metamorfosis. Más pequeña que un nildor pero más grande que un sulidor; caninos pero no colmillos; trompa en lugar de hocico; piel pero no pellejo; patas planas en lugar de garras; configurado para caminar erguido.

—¿Quién eres? —susurró Gundersen—. ¿Qué eres? ¿Qué fuiste? ¿Hacia dónde te diriges?

Renacimiento. Ciclo tras ciclo tras ciclo. Nildores destinados a una peregrinación hacia el norte, entrando en esas cavernas, convirtiéndose en... ¿sulidores? ¿Era posible?

Si esto es verdad, pensó Gundersen, realmente nunca hemos sabido nada sobre este planeta. Y esto es verdad.

Corrió desenfrenadamente de celda en celda, sin preocuparse de que pudieran descubrirle. En todas confirmó su suposición. Vio nildores y sulidores en todas las etapas de la metamorfosis, algunos casi totalmente nildores y otros inequívocamente sulidores, pero la mayoría de ellos ocupaban posiciones intermedias en ese viaje de un polo a otro; más de la mitad estaban tan inmersos en la transformación que le resultó imposible descifrar adonde se dirigían. Todos dormían. Ante sus ojos, la carne fluía pero nada se movía. En esas cámaras frescas y umbrías, el cambio se producía como en un sueño.

Gundersen llegó al final del pasadizo. Apretó las palmas de las manos contra la piedra fría e inflexible. Jadeante y empapado en sudor, giró hacia la última cámara y entró.

En el interior se encontraba un sulidor que aún no dormía, de pie junto a tres de las lentas serpientes de los trópicos, que se movían a su alrededor trazando suaves espirales. El sulidor era enorme y estaba encanecido por la edad: un ser de presencia y dignidad excepcionales.

—¿Na-sinisul? —preguntó Gundersen.

—Sabíamos que con el correr del tiempo vendrías aquí, Edmund Gundersen.

—Jamás imaginé... no comprendí... —Gundersen se detuvo e intentó recuperar el dominio de sí mismo. Agregó con más serenidad—: Discúlpame si me he entrometido. ¿He interrumpido el comienzo de tu renacimiento?

—Aún me quedan varios días —respondió el sulidor—. Ahora me limito a preparar la cámara.

—Y resurgirás como un nildor.

—Sí —afirmó Na-sinisul.

—¿Entonces la vida recorre un ciclo aquí? Sulidor en nildor en sulidor en nildor en...

—Sí, una y otra vez, renacimiento tras renacimiento.

—¿Todos los nildores pasan parte de sus vidas como sulidores? ¿Todos los sulidores pasan parte de sus vidas como nildores?

—Sí, todos.

¿Cómo había comenzado?, se preguntó Gundersen. ¿Cómo se habían intrincado los destinos de esas dos razas tan distintas? ¿De qué modo toda una especie había consentido en someterse a semejante metamorfosis? Era incapaz de comprenderlo. Pero ahora comprendió por qué nunca había visto a un nildor o un sulidor jóvenes. Preguntó:

—¿En este mundo, se producen alguna vez nacimientos por parte de cualquiera de las dos razas?

—Sólo cuando se necesita reemplazar a alguno que no puede renacer. No ocurre a menudo. Nuestra población es estable.

—Estable pero constantemente cambiante.

—Por medio de un modelo de cambio previsible —dijo Na-sinisul—. Cuando surja, seré Fi'gontor del noveno nacimiento. Mi pueblo ha esperado treinta giros para que me reúna con él, pero las circunstancias me han obligado a permanecer todo ese tiempo en el bosque de las brumas.

—¿Nueve renacimientos es algo excepcional?

—Entre nosotros se cuentan algunos que han estado aquí quince veces. Hay otros que no aguardan cien giros para ser llamados una vez. La llamada llega cuando llega y para aquellos que la merecen la vida no tendrá fin.

—No... tendrá... fin...

—¿Por qué habría de tenerlo? —preguntó Na-sinisul—. En esta montaña somos purgados de los venenos de la edad y en otra parte nos purgamos de los venenos del pecado.

—Es decir, en la meseta central.

—Veo que has hablado con el hombre Cullen.

—Sí —afirmó Gundersen—. Poco antes de su muerte.

—Yo también sabía que su vida estaba acabada —comentó Na-sinisul—. Aquí nos enteramos rápidamente de todo. —¿Dónde están Srin'gahar, Luu'khamin y los demás con los que he viajado? —se interesó Gundersen.

—Están aquí, en celdas cercanas.

—¿Ya han iniciado el renacimiento?

—Hace algunos días. Pronto serán sulidores y vivirán en el norte hasta que se les llame para volver a adoptar la forma de nildor. Renovamos nuestras almas emprendiendo nuevas vidas.

—¿Durante la etapa de sulidor guardáis recuerdo de vuestra vida pasada como nildor?

—Por supuesto. ¿Cómo puede ser valiosa la experiencia si no se conserva? Acumulamos sabiduría. Nuestra comprensión de la verdad se acrecienta viendo el universo ora a través de los ojos de un nildor, ora a través de los de un sulidor. Las dos formas no sólo son distintas corporalmente. Someterse al renacimiento no consiste en entrar meramente en una nueva vida sino en un nuevo mundo.

Dubitativo, Gundersen preguntó:

—Y cuando alguien que no es de este planeta se somete al renacimiento, ¿qué ocurre? ¿Qué tipos de cambios tienen lugar?

—¿Has visto a Kurtz?

—He visto a Kurtz —replicó Gundersen—. Pero no sé en qué se ha convertido Kurtz.

—Kurtz se ha convertido en Kurtz —afirmó el sulidor—. Para vosotros, no puede haber verdadera transformación pues no contáis con una especie complementaria. Es verdad que cambiáis, pero sólo os convertís en aquello para lo que tenéis un potencial. Liberáis las fuerzas que ya existen en vuestro interior. Mientras dormía, el mismo Kurtz eligió su nueva forma. Nadie la concibió por él. Edmund Gundersen, no es sencillo explicarlo con palabras.

—Si me sometiera al renacimiento, ¿me convertiría necesariamente en algo semejante a Kurtz?

—No, a menos que tu alma sea como la de Kurtz, pero eso no es posible.

—¿En qué me convertiría?

—Nadie puede saber estas cuestiones antes de que se produzcan. Si deseas descubrir qué hará en ti el renacimiento debes aceptarlo.

—Si solicitara el renacimiento, ¿se me permitiría someterme a él?

—Cuando nos vimos por primera vez te dije que nadie en este mundo te impedirá hacer algo —le recordó Na-sinisul—. Nadie te detuvo a medida que ascendías la montaña del renacimiento. Nadie te detuvo cuando exploraste estas cámaras. El renacimiento no te será negado si sientes que necesitas experimentarlo.

Afable, serena e inmediatamente Gundersen dijo:

—Entonces solicito el renacimiento.

16

En silencio y sin sorprenderse, Na-sinisul le conduce hasta una celda vacía y le indica que se quite la ropa. Gundersen se desnuda. Sus dedos sólo luchan con los cierres de resorte y los ganchos. Por indicación del sulidor, Gundersen se acuesta en el suelo, como han hecho todos los demás candidatos al renacimiento. La piedra está tan fría que silba cuando su piel desnuda la toca. Na-sinisul sale. Gundersen observa los fungoides brillantes en el alto techo abovedado. La cámara es lo bastante grande para contener cómodamente a un nildor; a Gundersen, acostado como está en el suelo, le parece inmensa.

Na-sinisul regresa con un cuenco hecho con un tronco hueco. Se lo ofrece a Gundersen. El cuenco contiene un líquido de color azul claro.

—Bebe —dice el sulidor suavemente.

Gundersen bebe.

El sabor es dulce, como el del agua azucarada. Se trata de algo que ha probado con anterioridad y sabe cuándo fue: años atrás, en la estación de las serpientes. Es el veneno prohibido. Vacía el cuenco y Na-sinisul se va.

Dos sulidores a los que Gundersen no conoce entran en la celda. Se arrodillan a ambos lados de él e inician un cántico bajo y murmurante, una especie de ritual. No comprende nada. Amasan y acarician su cuerpo; sus manos, con las terribles garras retraídas, son asombrosamente suaves, como las patas de un gato. Gundersen está tenso, pero la tensión se diluye. Ahora siente que la droga le hace efecto; un engrosamiento de la nuca, una tirantez en el pecho, un opacamiento de la visión. Na-sinisul está de nuevo en la habitación, aunque Gundersen no le vio entrar. Lleva un cuenco.

—Bebe —dice.

Gundersen obedece.

Se trata del alma de Kurtz. Este se acerca a Gundersen, o al revés, y aquél no está dormido.

Ahora estás entre nosotros, dice Kurtz, y Gundersen responde: Sí, al fin estoy aquí. El alma se abre al alma y Gundersen atisba la tiniebla en la que Kurtz se ha convertido, más allá de la cortina de color gris perla que envuelve su espíritu, en un lugar de terror donde figuras negras van y vienen con sus múltiples piernas por tramas acanaladas. Las formas caóticas se enlazan, se expanden y disuelven en el interior de Kurtz. Gundersen mira más allá de esa zona lúgubre y oscura y encuentra una luz brillante, fría y dura que brilla lechosa desde lo más profundo y entonces Kurtz pregunta: ¿Ves? ¿Ves? ¿Soy un monstruo? Tengo bondad en mi interior.

No eres un monstruo, replica Gundersen.

Pero he sufrido, agrega Kurtz.

Por tus pecados, dice Gundersen.

He expiado los pecados con mi sufrimiento y ahora debería ser liberado.

Has sufrido, coincide Gundersen.

¿Entonces cuándo acabará mi sufrimiento?

Gundersen responde que no lo sabe, que no es él quien pone los límites a esas cuestiones.

Kurtz dice: Te conocí. Un tío agradable, algo lento. Seena dice maravillas de ti. A veces desea que todo hubiese sido mejor para ella y para ti. Pero se casó conmigo. Aquí yacemos. ¿Por qué no me liberas?

¿Qué puedo hacer?, inquiera Gundersen.

Déjame regresar a la montaña. Déjame concluir mi renacimiento.

Gundersen no sabe qué decir y busca por el circuito de g'rakh, consulta a Na-sinisul, a Vol'himyor, a todos los nacidos muchas veces y ellos se unen, se aúnan, hablan con una sola voz, le dicen a Gundersen con una voz atronadora que Kurtz está liquidado, que su renacimiento está cumplido y que no puede retornar a la montaña.

Gundersen repite esas palabras a Kurtz, pero éste ya las ha oído. Kurtz se encoge. Kurtz se hunde en la tiniebla. Queda atrapado en sus propias redes.

Compadécete de mí, grita a Gundersen a través de un vasto abismo. Compadécete de mí porque este es el infierno y estoy en él.

Gundersen dice: Te compadezco, te compadezco, te compadezco, te compadezco.

El eco de su propia voz se pierde en el infinito. Todo está en silencio. Súbitamente, de la nada surge la respuesta sin palabras de Kurtz, un agudo y ensordecedor crescendo de ira, odio y malevolencia, el chillido de un Prometeo falible que lucha contra el pico que lo atraviesa. El chillido alcanza un clímax de abrumadora intensidad. Se apaga. La temblorosa trama del universo vuelve a quedar en paz. Aparece una suave luz violeta que absorbe las persistentes incongruencias de ese grito terrible.

Gundersen llora por Kurtz.

El cosmos se inunda de lágrimas brillantes y Gundersen flota en ese río salobre, viajando sin voluntad, visitando este mundo y aquel, pasando a la deriva entre las nebulosas, encumbrándose por encima de soles extraños.

No está solo. Le acompañan Na-sinisul, Srin'gahar, Vol'himyor y todos los demás.

Toma conciencia de la armonía de todas las cosas g'rakh. Ve por primera vez los lazos que unen la g'rakh con la g'rakh. Él, que yace en el renacimiento, está en contacto con todos ellos, que también están en contacto entre sí en cualquier momento, en todo momento: todas las almas del planeta unidas en una comunicación sin palabras.

Ve la unidad de todo lo g'rakh, que le aterra y le somete.

Percibe la complejidad de ese pueblo doble, el ritmo de su existencia, el vaivén incesante e infinito de ciclo tras ciclo de renacimiento y nueva creación y, sobre todo, la unión, la unidad. Percibe su monstruoso aislamiento, los muros que le aíslan de otros hombres, que aíslan al hombre del hombre, cada uno de ellos prisionero de su propio cráneo. Ve cómo es la vida entre las personas que han aprendido a liberar al prisionero del cráneo.

Ese saber le consume y le abruma. Piensa: los esclavizamos, los llamamos bestias y en todo momento estuvieron vinculados, hablaron en sus mentes sin palabras, transmitieron la música del alma de uno en uno en uno. Nosotros estábamos solos y ellos no y en lugar de arrodillarnos ante ellos y pedirles que compartieran el milagro, les hicimos trabajar.

Gundersen llora por Gundersen.

Na-sinisul dice: No es el momento de la congoja. Srin'gahar dice: El pasado es el pasado, y Vol'himyor dice: Quedas redimido a través de los remordimientos- Todos hablan con una sola voz y simultáneamente y él comprende. Comprende.

Ahora Gundersen comprende todo.

Sabe que nildor y sulidor no son dos especies distintas sino meras formas del mismo ser, no son más distintas que gusano y mariposa, aunque no puede saber cuál es cuál. Repara en cómo eran las cosas para los nildores cuando aún se encontraban en su estado primitivo, cuando nacían como nildores y morían irremediabilmente como nildores,

pereciendo cuando la descomposición ineludible de sus almas se apoderaba de ellos. Conoce el temor y el éxtasis de los escasos primeros nildores que aceptaron la tentación de las serpientes, bebieron la droga de la liberación y se convirtieron en cosas con piel y garras, deformes, contrahechas, transmutadas. Y comprende su dolor cuando fueron arrojados a la meseta a la que ningún ser poseedor de g'rakh se atrevería a ir.

Comprende sus sufrimientos en la meseta.

Conoce el triunfo de los primeros sulidores que, superando su aislamiento, retornaron del yermo con su nuevo credo. ¡Ven y sé cambiado, ven y sé cambiado! ¡Renuncia a esa carne a cambio de otra! ¡Deja de apacentar para cazar y comer carne! ¡Renace, vuelve a vivir y conquista el pesado cuerpo que arrastra al espíritu hacia la destrucción!

Ve que los nildores aceptan su destino y se entregan gozosamente al renacimiento, primero unos pocos, luego más y más, más tarde campamentos y poblaciones enteras que no iban a ocultarse en la meseta de la purificación sino a vivir de un nuevo modo en la región en que rigen las brumas. No pueden resistir porque con el cambio de su cuerpo se produce la bienaventurada liberación del alma, la unidad, el vínculo de g'rakh con g'rakh.

Ahora comprende cómo fueron las cosas para esas personas cuando llegaron los terrícolas —los terrícolas impacientes, entrometidos, ignorantes, despreciables y efímeros—, que eran seres de g'rakh pero no podían o no querían participar de la unidad, los que coquetearon con la droga de la liberación pero no fueron capaces de llegar hasta las últimas consecuencias, cuyas mentes estaban cerradas con relación a las demás, cuyos caminos, edificios y empedrados se extendieron como los hoyos de la viruela sobre la tierra tierna. Ve cuán poco sabían los terráqueos, qué poco fueron capaces de aprender, cuánto se impidió que supieran porque lo comprenderían erróneamente y por qué los sulidores consideraron necesario ocultarse en las brumas durante todos los años de la ocupación y no dar a los desconocidos ni siquiera indicios de que podían estar emparentados con los nildores, de que eran los hijos y también los padres de los nildores. Si los terráqueos hubiesen conocido aunque sólo fuera una parte de la verdad, habrían retrocedido aterrorizados porque sus mentes están cerradas con relación a las demás y no lo habrían aceptado de ningún otro modo, salvo los pocos que se atrevieron a enterarse y la mayoría de ellos eran individuos siniestros y poblados de demonios, como Kurtz. Siente un gran alivio porque el tiempo de la simulación ha terminado en ese mundo y porque ya no es necesario ocultar nada; los sulidores pueden bajar a las regiones de los nildores y deambular libremente, sin temor a que el secreto y el misterio del renacimiento sean revelados accidentalmente a aquellos que no podrían soportar tanta sabiduría.

Conoce la alegría de haber ido allí, sobrevivido a la prueba y soportado su liberación. Ahora su mente está abierta y ha renacido.

Desciende y se une a su cuerpo. Vuelve a tener conciencia de que yace sumergido en gelatina congelada sobre el frío suelo de una celda oscura que linda con un largo pasadizo del interior de una montaña rosa-roja cubierta de bruma blanca en un mundo extraño. No se levanta. Aún no ha llegado su momento.

Se entrega a los tonos, los colores, los olores y las texturas que inundan el universo. Deja que éstos le lleven hacia atrás y flota fácilmente a lo largo de la línea del tiempo, de modo que ahora es un niño que observa el velo de la noche e intenta contar las estrellas, ahora bebe tímidamente veneno puro con Kurtz y Salamone, ahora se alista en la Compañía y le dice a la computadora de personal que su mayor deseo consiste en estimular la expansión del Imperio Humano, ahora hace el amor con Seena en una playa del trópico bajo la luz de varias lunas, ahora la ve por primera vez, ahora tamiza cristales en el Mar de Polvo, ahora monta a un nildor, ahora baja corriendo por una calle de la infancia, ahora dirige su antorcha hacia Cedric Cullen, ahora asciende a la montaña del renacimiento, ahora tiembla mientras Kurtz entra en una habitación, ahora recibe la hostia con su lengua, ahora observa la maravilla de un pecho blanco que llena su mano

ahuecada, ahora avanza bajo la luz moteada de un sol extraño, ahora se inclina sobre el cuerpo entumecido de Henry Dykstra y ahora y ahora y ahora y ahora...

Oye el tañido de poderosas campanas.

Siente que el planeta se estremece y gira sobre su eje.

Huele unas danzarinas lenguas de fuego.

Toca las entrañas de la montaña del renacimiento.

Siente las almas de los nildores y los sulidores a su alrededor.

Reconoce las palabras del himno que entonan los sulidores y canta con ellos.

Crece. Se encoge. Arde. Se estremece. Cambia.

Despierta.

—Sí —dice una voz apagada y baja—. Ahora sal de ello. Ha llegado el momento. Siéntate, siéntate. Los ojos de Gundersen se abren. Los colores ondean en su cerebro embotado. Transcurren unos minutos hasta que logra ver.

Un sulidor permanece de pie en la entrada de su celda.

—Soy Ti-munilee —dice el sulidor—. Has vuelto a nacer.

—Te conozco, pero no por ese nombre —asegura Gundersen—. ¿Quién eres?

—Estírate hacia mí y verás —responde el sulidor.

Gundersen se estira.

—Te conocí como el nildor Srin'gahar —asevera Gundersen.

17

Apoyado en el brazo del sulidor, Gundersen salió con dificultad de la cámara del renacimiento. En el oscuro pasadizo, preguntó:

—¿He cambiado?

—Sí, mucho —replicó Ti-munilee.

—¿Cómo? ¿En qué sentido?

—¿No lo sabes?

Gundersen sostuvo una mano ante los ojos. Sí, cinco dedos como antes. Observó su cuerpo desnudo y no percibió ninguna diferencia. Sintió una confusa decepción; quizás, en realidad no había ocurrido nada en la cámara. Sus piernas, sus pies, sus costillas, su estómago... todo estaba como antes.

—No he cambiado nada —barbotó.

—Has cambiado muchísimo —insistió el sulidor.

—Me miro y veo el mismo cuerpo de antes.

—Vuelve a mirar —aconsejó Ti-munilee.

En el pasadizo principal, Gundersen se vio pálidamente reflejado en las paredes brillantes gracias a la luz de los fungoides. Retrocedió azorado. Sí, había cambiado, había superado a Kurtz en su renacimiento. Lo que le observaba desde el resplandor ondeante de las paredes apenas era humano. Gundersen fijó la mirada en el rostro semejante a una máscara con ranuras apenas abiertas en lugar de ojos, en la nariz hendida, en las bolsas de agallas que caían hasta sus hombros, en los brazos multiarticulados, en la hilera de sensores del pecho, en los órganos de asir situados en las caderas, en la piel cubierta de cráteres, en los órganos de brillo de las mejillas. Volvió a mirarse a sí mismo y no vio nada de eso. ¿Cuál era la falsa imagen?

Salió apresuradamente a la luz del día.

—¿He cambiado o no? —preguntó al sulidor.

—Has cambiado.

—¿De qué manera?

—Los cambios son interiores —repuso el anterior Srin'gahar.

—¿Y la imagen?

—A veces las imágenes engañan. Mírate a ti mismo a través de mis ojos y verás lo que eres.

Gundersen volvió a estirarse. Se miró a sí mismo y vio su viejo cuerpo; luego parpadeó, se sometió a un cambio de fase, contempló al ser de sensores y ranuras y después volvió a ser él mismo.

—¿Estás satisfecho? —preguntó Ti-munilee.

—Sí —contestó Gundersen.

Caminó lentamente hacia el borde de la plaza que se extendía más allá de la boca de la caverna. Las estaciones habían cambiado desde que entrara en la caverna: ahora un férreo invierno cubría la región, las brumas se acumulaban en el valle y donde se abrían divisaba voluminosos montículos de nieve y hielo. A pesar de que sólo veía a Ti-munilee, sentía a su alrededor la presencia de nildores y sulidores. Reparó en el alma del anciano Na-sinisul en el interior de la montaña, mientras atravesaba las últimas etapas de un renacimiento. Rozó el alma de Vol'himyor situada más al sur. Tocó suavemente el alma del torturado Kurtz. Súbita y sorprendentemente sintió que cerca revoloteaban otras almas nacidas en la Tierra, tan libres como la de él y abiertas.

—¿Quiénes sois? —preguntó.

Ellos respondieron:

—No eres el primero de nuestra especie que supera intacto el renacimiento.

Sí. Recordaba. Cullen había dicho que hubo otros hombres, que algunos se transformaron en monstruos y que de otros no se volvió a tener noticia.

—¿Dónde estáis? —les preguntó.

Le respondieron pero no comprendió porque lo que decían era que habían dejado sus cuerpos detrás.

—¿Yo también he dejado mí cuerpo detrás? —preguntó.

Le respondieron que no, que aún usaba su carne porque así lo había elegido y que ellos habían escogido otra cosa. Después se apartaron de él.

—¿Percibes los cambios? —preguntó Ti-munilee.

—Los cambios son interiores —replicó Gundersen.

—Sí. Ahora estás en paz.

Gozosamente sorprendido, Gundersen comprendió que así era. Los temores, los conflictos y las tensiones habían desaparecido. La culpa se había extinguido. El sufrimiento se había disuelto. La soledad ya no existía.

Ti-munilee preguntó:

—¿Sabes quién era mientras fui Srin'gahar? Estírate hacia mí.

Gundersen se estiró y unos instantes después dijo:

—Eras uno de los siete nildores a los que, hace muchos años, impedí que se dirigieran hacia el renacimiento.

—Sí.

—Y tú me llevaste a la región de las brumas.

—Otra vez me había llegado la hora —explicó Ti-munilee— y era feliz. Te perdoné. ¿Recuerdas que cuando entramos en la región de las brumas había un sulidor enojado?

—Sí —respondió Gundersen.

—Era otro de los siete. Era aquél al que tocaste con la antorcha. Finalmente tuvo su renacimiento pero todavía te odiaba. Ahora no es así. Cuando mañana estés preparado, estírate hacia él y te perdonará. ¿Lo harás?

—Lo haré —aseguró Gundersen—. Pero, ¿perdonará realmente?

—Has renacido. ¿Por qué no habría de perdonar? —agregó Ti-munilee y a continuación preguntó—: ¿Adónde irás ahora?

—Iré al sur. Para ayudar a mi gente. En primer lugar, para ayudar a Kurtz, para guiarlo a través de un nuevo renacimiento. Y después a los demás, a los que están dispuestos a abrir su alma.

—¿Puedo compartir tu viaje?

—Conoces la respuesta.

En la lejanía, el alma tenebrosa de Kurtz se agitaba y vibraba. Espera, le dijo Gundersen. Espera. No sufrirás mucho más.

Una ráfaga de aire frío chocó contra la ladera de la montaña. Los chispeantes copos de nieve se arremolinaban junto al rostro de Gundersen. Sonrió. Nunca se había sentido tan libre, tan etéreo, tan joven. La visión de la humanidad transformada resplandecía en su interior. Soy el emisario, pensó. Soy el puente por el cual ellos cruzarán. Soy la resurrección y la vida. Soy la luz del mundo: el que me siga no caminará en la penumbra sino que tendrá la luz de la vida. Os doy un nuevo mandamiento: amaos los unos a los otros.

Preguntó a Ti-munilee:

—¿Partimos ahora?

—Estoy preparado para cuando tú lo estés.

—Ahora.

—Ahora —repitió e sulidor e iniciaron juntos el descenso de la montaña barrida por el viento.

FIN